

JIRONES DE UNA VIDA ABIGARRADA (De la gambella a la cátedra)

Tubinga, noviembre de 2006

*Francisco J. Oroz
Universidad de Tubinga*

(Nota explicativa. Al proponer a Patxi Oroz como miembro honorario de nuestra Academia, le pedimos, como es habitual en estos casos, un breve curriculum. Nuestro amigo accedió al momento. A los pocos días teníamos un texto de una docena de páginas, número que fue creciendo con el paso del tiempo, hasta llegar al texto que hoy sale a la luz, lleno de interés científico y humano. No es sólo la trayectoria de un Vollromanist (o romanista completo). Es una vida de trabajo y vicisitudes, desde la niñez en Beriáin hasta el reconocimiento en la vieja Universidad de Tubinga (como acostumbra decir él).

Henrike Knörr

1. Llegué al mundo al filo de la media noche del 2 al 3 de diciembre de 1934, en el pueblecito navarro de Beriáin, de 30 fuegos, sito en pleno campo, a diez kilómetros al sur de la capital de Navarra, rodeado de historia y cultura (1). Según unos, nací el día de Santa Bibiana; según otros, el del patrón de Navarra. Me contó una tía que esa noche dejaron dos hermanos de mi padre, delante de la puerta de casa, un camión recién comprado que, a la hora crítica, comenzó a rodar cuesta abajo hasta que paró empotrado en un maquinado, junto al regacho que baja de Subiza. Todos se interesaron más por el camión que por la criatura y la madre. Cuando volvieron, la comadrona, la señora D., les enseñó el recién nacido. En el reloj de bolsillo que mi padre había comprado con los ahorros de soldado en Melilla acababa de pasar la media noche. Una prima mía ha podido constatar en el registro correspondiente que el día 6 de diciembre de 1934 figura a nombre de mi padre, que era el mayor de ocho hermanos, un camión nuevo marca Blitz, con la matrícula NA 4320, de modo que esa versión podría acercarse a la realidad. No era

(1) Remito al principio de «Recuerdos de la posguerra y de la Guerra Civil», publicado en: *Hispanorama* 107, Febrero de 2005, 37-39.

ningún signo sobrenatural («grandes señales había») de los que anuncian en la mitología o en la literatura algunos partos, sino la consecuencia lamentable de un simple descuido del chófer, más ducho en conducir galeras tiradas por mulos que camiones propulsados por caballos de vapor.

1.1. Ha tenido su historia, más de sombra que de luz, este camión: En los tortuosos avatares de la Guerra Civil fue confiscado y pasó al servicio de los nacionales. Al terminar la guerra, mi familia lo reclamó con intención de recuperarlo, pero comunicaron que había sido destruido en la contienda. Recuerdo que hubo intercambio de correspondencia con las autoridades competentes y que como compensación nos ofrecieron un chasis de camión y un motor marca Buick, que el tío L. habilitó para vehículo de transporte. Pesquisas de archivo de hace pocos meses han puesto en evidencia que ese Blitz no fue destruido en la guerra, pues el 25 de mayo de 1940 consta que fue transferido a José R. I., vecino de Suquets.

1.2. Para andar seguros en la fecha y garantizarme la bendición del patrono del día natalicio, me pusieron el nombre de los santos de ambos días, del 2 y del 3 de diciembre, Bibiano Francisco Javier. Por la ventana del cuarto donde nací se divisa un buen tramo del Camino de Santiago aragonés, que serpentea, desafiando al cierzo, a pocos kilómetros de Beriáin, al pie de la Higa de Monreal o Elomendi y de la Sierra de Alaiz, en la etapa que, según la *Guía del peregrino medieval*, de Aymeric Picaud, del *Codex Calixtinus*, se extiende «a monte Reello usque ad Pontem Regine» (2).

1.2.1. Este Reello no es un hapax legomenon, una palabra mal documentada. En esa misma Guía aparece dos veces más. Al exponernos el peregrino de manera resumida en el segundo capítulo las etapas del camino, nos enseña que «A portibus Asperi usque ad Pontem Regine tres pauce habentur diete... Secunda est a Iacca usque ad montem Reillum. Tercia est a monte Reello usque ad Pontem Regine». En el capítulo siguiente leemos: «inde Termas ubi regales balnei jugiter habentur, inde Mons Reellus».

El nombre corriente que correspondía a Mons Reellus era en la Edad Media muy similar –o idéntico– al actual castellano: Mont Real, Monreal, apud Montem Regalem etc., que cuenta con varios homónimos en diversos países. Es un nombre de etimología diáfana, evidente para cualquiera, de hoy o de la Edad Media, que tuviese alguna noción de latín o de las lenguas románicas. Lo más normal hubiera sido que ese peregrino, que conoce y emplea regalis, nos hubiera legado ese mismo nom-

(2) *Liber Sancti Jacobi. Codex Calixtinus*, transcripserunt Klaus Herbers et Manuel Santos Noia, Santiago de Compostela 1998. Existe desde 1989 una traducción parcial comentada muy esmerada de Millán Bravo Lozano: *Guía del peregrino medieval (Codex Calixtinus)*, 10ª edición, Sahagún 1991.

bre. Si no lo hizo ha de ser porque se atuvo a lo que oyó. Y él debió de oír reello o algo similar; que latiniza y declina Reellus. Es una forma extraña, con la que no he topado en otros textos latinos medievales. Debido a las circunstancias en las que aparece, no tenemos derecho a desahuciarla como palabra espuria o fantasmagórica (3).

En documentos no oficiales de esa región, en la toponimia menor que con tanto empeño y acierto están recogiendo en los últimos años en el Onomasticon Vasconiae, y en el Nomenclátor euskérico de Navarra hallamos un odónimo que pudiera ayudarnos a explicar ese llamativo Reello. En el siglo XVI y más tarde encontramos varias veces, con referencia a Tiebas y a Subiza, Elo bidea, Elo videa a veces con la correspondencia «Camino de Monreal», de donde se aisla Elo «Monreal» (4). En el apellido Elomendi, cuya antigüedad desconozco, se conserva el nombre vasco de la Higa de Monreal. Con esa documentación ya no resulta tan enigmático ese testimonio del peregrino.

*Para Re- se ofrece una explicación que tiene en su apoyo numerosas formaciones análogas en la toponimia: errege < regem. En composición era corriente la forma erret-, como en erret bide, erretzubi «pontes regales», erret Ihera «molino real», etc. La forma con aféresis se conserva en el apellido Reparaz que supone un *errege-baratz «huerto real», y en otros como Retegui, Retola, según podemos leer cómodamente en Apellidos vascos de Michelena (5). La duplicación de la lateral en la forma latinizada Ellus es imputable a la frecuencia de esa terminación en latín. Elo figura como nombre vasco de la población, junto con Monreal, en un rótulo de azulejos, a la entrada del pueblo llegando de Pamplona.*



Rótulo en un edificio, a la entrada O. de Monreal por la N-240 (Foto: F. J. Oroz, julio de 2006).

(3) Dejo fuera de consideración una explicación facilítona que tomaría por base al francés *réel*.

(4) Véase *Onomasticon Vasconiae* 12, 5.22.

(5) Cf. además en *Onomasticon Vasconiae* 12, el comentario a *erregesoroak* y *erreperro*.

*Nos parece lícito establecer un *Reelo, que supondría una forma anterior *Erreelo y que vendría a significar «Villareal, Ciudad Real». De *Reelo a Real no hay más que un breve paso, y otro hasta la aplicación de ese adjetivo al característico montículo que se alza junto a ese pueblo. Monreal habría nacido por etimología popular, sobre la base de un nombre vasco, favorecido por los Mon(t)reales que pululan por doquier. Si esta hipótesis llega a confirmarse, nos atreveríamos a remontar siglos de silencio, evocando el «estado latente» de Menéndez Pidal, y a insistir en la relación de ese topónimo con el clásico Pompaelo, siguiendo a Estrabón y su pólis pompélon, sobre el que tan sabiamente han disertado, entre otros, Antonio Tovar y Jürgen Untermann (6).*

Podríamos traer a colación los Andelonenses, estipendiarios de Caesaraugusta que menciona Plinio III, 24 y el étnico Andelonenses de CIL II, 2963, Andelo, etc. aunque no queremos silenciar que en Joaquín Gorrochategui, Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania, p. 201, se sigue otro camino para explicar esos nombres (7).

2. Mi padre Florencio era labrador; y mi madre Gabriela, ama de casa. Vivían en la casa paterna, construída hacia 1850, con todos los hermanos del padre: Con tres hermanas y cuatro hermanos, que iban saliendo de casa según iban formando sus familias. Una tía religiosa murió muy joven, en Salamanca.

Ya tenían mis padres, cuando yo nací, dos hijos varones, de tres y de dos años. Cuatro años más tarde nacería mi hermano menor. Demasiadas bocas para el poco pan que producía el escaso y huraño campo. Lo mismo que a mis hermanos, me tocó abandonar de niño la escuela del pueblo (8) –que cobijaba en una sala única a todos los niños en edad escolar– y comenzar a trabajar para ganar el currusco. Tuvimos cierta compensación doméstica de la

(6) Véase Antonio Tovar, «El nombre de Pamplona», *FLV* 25, 1977, 5-8. Se dedica un capítulo a «Los nombres de Pamplona» en *Onomasticon Vasconiae*, 12, 1994, pp. 89-99. En ese mismo año publiqué, con enfoque muy distinto, el artículo «De Pompaelo a Lunapampa. Historia y poesía en el nombre de Pamplona», en: *Lingua et Traditio. Festschrift für Hans Helmut Christmann zum 65. Geburtstag*, edd. R. Baum et alii, Tübingen 1994, pp. 15-28. No conocía yo la curiosa «etimología» del emperador Honorio: «Greco eloquio, Pampilona, latine porta omnium dicitur» que me recuerda el amigo Henrike Knörr, y que me resulta enigmática.

(7) Trata de *Elo* a propósito del nombre aquitano *Eloni* de una lápida funeraria, mencionando para la raíz el teónimo aquitano *Ele*, *Elh* y además *Elegui* y el nombre medieval de mujer *Eilo*, *Elo* que hace entrar en juego Julio Caro Baroja, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Salamanca 1954, p. 161.

(8) Este humilde edificio, que es el que más historia moderna de Beriáin encierra, estubo a punto de desaparecer, a una con el paredón y parte del antiguo cementerio de la Iglesia, con la anuencia popular, para hacer sitio al nuevo edificio del Ayuntamiento. Yo fui uno de los que escribieron al Obispado para que tomara cartas en el asunto, con cuya intervención se pudo evitar el desaguizado. Barruntaba y me temía que la *auri sacra fames* no tardaría en volver a atentar contra la vieja escuela, que actualmente sirve de consultorio médico, pero el alcalde, don Tomás Prieto, me asegura que no van a tocar ese edificio.

deficiencia escolar, gracias a que los maestros solían estar de posada en nuestra casa y nos entretenían e instruían con su conversación, sus consejos e historias a la hora de la cena. ¡Qué sabrosas estaban las castañas que cenamos una noche mientras un maestro nos contaba los apuros que pasó cazando jabalíes en un monte cercano, cuando tuvo que abrirse paso en la tupida maleza, con la escopeta sin munición, y encaramarse en un chaparro para escapar de una jabalina madre, que le perseguía defendiendo a sus jabatos! Tengo un grato y vivo recuerdo de cuatro maestros: Micaela Goñi, de la Ulzama; José Frisón Mozat, de Caparroso; Sergio Arteta, de Monreal, y Gerardo Eransus, de Cordovilla.

2.1. La primera falta de ortografía: El 24 de mayo del presente año, volviendo en coche de Nagold a Tubinga me ha llamado la atención un gran cartel publicitario de una compañía de circo donde se leía un letrero con este texto incorrecto: «Jetz in Ihrer Stadt» que en castellano sería «Aora en su ciudad». Ese error garrafal me trae a la memoria uno parecido que circuló en mi niñez en mi pueblo en relación con un coto. Había en Beriáin, a pocas decenas de metros de la carretera general N-121, no lejos del mojón del kilómetro 10, un frondoso bosque de chaparros, encinas y matorrales. Era probablemente el resto de un monte mucho más amplio que se habrá extendido hacia el oeste en la dirección del casco antiguo del pueblo. Por ahí habrán encontrado amparo y guarida los jabalíes que invitaban a los monarcas a pasar sus horas de ocio ejerciendo el regio deporte de la cinegética. En 1401 consta que Carlos III remitió a los beriaineses parte de las pechas «por el placer que tuvo matando tres puercos monteses en los sotos del lugar» (9).

Hasta que fueron talados todos los árboles –salvo alguno que dejaron de muestra– para construir el poblado de Potasas hacia los años cincuenta del siglo pasado (10), el monte jugó un papel no despreciable en la economía del pueblo. Cada año solían tirarse en ozalán o trabajo comunal los árboles necesarios que, repartidos en lotes y debidamente cortados con el tronizador, la sierra y el hacha, servían para alimentar los fogones, estufas y cocinas de los vecinos. El lozano arbolado atraía además en otoño a miles de aves de pasa, sobre todo palomas, que llenaban sus buches de bellotas en el monte, o de trigo en los rastrojos circundantes, antes de continuar su vuelo para invernar en zonas más cálidas; o en la contrapasa de primavera, para seguir en viaje de novios hacia los Pirineos o regiones más nórdicas a construir sus nidos, obedeciendo

(9) *Onomasticon Vasconiae* 2, *Cendea de Galar*, p. 76.

(10) Yo estaba entonces en Estella, al margen de lo que sucedía en Beriáin. En la primavera de 1949 comenzaron a excavar el primer pozo, si hemos de creer al *Romance de la Mina* que publicaron en el *Programa de Fiestas de Beriáin* de 1972.

al salmista: Passer invenit sibi domum, et turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos (11).

Aprovechando esta afluencia aviar, se instaló una choza rudimentaria, de ramas y cañizos, en un claro del monte donde destacaban varias altas encinas, más altas y lentas que las abolidas de Blas de Otero, para disparar a las torcazas y zuritas que aterrizaban en busca de pienso o de posada. El sistema de choza primitivo fue evolucionando poco a poco hasta resultar de una perfección lujosa. Excavaron un amplio sótano que daba cabida a una docena de cazadores, lo cubrieron de un tejado plano, sólido, bien aislado contra la humedad, el calor y el frío, y magistralmente camuflado con alfombras de hierba. Alrededor de la disimulada techumbre hicieron troneras que permitían dirigir la mirada y disparar en todas las direcciones. Dentro había una estufa, y bancos y mesas, para comer o para matar el tiempo jugando a naipes cuando no acudía la caza.

En los días de bochorno con pinta de tormenta solía acercarse más pasa que en los de cierzo, que obligaba a las palomas a volar a gran altura. En dos árboles más elevados y de mejor visibilidad colocaban un par de cimbeles, con sendas torcazas ciegas, que ponía en acción el vigía, escondido en una garita o púlpito, apenas divisaba en lontananza una banda de palomas. Cuando ya «entraba» la banda, se afinaba la labor, recurriendo a una o dos palomas de ojos vendados atadas a la «orgadera» (12), con la que había que ser muy parco en movimientos. A veces se vestían las encinas de color gris azulado, con destellos verdosos, rojizos, blancos y negros, con cientos de palomas que se disputaban un puesto cómodo en el ramaje. Los cazadores se acercaban a las troneras, levantaban el gatillo, apuntaban, y a una con la última sílaba de «uno, dos y tres, fue-go» resonaba la descarga con mostacilla o perdigón del siete, o más gordo, a razón de la distancia. De vez en cuando, algún cazador nervioso apretaba el gatillo al tres, dejando a los demás en ayunas, con las ganas de disparar. Las aves gravemente heridas o muertas caían al suelo, las vivas e ilesas revoloteaban espantadas. El vigía hacía entrar de nuevo en acción desde su escondrijo los cimbeles, para ver si conseguía engañar otra vez a la banda y se podía repetir la descarga. Una tarde de tormenta, Pachi, Manolo y Joaquín consiguieron atraer cuatro veces a la misma banda de zuritas, lo que desde el pueblo registraron oyendo cuatro descargas casi seguidas, que salpicaron el suelo de color ceniciento azulado, con reflejos metálicos verdes y morados.

(11) *Salmo 83, 4.*

(12) En el *Vocabulario navarro* de Iribarren se define así la *orgadera*: «Consiste en un plattillo, hecho con un aro y una red de cuerda, sobre el cual atan a una paloma ciega, y al cual se hace oscilar, para que el ave mueva las alas levemente, como si estuviera pastando».

Contaron que una vez –desgajes del oficio– un cazador novato dejó colgando sin vida de la «orgadera» a la paloma de señuelo, que hubo que substituir por otra, capturada con red en la sierra de Etxalar y comprada a precio de plata.

Corría en diversas versiones una graciosa historia sobre el cazador L. E., que un día de muy poca pasa, aburrido de que no entrase ninguna paloma, tras almorzar todos juntos un buen ajuarriero preparado por su mujer, la señora J., se consoló con la de Las Tres Zetas; y que, cuando finalmente se acercó una banda, salió inspirado por el vino a saludar a las zuritas dirigiéndoles la palabra: «Toribias venid, Toribias entrad». Pero las zuritas, que venían de fuera y no entendían su lenguaje, se alejaron de la choza sin que nadie hubiese podido hacer blanco.» Rebotones, borracho, ranca de aquí, o te meto una perdigonada en el culo», dicen que le gritó indignado el más anciano de los cazadores, I. Z.

Cuando todo salía bien, abundaban en la Plaza del Mercado de Pamplona zuritas y torcazas de Beriáin recién cazadas. Veintinueve palomas recuerda Gregorio que mataron un año el día de San Miguel antes de almorzar. En los días de mucha pasa y muchas descargas, los niños, haciendo novillos si era necesario, solíamos colocarnos en la parte sur del monte, escondidos entre los chaparros y matorrales, –teniendo cuidado para que no nos descubriesen los cazadores, ni el guarda que vigilaba las viñas cuando se plantaba la capana (13)– por si alguna paloma malherida no podía seguir el vuelo y caía en el viñedo contiguo.

No tenía derecho cualquiera a cazar en la choza. Solía subastarse la palomera, y pujaban y la solían sacar cazadores de los alrededores y de Pamplona, más solventes que los del pueblo. Recuerdo el nombre de uno de ellos, de la capital, que tenía el mismo apellido que el conocido

(13) Cuando comenzaba a pintar la uva, en agosto-septiembre, colocaban en varios altos del pueblo un palo y unas ramas o cañas para indicar que estaba prohibido el acceso a las viñas. Era la *capana*. La más importante en Beriáin era la más visible, la del *Alto el Monte* que, además de tener el valor simbólico y convencional, le servía al guarda (jurado) para protegerse o para esconderse, armado de un rifle para disparar contra los perros que no hacían caso del símbolo y entraban persiguiendo a la caza o a llenar la tripa. Para desgracia de algún can y disgusto de algún cazador, tenía buena puntería el guarda.

Kapana, que ignora Azkue, es la forma correspondiente en euskera a *cabaña*, cf. Arbeláiz, *Etimologías vascas*, REW 1624, *capanna*, y los diccionarios etimológicos de Corominas, García de Diego, etc. En el *Vocabulario navarro* de Iribarren hay una imprecisión en la definición de *capana*, pues los ganados no entraban a pastar a la viñas desde que la cepa comenzaba en primavera a sacar los primeros brotes, y la *capana* se ponía al caer del verano. En las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla ya encontramos la función doble de la *capanna*: «... sive propter ardorem solis et radios declinandos, sive ut inde vel homines vel bestiolas, quae insidiare solent natis frugibus, abigant». Y nos da una sabrosa etimología: «... rustici capannam vocant, quod unum tantum capiat» (XV, 12, 2). Puede verse en *Onomasticon Vasconiae* 2, p. 449, lo corriente que era ese término en la Cendea de Galar.

escritor gaditano que murió en 1981, autor en 1933 de la pieza xaveriana, muy popular en Navarra, El divino impaciente. Los cazadores berriaineses tenían algún privilegio, y cotizaban mucho menos por obtener el derecho de caza en la choza. Cuando terminaba la época de la pasa, se cerraba a llave y candado la palomera, que despertaba la envidia de grupos nómadas que bregaban por cobijarse en ella, con las consiguientes disputas y riñas con el responsable de la choza y de los cimbeles con sus zuritas, el señor Lucas.

Era la palomera un coto que contribuía a llenar las arcas del Concejo. Para indicar que la caza estaba reservada en el monte a quienes pagaran la cuota, el alcalde, que entonces era mi padre, mandó pintar unas tablillas con el letrero correspondiente, para clavarlas en algunos árboles de acceso al monte, bien visibles. A los pocos días llegaron a casa unas veinte tablillas con el letrero «Aquotado de caza». Se armó más revuelo y confusión que cuando entra una zorra en un gallinero. Algunos insistían en que estaba claro lo que se quería decir, y que no era necesario gastar más dinero para corregir el yerro, pues la lengua estaba para entenderse, y se entendía. Otros temían las befas y burlas y querían encargar otras tablillas. Mi padre consultó con el maestro, que estaba de posada en nuestra casa, y los letreros aquotados acabaron calentando pucheros. Pocos días más tarde, en varios puntos del perímetro del monte figuraba en letras negras: «Acotado de caza». Los chistes no faltaron. Algún gracioso añadió en alguna tablilla «y pesca». Otro: «a la merluza». También apareció una variante con el apéndice «al conejo», muy comentada y criticada. Yo no captaba de niño la razón de las críticas, pues no conocía la acepción a la que maliciosamente aludía, ya que para pudenda feminae era corriente entre nosotros la palabra jota, que acaso remonte nada menos que al latín saltus, que, junto al significado que se conserva en Aker Çaltua, saltus hircorum, zaldú, soto, etc., en Plauto está documentado como «pudendum muliebre» (14). Cuniculus, étimo de conejo, significaba en latín también «galería, canal, mina», lo que ofrecería una base semántica muy apropiada para la acepción que ahora nos ocupa. En latín, con todo, no encuentro documentada esta significación «in malam partem», lo que deja en el aire ese acercamiento etimológico (15). Sea como sea, la del coto del monte de Beriáin fue

(14) Plautus, *Curculio*, 1, 1, 56: «qui uolt cubare, pandit saltum sauuis»; y en otro texto suyo, de *Casina* 5, 2, 42-43, de significado claro por el contexto: «illa hau uerbum facit et saepit ueste id qui estis <mulieres>. / ubi illum saltum uideo opsaeptum, rogo ut altero sinat ire».

(15) El eximio romanista Hans-Martin Gauger hace referencia a esta etimología en su artículo «Die Sehnsucht des Kuckucks nach dem Wald: Anmerkung zum Thema *Sprache und Dichtung*», en: *Romania Cantat, Gerhard Rohlfs zum 85. Geburtstag gewidmet*, Tübinga 1980, 629-639, p. 631.

una tablilla que dio mucho que hablar y comentar y reir por diversos motivos (16).

Hoy en día no queda de todo ese monte, otrora frondoso y lleno de vida y bullicio, escondite de maquis, más que el nombre de un par de calles del casco nuevo de Beriáin, El Bosquecillo, Montebajo y La Palomera; y algún solitario chaparro, perdido junto al nuevo frontón y toneladas de salitre cubierto de discreto arbolado.

3. Con quien más problemas tuve al principio en la escuela, o más tiempo de rodaje necesité, fue con doña Micaela, que solía contar mis pillerías de escolar en casa, acarreándome algún alpargatazo en el *ipurdi*. A las niñas les enseñaba labor de costurero, a coser y a bordar. Yo me empeñé, probablemente aburrido de las tareas que nos daba mientras ella estaba en esas labores, en que también los chicos teníamos derecho a aprender punto. No es que yo buscara la igualdad y me opusiera a la discriminación. Eran motivos más egoístas: solíamos hacer los chicos las pelotas para jugar en el frontón. Formábamos un pequeño núcleo o bolo de boj o de goma, y lo íbamos forrando cuidadosamente con trapo o arpillera apretándolo todo fuertemente. Luego cosíamos al rededor las dos piezas de cuero que comprábamos en Pamplona, resultando unas pelotas de mucho aguante, y económicas. Había otra variante menos profesional, y más barata, porque se ahorraba el cuero. En su lugar había que hacer un punto especial, con hilo fuerte o con liz fina. Esas pelotas salían más caseras y más blandas, pero eran más agradables para los niños pequeños, entre los que estaba yo. Me costó convencer a la maestra, pero me enseñó ese punto, de pequeños cuadrados, que no sé que nombre tiene, y yo hacía las pelotas; y los dos, las paces: No volví a disparar con el tirabeque y con tiza, cuando me dejaba castigado en la escuela, contra los aviones de papel de colores apagados que solían colgar del techo. Y mis travesuras de la escuela no llegaban a oídos de mi madre. Acabamos haciendo muy buenas migas.

Ella, natural de Auza, hablaba euskera. Y le gustaba enseñarme, y a mí escucharle, el significado exacto de algunas palabras vascas que empleábamos corrientemente en Beriáin, y que mi padre ya me había explicado en parte: *Astelen iru buru gorri* «Lunes (de las) tres cabezas royas».

3.1. Gracias a una salida de madre: *El lunes que sigue al domingo de Quasi modo –de un magnífico y encantador introito con texto de San Pedro, «como niños recién nacidos apeteded la leche espiritual no falsificada», que inspiró algún verso de Salvatore Quasimodo–, la feria segunda, el lunes tras la dominica in albis, fue consagrada, según una*

(16) Parece que el párroco, D. Odón Sagüés, disponía –tal vez gracias a la Confesión– de más información que nosotros, pues nos prohibía pasar por el monte los domingos por la tarde; y además solía adelantar ese día el toque del Angelus de la tarde, para que volviésemos a casa antes del anochecer.



Iglesia y escuela antigua de Beriáin (Foto: Adrián M. Oroz).

veneranda tradición, la primitiva iglesia románica de Berriáin por tres obispos, que iban a Pamplona a consagrar la catedral, y que, por culpa de una riada, no pudieron continuar viaje y se quedaron a pasar la noche en el pueblo (17). Agradecidos los obispos por la buena acogida y la generosidad de los vecinos, hicieron en Berriáin un solemne ensayo general, consagrándoles la iglesia. Amainado el temporal, y tras volver el río a su madre, continuaron viaje hacia la capital, donde al día siguiente consagraron la catedral. Esa es la tradición del Astelen iru buru gorri que se trasmite o transmitía de generación en generación en Berriáin.

El historiador José Goñi Gaztambide, en su estudio «La fecha de construcción y consagración de la Catedral románica de Pamplona (1100-1127)» (18), prueba y demuestra documentalmente, eliminando opiniones infundadas y confusiones lamentables de otros autores, que esa Consagración o Dedicación se celebró el año 1127, siendo obispo de Pamplona don Sancho de Arrosa (1122-1142).

Algo más complicada es la determinación exacta del día de la Consagración, por no estar documentada expresamente esa fecha, y por existir indicios aparentemente contrarios y contradictorios al respecto: 1) Existe un documento en latín, fechado el año 1129 «en el día de San Jorge, cuando hacemos el aniversario de santa María de Pamplona» (19), de donde se podría deducir que fue el 23 de abril, día en que la Iglesia celebra la fiesta «S. Georgii Martyris». 2) Y existe una tradición, afincada en los libros litúrgicos, de la que se colige que la fiesta de la consagración o dedicación de la Catedral no era una fiesta fija, sino móvil, que se celebraba siempre la feria III después de la dominica en albis.

Goñi Gaztambide concilia magistralmente ambos asertos, combinando lo Proprium de tempore con lo Commune sanctorum, constatando que, en 1129, el día de San Jorge fue efectivamente el martes siguiente a la dominica in albis. Y que, en 1127, esta efeméride móvil cayó el 12 de abril, que ha de ser por consecuencia la fecha de la Consagración.

(17) Que las inundaciones de las vías en esa zona no eran raras nos lo testimonia Philip-pus de Firenze, *Itinera ministri generalis Bernardini de Arezzo (1691-1698)*, Roma 1973, quien nos cuenta que, en caso de lluvia, les dijeron que era „impossibile poterne uscire, in riguardo alla copia dell'acqua che si trova per le strade, e alla quantità del fango tenacissimo che non lascia muover piede» (p. 357). Está hablando el 17 de enero de 1693, y se refiere al tramo Tiebas-Pamplona. La topografía nos indica los lugares más expuestos a inundaciones en este trayecto: 1) Entre la Venta Blanca y la cuesta del Larre, junto a la Venta Vieja. 2) Entre la cuesta del Sobrante y la cuesta de Noáin, originada por el río Elorz.

(18) Solamente dispongo de una fotocopia que saqué hace muchos años en la Biblioteca General de Navarra, sin más indicaciones bibliográficas. El artículo tiene 13 páginas.

(19) «Die sancti Georgii quando anniversarium agimus de sancta Maria de Pampilona».

Esta tradición sobre la fiesta de la Consagración de la Catedral confirma la de Beriáin –se me perdonará si cum grano salis siento la tentación de argumentar a la inversa–, la veracidad de la Consagración de la iglesia, que se conmemora como fiesta móvil, que encaja perfectamente dentro del mismo engranaje de argumentación. Debíó de ser –o, mejor dicho, fue– la víspera de la Consagración de la Catedral, es decir el 11 de abril de 1127. Las «tres cabezas royas» (con su séquito) habrán sido parte de los «plurimorum episcoporum atque abbatum turba», que asistieron a la ceremonia de la Consagración de la Catedral, a la que –según documento que presenta Goñi Gaztambide– también confluó multitud de gente sin altos ni bajos cargos, de capa parda. Y hasta el rey don Alfonso el Batallador, del que no consta que haya tenido problemas de traslado hasta la capital por la inundación, ni de que haya pernoctado en Beriáin. Es una lástima, pues quién sabe si, para corresponder a la hospitalidad de los beriaíneses, no habría abierto su cuerno de la abundancia, haciendo a Beriáin alguna de «las muchas ofrendas» que hizo a la Catedral.

La Consagración de la iglesia de Beriáin –que, en vista de la documentación aducida por Goñi Gaztambide para la Consagración de la Catedral no puede ponerse razonablemente en entredicho– fue más sencilla, más íntima, más entrañable, con menos pompa (y vanidades) que la celebrada en Pamplona; pero su recuerdo se ha conservado vivo en el pueblo, que ha venido conmemorando festivamente ese día, con el nombre vasco, algo adulterado en la gramática, durante casi 900 años, con las «Fiestas Chiquitas», en las que no podía faltar la Misa Mayor, con bandeó solemne de las campanas; ni el relleno típico, a base de arroz, tocino, cebolla, especias y huevos batidos (20), manjar indispensable de la opulenta mesa de fiestas de las familias del viejo Beriáin.

Hace falta ser más incrédulo que Tomás para dudar de la historia, del origen de Asteleniruburugorri, de aquel memorable lunes, en el que Beriáin tuvo por huéspedes a tres ilustres prelados. La tradición, fielmente heredada de generación en generación, encuentra plena confirmación en la documentación escrita. Para demostrar que la Iglesia de Beriáin está consagrada, no es necesario recurrir a otros argumentos menos sólidos, como el de las tres cruces pintadas que había antes a la entrada de la iglesia, ni al de una inscripción donde se leía «Esta iglesia está consagrada».

La defensa ciega de la Consagración de la Iglesia ha dado pie a argumentaciones que no tienen escrúpulos en tergiversar los hechos.

(20) He constatado en diversas ocasiones que este delicioso manjar es exclusivamente peculiar de una zona reducida de Navarra.

Hace años leí un escrito de un párroco berriainés, creo que de principios del siglo XX, que, obcecado por el fervor, argumentaba más o menos en estos términos: «que la fiesta en la que se conmemora la Consagración de la Iglesia, y que constituye el origen de las Fiestas Chiquitas, tiene que ser muy antigua, pues lleva nombre vasco, y esta lengua hace mucho tiempo que no se habla en Beriáin.» Sí, es una fiesta muy antigua, y lleva nombre vasco. Pero el resto de la afirmación no es más que una mentira piadosa, en la que no creía ni el que la profirió, que huelga rebatir, y que de nada sirve. Y que, maldita la falta que hacía junto a los documentos históricos que, cuerdamente interpretados, dan sobrada fe de ese acontecimiento.

Por cierto que, si en vez del competéntísimo historiador Goñi Gaztambide, hubiese intentado yo determinar la fecha, el día del mes de la Consagración de la Catedral, sabiendo que fue el año 1127, habría procedido de manera algo diferente, partiendo de la tradición de mi pueblo: Desde tiempo inmemorial se vienen celebrando en Beriáin las Fiestas Chiquitas, como conmemoración de la Consagración de su Iglesia románica, el día que sigue a la Dominica in Albis. Es el Asteleniruburugorri, el lunes en el que tres obispos oficiaron la Consagración, interrumpiendo el viaje que les llevaba a Pamplona a Consagrar la Catedral. En la capital, esta Consagración o Dedicación se verificó un día más tarde, es decir el martes de la Dominica in Albis. Santa María de Pamplona y San Martín de Beriáin están estrechamente vinculadas. Usando un símil no muy lejano de la vida rural de Beriáin, la Catedral y la Iglesia pueden compararse con una junta o yunta de bueyes, con una pareja muy desigual, pero unida por el yugo de una Consagración casi simultánea, y por tareas y obligaciones similares.

Si se juzgase necesario –aunque se trate de acontecimientos claramente movibles– determinar exactamente los días del mes en que sucedieron, basta con partir de la fecha de Pascua de Resurrección de 1127, y añadir respectivamente ocho o nueve días: 3 de abril + 8 = 11 de abril, Consagración de la Iglesia de Beriáin; 3 de abril + 9 = 12 de abril, Consagración de la Catedral de Santa María.

Un testimonio escrito, un Breviario de mediados del siglo XV, nos enseña: «In dedicatione ecclesiae Pampilonensis, que semper celebratur feria III post Dominicam in Albis...» (21). Substituyamos Pampilonensis por Beriainensis y pongamos II en vez de III para que valga esa constatación para la dedicación de nuestra Iglesia.

Dentro de unos meses, el 16 de abril del año 2007, celebra Beriáin el 880 aniversario de la Consagración de su Iglesia de San Martín; y un

(21) Goñi Gaztambide, *Op. cit.*, p.10.

día más tarde, Pamplona, la de su Catedral de Santa María. Buena coyuntura para conmemorar convenientemente y para elaborar y vivificar la veneranda tradición.

3.1.1. Otras palabras vascas corrientes en Beriáin eran *a ordea* «a cambio»; *birika* «embutido de inferior calidad», hecho con la asadura, cartílagos y otras partes menos apetitosas del cerdo, que se llama de acuerdo con el componente más importante; *bizcar* (22) «espinazo del cerdo», «cumbre alargada»; *bustín* «arcilla»; *linar* «murciélago», con *l* protética desgajada del artículo, y que en algunas zonas de Navarra significa «vencejo»; *otamenar* «tomar un taco o bocadillo (el *otamen* (23)) hacia las once de la mañana»; *biligarro* (24) «malviz»; *anderete* «aluda»; *llashorri* «piojo de las gallinas» (25); *gardabera* «cardo dulce» que tanto apetecía a los conejos; *achún* «ortiga»; *chinchur* «gaznate» (en vasco *zinzur* (26)), que empleábamos en la frase «se me ha ido al *chinchur(ri)*», «me he atragantado»; *zulo* «pocilga» (27); *otabera* «argoma suave», y muchas más.

(22) Esta palabra ha sido puesta en relación con el ibérico *biscar*, que merece la consideración positiva de Michelena, «mientras falten pruebas en contrario», ver Arbeláiz, *Etimologías vascas*. Puede verse un resumen de las opiniones fundadas y de las fantaseadas sobre *bizkar* «espalda, loma» etc. y sobre numerosas palabras y nombres de lugar relacionados con esa palabra en Agud / Tovar, *Diccionario etimológico vasco*, s.v.

(23) El *otamen* «bocado, merienda ligera de entre horas» (Azkue), era un taco que se tomaba a las once. Le precedían –sobre todo en verano, cuando se madrugaba para tener la parva tendida para cuando saliera el sol– el desayuno y el almuerzo. Esa palabra se explica muy bien por medio de *ogi* «pan, trigo, pitanza», que en algunos derivados es *ot*, según leemos en Azkue, y *amen* «porcioncita», cf. *otorde* «a trueque de pan», *otordu* «hora de comer, comida», *otorduro* «en todas las comidas», etc. No veo claro y me extraña, por no conocer casos estrictamente análogos, el paso *ogi* > *ot* que también Michelena supone al explicar el salacenco *otron* «cada una de las comidas» (Arbeláiz, *Etimologías vascas*, s. v.; Michelena, *FHV*, p. 83). Me he preguntado si no se escondería bajo *ot*- otra palabra de significado semejante, aunque entiendo que mi pregunta resta indebidamente valor a ejemplos parecidos, como *betagin* «colmillo» que Michelena explica como *begi-agin* «diente del ojo», *lotin* < *lohi*, en compuestos *lot*+ *-din* (Arbeláiz, *ib.* s. *letaigin* y *lotin*).

(24) Pueden verse varios intentos etimológicos en Agud / Tovar, *Diccionario etimológico vasco*, s. v.

(25) Así recuerdo que se llamaban unos insectos muy molestos, más pequeños que los piojos, que solíamos coger de andar con las gallinas. No encuentro en el *Vocabulario navarro* de Iribarren esa palabra que corresponde a **ollazorri*.

(26) Véase Luis Michelena, *Apellidos vascos*, San Sebastián 1973, bajo *txintxur* y *FHV*, p. 79.

(27) *Zulo* «agujero» en euskera se emplea(ba) en la Cuenca como sinónimo de *porciga* (en otras partes de Navarra *polciga*) sobre todo en la expresión dirigida a los cerdos: «*al zulo*». Hay en euskera una variante *zilo*, relacionada con el castellano *silo*, del que tenemos abundante documentación a partir de 1050. En Corominas / Pascual DCECH s. v. se propone partir de una base céltica *silon* «semilla», que habría pasado a significar «depósito (subterráneo) de granos», de donde provendría la palabra vasca. Michelena duda de la rectitud de esta propuesta, por ser *zulo* la forma más antigua, y porque no hay rastro del cambio *-l-* > *-r-* que se esperaría en alguna parte. Por lo demás, el artículo de Corominas / Pascual sobre *Silo* (que ha pasado a muchas lenguas), es muy instructivo. Para *porciga*, *pocilga* etc. García de Diego, *Diccionario etimológico* parte de **porcīlīca*, mientras que Corominas / Pascual prefiere **porcīcīla*.

3.2. En torno a otabera. *Iribarren, Vocabulario navarro explica esta palabra como «planta espinosa, distinta de la aliaga, que utilizan para encender el horno», haciendo referencia al vasco othar «argoma dura o argoma macho». Lo de espinoso es muy relativo. Yo la recuerdo sin pinchos o espinas. También trae Iribarren una rara variante, que en otro contexto merecería el epíteto de ultracorrecta, con una comparación galante aplicable a algunos peinados modernos: «Tienes el pelo como una octabera».*

Es extraño que Azkue, Diccionario vasco, no registre otabera –que se encuentra en otros diccionarios–, de formación diáfana y expresiva, que ha de corresponder a otamaru, ota txiki, oteme, erbi-ota «argoma blanda, sin pinchos» que figuran en ese diccionario. Supongo que los botánicos habrán dado o darán una traducción más exacta de esta especie de ollaga, aulaga, o aliaga sin pinchos, que hace pensar en la retama con sus muchas variedades. Para los legos en botánica como yo, para explicar desde el punto de vista de la filología las palabras que nos ocupan, se podría establecer aproximadamente una regla de tres muy sencilla: Ota(r) es a otabera como gardu es a gardubera, que en la Cuenca decimos gardabera, y en otras zonas de Navarra gardambara, gardamera. En Azkue, bajo gardu, encontramos numerosas palabras compuestas con esa voz. Otagarranga «argoma de pinchos» del Suplemento al Diccionario vasco de Azkue y la voz de formación análoga burdiñagarranga «collar con unas puntas de hierro de los perros», nos trae a la memoria la discutida etimología de carlanca «collar con púas».

Respecto a ot(h)e, ota, Michelena aduce como palabra paralela cotolla «argoma» del asturiano, cf. Arbelaiz, Etimologías vascas, que, en vista de la riqueza de significados y compuestos de ota (28) me parece una aproximación semánticamente pobre. Los muchos apellidos y nombres de lugar compuestos con ota, ot(h)e, como Otaegui, Otalora, Otamendi etc. (ver Michelena, Apellidos vascos), nos sirven igualmente de indicio de la popularidad de esa planta. Otaberal y gardaberal es respectivamente un paraje abundante en otaberas o en gardaberas. En la segunda edición de Iribarren, Vocabulario navarro, se explica Gabarderal, un poblado de junto a Sangüesa, como si fuese metátesis de Gardaberal. Es preferible sin duda alguna separar una palabra de la otra, y ver en gabarderal un «sitio poblado de gabardas», es decir de «rosas silvestres», trayendo a colación nombres comunes y de lugar como Gabarda, La Gabardera, Gabarra, Garrabera, Gabardosa, etc. (cf. Rohlf, Antroponimia e Toponomastica, p. 48, y sobre todo Le Gascon del mismo autor, 1970, § 20).

(28) Las diferentes acepciones («argoma», «secadero de quesos», «percha en que se posan las gallinas»), difícilmente reducibles a una sola base semántica, podrían ser indicio de que se tratará de palabras de origen diverso. Para la acepción de «percha donde se posan las gallinas», se puede traer a colación *kota*, con igual significado, cf. el *Diccionario vasco* de Azkue.

3.3. Volvamos a doña Micaela: Una vez, en casa, mi madre empleó con alguno de los hijos, tal vez conmigo, la palabra *astapuz*, muy usual con el significado de «tonto, inútil». A ella le hizo gracia esa voz, y explicó que en vasco significaba «pedo de burra». A diferencia de lo que narra Don José Miguel Barandiarán de algún maestro suyo (29), jamás nos reprendía cuando usábamos una palabra no castellana en la escuela; solía a veces corregirnos si la empleábamos mal, como *llashorri*, que ella decía *ollashorri*; o *costazuri*, *costalanzuri* por *buztanzuri* (30) y con disimilación *bustanzuri* «coliblanca», un pajarillo que anidaba y hacía la vida en los maquinados, y que solíamos coger fácilmente: aprisionábamos por la esbelta cintura en el cepo o la costa un *anderete*, lo colocábamos en algún sitio algo elevado, por ejemplo una piedra puesta sobre las arcas del conducto que llevaba el agua a Pamplona, y el pajarillo se abalanzaba a devorar su último insecto, que se le quedaba atragantado, pues el cepo le tronchaba el gatzate y el esófago y lo dejaba sin poder respirar ni tragar. La deformación *costa-lanzuri* debió de resultar de la falsa asociación con *lanzarse* a la *costa*.

Le pedimos a doña Micaela un día en la escuela que nos cantase alguna canción en vasco. Al final de la clase comenzó una que ningún euskaldún desconoce, «Aldapeko sagarraren», no recuerdo si en la versión que ha popularizado Guridi o con otra de las 16 variantes que reseña Azkue (31). No pudo terminar, pues soltamos una carcajada asociando estúpidamente lo que oíamos con *pecosa*, *agarrar*, y *punta repuntan* sin nasal. El verano pasado estuve con mi hermano Manolo y con mi mujer Christa en Auza, para ver la casa donde

(29) Justo Gárate se ha referido en varias publicaciones al «maléfico anillo» que ponían en circulación los maestros si alguien usaba en la escuela una palabra vasca. Consúltese su documentado artículo «El anillo escolar en la proscripción del euskera», *FLV* 24, 1976, 367-387.

(30) No lo encuentro en Azkue, como tampoco el nombre de otro pájaro de la Cuenca, *buztanangorri* «colirrojo», (Iribarren, *Vocabulario navarro*), que confirma la etimología. *Buztanzuri* poco tiene que ver con *azpi-zuri* «especie de golondrinas, tardías y de color blanco junto a la cola» (Azkue), ni con *azpichuri* «engañapastor», también llamado *buztancara* (Iribarren, *Vocabulario navarro*), *buztanikara* en el *Diccionario vasco* de Azkue. Gerhard Rohlf, «Die hispanischen Namen der Bachstelze», en *Etymologica. Walther von Wartburg zum siebzigsten Geburtstag*, edd. Hans-Erich Keller et alii, pp. 629-654, explica varios nombres vascos del *engañapastor* dentro de un cuadro más amplio. Junto a *buztanikara* se conoce *ipurdikara* «tiembla culo», con el segundo elemento *ikara* «temblor, susto», que entra en la composición de numerosas palabras; *aspizuri* es variante de *apeztxori* («pájaro del sacerdote») etc. Plácido Múgica Berrondo, *Diccionario castellano – vasco* reseña bajo *golondrina* también *ipurtxuri*.

Buztana «cola» entra según Gavel en *buztarina* «baticola, gruperá», que Michelena prefiere interpretar por medio del latín «*postilēna*, o mejor **postelina*, formado sobre *postela*» (Arbe-laiz, *Etimologías vascas*, s. v.; Michelena, *Fonética histórica vasca*, (FHV), San Sebastián 1977, p. 531). En el fondo hay que dar la razón a Michelena, aunque sin excluir en una fase posterior la influencia de *buztana* por etimología popular, más clara en el sinónimo *buztanpeko* «gruperá».

(31) R. M. de Azkue, *Cancionero popular vasco*, segunda edición, 1968, 277-285. El texto de la pág. 277 reza, con interpunción muy avara: *Aldapeko sagarraren adarraren puntan puntaren puntan txoria zegoan kantari. Txiruliruli, txiruliruli, nork dantzatuko ote du soñutxo ori ongi*. Jose Inazio Ansorena, *Euskal kantak*, Bilbao 1993, p. 205, trae otra melodía y un texto algo diferente.

ella había vivido y donde murió hace un par de años. La recuerdo con gratitud a esta maestra, al igual que a don José, don Sergio y don Gerardo.

3.4. Pero también tuve otro pedagogo, cuyo nombre no recuerdo, que vivía junto a la iglesia, en la antigua casa del maestro, que también sirvió de calabozo para sanciones por actos menores de incivilidad. Le cantábamos una copla extraña que le sabía a cuerno quemado: «El maestro chiquito le dijo al grande: si te pego un peñazo te saco sangre». Era de Pamplona, y aguantó o le aguantamos poco tiempo en Beriáin. Solía darnos latigazos por cualquier tontería. Otro modo de castigar era hacernos poner de rodillas, con los brazos estirados, como un crucificado, y con algún libro colocado en las manos. En algunos casos nos hacía arrodillar sobre casquijo para aumentar la molestia. Si no aguantabas, tenías que aguantar la vara. Las uñas solíamos llevarlas bien cortas a la escuela, pues le gustaba hacernos juntar las yemas de los dedos y golpearlos sobre ellas con la regla. Le tenía más miedo a ese castigo que a las cocas (32) de resbalón que solía propinarnos don Odón, que eran más dolorosas de momento, pero de dolor más breve. Ese maestro era un sádico. Me llamaba Francisco, y obligaba a los compañeros a llamarme así. En vano insistí en que me llamaba Pachi. Me dijo que a todos los que me llamaran así les dijera burro o burra. «A mi madre no la llamo burra», le contesté. El siguió puesto en el burro. Y yo, en mis trece: Pachi es el nombre con el que siempre me han llamado mis familiares, amigos y conocidos en el pueblo, a excepción de una querida tía de Noain, hermana de mi madre, que prefería llamarme Francisco Javier, porque le recordaba al santo misionero. En lengua germana Pachi suena mal, a *Patsche* «lodo, barro, cieno», y allí me han bautizado con diversos nombres: *Francisco*, *Francesco*, *Franz*, y familiarmente *Paco* o hasta *Baco* y *Packo* (33).

4. Ya durante los años de escuela me ganaba la merienda y algún cuartillo de leche yendo a buscar el agua para familias hacendadas a la fuente del pueblo, o al manantial de La Morea (34), cuando del caño de la fuente del pueblo no corría más que un desesperante hilo de agua. Ante la casi crónica escasez de agua en el pueblo durante el verano, el concejo decidió hacer una fuente en La Morea con «asca» o abrevadero para los animales. Fue de poca duración su uso, pues algún buey quedó estancado en el terreno pantanoso,

(32) Una definición de *coca* muy certera es la del *Vocabulario navarro* de Iribarren: «Capón: golpe dado en la cabeza ... con el nudillo del dedo corazón».

(33) En dos fotografías más que se publicaron en la Torre de Hölderlin con motivos del Neckar figuro como Francisco José, al igual que en un artículo de *Studia palaeohispanica et indogermanica J. Untermann ab amicis hispanicis oblata*, Barcelona 1993, pp. 183-198.

(34) *Morea* es muy corriente en la toponimia de Navarra, cf. en *FLV*, 12, 1972, pp. 321-343, un artículo de José María Iraburu Mathieu, «En torno al topónimo Morea», donde se registran más de 30 topónimos, que en su mayoría contienen ese componente. En *FLV*, 9, 1971, pp. 311-323, «*Toponimia menor de la Cuenca*» intento explicar ese nombre. En el *Onomasticon Vasconiae* 2, *Toponimia de la Cuenca de Pamplona. Cendea de Galar*, de Jimeno Jurío, se menciona de un documento de 1612 la «fuente de Morea» y «Moreo yturria», de Beriáin (p. 101).

propio originariamente de las moreas, y además se convirtió pronto La Morea, con sus cerca de 100 robadas, tras haber intentado sanearla y convertirla en terreno labrantío, en una laguna de donde se proveía de agua el recién creado poblado de Potasas de Navarra (35). Y el factor más importante: hacia 1950 se instaló el agua corriente en el pueblo.

4.1. Mi afición y admiración por los coches me llevaba a pasar muchas horas manchándome las manos de grasa, ayudando a un primo mecánico, Eugenio, que cuidaba y arreglaba los autobuses de la línea «La Beriainesa» que unía Pamplona con los pueblos de los alrededores. En recompensa, o más bien por simpatía, solían llevarme los domingos a excursiones a San Sebastián o a otras ciudades de la costa del Cantábrico, y hacerme partícipe de su mesa.

Hace cinco años tuve oportunidad de aplicar un truco que me enseñó Eugenio para flojar las tuercas o tubos que se habían oxidado y apegado. Una tía de Atáun le mandó a mi hijo Adrián, que se había contagiado con la fiebre ciclista de Induráin, hace algo más de dos lustros, una hermosa bici marca Orbea. La disfrutó durante varios años, hasta que se le quedó pequeña y hubo que darle un repaso general y adaptarla a su estatura. Fue con ella al taller de bicicletas *Rad + Tat* de Tubinga. Pero surgió un problema, pues el tubo del sillín se había agarrado o amalgamado de tal manera que no había modo de soltarlo ni con aceite, ni con flójalotodo, ni con llave inglesa ni francesa. Volvió Adrián decepcionado a casa con la bici. Bajé al sótano, cogí una llave de perro y un martillo, tumbé la bici en el suelo, y diez minutos más tarde estaba Adrián de vuelta en el taller con el sillín suelto. «Mi padre ha soltado el tubo», le dijo al admirado mecánico. «Ha cogido una llave, la ha acoplado al tubo del sillín, y con el martillo le ha dado con cuidado un golpe seco». Ese era el truco que aprendí de Eugenio y cuyos efectos positivos parece que no han descubierto los mecánicos alemanes.

4.2. Cuando la estación y el tiempo lo permitía, solía salir por las tardes a pastear a una vaca de una tía, a cambio de algún trago de leche de la ubre o braguero (que así decíamos), un trozo de pan y dos pastillas de chocolate, creo que de la marca Subiza, con mucha más harina que cacao. Me tocó además hacer *ondalán* para plantar majuelos en la viña de casa. La familia más rica del pueblo solía ofrecerme trabajo, para ayudar a edrar o arar las viñas, llevando del cabestro al mulo que arrastraba el *golde* (36) o apero, dirigido

(35) A tres mozos del pueblo, Manolo, Jesús y Santiago, se les ocurrió echar a la orilla una docena de cangrejos, pescados en un regacho del pueblo, que se multiplicaron de tal manera que hicieron limpia de culebras y de ancas de ranas. La pesca estaba prohibida, pero por Sanfermines llegaban a Pamplona, por canales ocultos –que merecieron alguna copla burlesca en el *Programa de Fiestas* de Beriáin de 1975– cangrejos a zacutos o macutos, para exquisitos tacos de los bares.

(36) Pueden verse en el *Diccionario vasco* de Azkue los nombres de varias especies de arados. En Iribarren, *Vocabulario navarro*, encontramos *golde*, *goldea*, *goldía*, *cutre*, *cuitro*, derivados del latín *culter*, cf. REW 2382; y *aladro*, de *aratrum* (REW 602). Más formas en Vicente García de Diego, *Diccionario etimológico español e hispánico*, bajo *aratrum*.

por el simpático Paco A., que con su melosa voz y suave silbido habría encantado al cantor de Salicio y Nemoroso (37). También solía sulfatar las cepas contra el «ódiun» (oídio) o contra el «meldeu» (mildiu), armado de un pozal con el líquido conveniente y una escobilla que servía de hisopo (38).

4.2.1. Vivía en esa casa señorial un pastor, el señor Venancio, de Ochavavía, que preparaba unas sabrosísimas migas. Hablaba euskera y le gustaba explicarme los nombres de los términos del pueblo, salpicando su explicación con no menos sabrosas etimologías populares, como la deformación *Azalaya*, que interpretaba como «terreno layado para plantar berzas». Ni yo ni nadie ha visto berzas en esa explanada cuyo nombre primitivo ha sido *Celaya* «llano, planicie» (39), corriente en la toponimia menor de la Cuenca, con un componente inicial de explicación discutida.

4.2.2. Otra etimología popular, que no compartía el señor Venancio, era la de *San Sebastián Bular*. Así se llama un término (hay en 1927 un *pular* despistado) que en el siglo XVII aparece varias veces como *San Sebastian bularra*, con alguna variante. Hace varios decenios constaté que la última palabra solían asociarla en el pueblo con *bula* «dispensa, perdón». Para entender esa asociación conviene conocer una costumbre que ya no se conserva en Beriáin: el día 3 de mayo, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, solía celebrarse la rogativa a varias cruces del término, para impetrar la bendición para

(37) La suerte adversa le obligó a buscar otro medio de vida en Alemania, como «Gastarbeiter». Los sábados por la noche le invitaban a cantar en un bar, donde sacaba la costa y algún marco. Falleció el año pasado, a los 73 años, en la tierra de su mujer, en Galicia.

Me contó Paco, hace unos años, sus peripecias de cazador furtivo en un bosque junto a Bonn, y los apuros que pasó una vez cuando lo detuvieron y lo metieron esposado en el furgón policial: Obedeciendo al instinto cinagénito que había cultivado con éxito en Beriáin, solía dedicarse en Alemania por las tardes con un amigo a cazar conejos con lazo. Alguien debió de dar parte, y una tarde los sorprendió la policía cuando andaban cerca del cado en el que luchaba con la muerte un conejo. Ellos, que habían barruntado la presencia policial, siguieron tranquilamente a su ritmo, haciéndose los suecos, primero simulando, y tras la detención afirmando que estaban simplemente paseando.

De las malas horas pasadas en el furgón y en el interrogatorio de la comisaría con intérprete no los libró nadie. Pero sólo había indicios de delito, pues no los cogieron in fraganti, con el gazapo en el colco (véase nota 80), ni había testigos. El proceso que amenazaba no tuvo lugar, por falta de pruebas, pues habían tenido además la diligencia de eliminar toda huella digital del lazo, y todo rastro de la suela de los zapatos junto a la madriguera. Pero se les quitó de siempre la gana de comer conejos de cosecha propia.

(38) *Sancta simplicitas*: En verano, por vacaciones, solía ayudar en casa en las tareas del campo, también a sulfatar las viñas. Contagiado por el celo religioso del Colegio, en vez de hacer con el hisopo una cruz sobre la cepa, según estaba previsto, hacía litúrgicamente con disimulo tres, para mayor protección y bendición. No recompensó el cielo mi buena intención. 1) Gasté mucho más sulfato que los otros, y 2) Mis hileras de cepas amanecieron con las hojas quemadas por exceso de líquido.

(39) Véanse las numerosas variantes de ese topónimo en esa misma obra de Jimeno Jurío, p. 95, que también aparecen en otros pueblos de la Cuenca (consúltense e. g. los índices de *Onomasticon Vasconiae 1 y 2*).

los tiernos sembrados y echar los conjuros contra las tormentas con granizo y para ahuyentar a los malos espíritus (40). La primera estación de la rogativa era precisamente el alto de San Sebastián. Está claro que *bular* no tiene nada que ver con *bula*, ni con perdón ni con indulgencias. Ni se repartían, ni se vendían *bulas*. Era simplemente una rogativa en honor de la Cruz, como las había en otros pueblos contiguos. Para entender la denominación *bular* es importante tener presente, como en muchos otros casos de topónimos menores, la forma, la configuración del terreno. Es un «cabezo (545 ms.) que domina el pueblo desde el O» (41). Su forma es la de un cono ascendente con suavidad, de amplia base circular, que recuerda un pecho femenino cuya forma daría envidia a la novia del Cantar de los Cantares (42). Desde el punto de vista semántico no cabe duda de que a ese montecillo todavía le cuadra –sobre todo mirándolo desde *Iturbi*, junto al camino de Salinas– la designación de «pecho, teta», que es lo que significa *bular* (43).

No es extraño que nombres de partes del cuerpo, humano o animal, se apliquen a accidentes del terreno en las lenguas más diversas, como en castellano *foz*, *hoz*, *garganta*, *pie*, *falda*, *cabezo*, *lomo*, *loma*. Corriente es en la Cuenca *bizcar* «espinazo», que se aplica también al lomo de un monte o colina, como en *Guesalaga vizcarra* de Beriáin, documentado en 1588; *Artubizcar* de Subiza; *Soto Biscarrea* y *Eunze Biscarra*, de Arlegi, *Larre biscar*, Galar. También *buru* «cabeza» se repite (44). En cuanto a «pecho» o sinónimos en la toponimia baste recordar, sin salir de la Península, *El Pecho*, *Los Pechos*, *Punta Pechiguera*; la *Punta de las Tetas*, los picos llamados *Tetas*, *Tetica*, *Mambla*, la *Sierra de las Mamblas* (45), de diversas regiones. De la toponimia alavesa recordamos *Pecho*, *los Pechos*, *Pechuga* «repecho o cuesta». *Bular* aparece como segundo componente en *Mendibularra* «la-brantío de Crispijana», de 1706 (46). En Paternáin está documentado «Viña en Bular gaña», de 1609 (47). Volviendo a la Cuenca, en Esparza hay un topónimo *Alto de Morea*, referido a un pequeño cerro popularmente conocido

(40) En *Euskalerrriaren yakintza*, primer tomo, de Azkue, pag. 201-202, se documentan algunas costumbres y supersticiones del día de la Invencción de la Cruz.

(41) *Onomasticon Vasconiae* 2, p. 107.

(42) He constatado recientemente con desilusión que los años y la continua labranza han hecho mella en la forma de ese cabezo, erosionando su marcado perfil erótico.

(43) Creo que el señor Venancio pensaba en este significado, pero –por respeto a la sota-na que yo vestía entonces– tenía reparo en decírmelo, contentándose con afirmar contundentemente que con *bula* no tenía nada que ver ese nombre. En Agud / Tovar se comentan varias etimologías de *bular*, sin que ninguna convenga.

(44) *Lepo* «collado, loma de montes» es un sinónimo del dominio común.

(45) *Mambla* < *mammula* «tetita», figura en el *Diccionario de la Real Academia* como «montecillo en forma de teta de mujer».

(46) *Onomasticon Vasconiae* 5. Henrike Knörr me comunica por e-mail que *bular* «es abundante en la toponimia, con la variante *buar*... en Álava». Compárese en *FHV* de Michelena, p. 549, de la toponimia alavesa, Iguiribuarra, Isasbuar, Iturbuar(ra).

(47) *Onomasticon Vasconiae* 1, 14B. 23.

como «la teta» (48). Gracias a que la gente no conoce el significado de *bular* se ha conservado en Beriáin sin problemas el topónimo, que tal vez hubiese corrido peor suerte en la versión castellana «*La teta de San Sebastián» (49).

Del *Diccionario vasco* de Azkue mencionamos *eliza-bulhar* «ábside», que el autor comenta: lit. «pecho de la iglesia» (50).

4.2.3. *Quisiera intercalar una breve excursión toponímica, de «geografía lingüística», de hace más de veinte años, a ese montecillo de San Sebastián. Vino a mediodía a mi casa paterna el llorado amigo José María Jimeno Jurío, que andaba recogiendo información para su excelente colección de topónimos. Tras comer y hablar con mi hermano Manolo, que conocía los nombres de cualquier rincón del campo, sobre nombres de términos de Beriáin, subí con él a San Sebastián Bular. Era una tarde lluviosa y, con la esperanza de descubrir algún indicio de antigua construcción, nos embarramos para llegar al lugar donde solía detenerse la rogativa para impetrar la bendición de los campos. En el terreno, completamente cultivado, no se descubría ninguna señal de que allí hubiera podido alzarse cruz alguna, ni menos todavía una capilla, que aparece mencionada ya en documentos de 1584 (Pieza «baxo la ermita de San Sebastian»), y de 1588 («Detras de la basílica de San Sebastian») (51). Estaba claro por las escrituras que en ese monte había existido una ermita dedicada a San Sebastián, en cuya festividad, el 20 de enero, solían reunirse en Concejo en la escuela de Beriáin un representante de cada casa, quienes, después de tratar los asuntos oficiales y revisar las cuentas del año anterior, comían cordero y vaciaban el garrafón de tinto. Recuerdo bien ese acontecimiento porque alguna vez le tocó a mi madre el turno de preparar con alguna vecina del pueblo la comida. Y nos dejaban probar la salsa del chilindrón que sabía a gloria. En aquella ocasión hablamos José Mari y yo sobre la posibilidad de que el topónimo Elicitiguibel, que a mí me era corriente como Estiribel, Estribel, que designa el paraje situado detrás de San Sebastián Bular, tuviera que ver, a grandes rasgos, con eliza y gibel. En la toponimia menor es muy fecundo gibel «detrás de», sobre todo –aunque no exclusivamente– en combinación con eliza (52), lo que hace muy plausible esa opi-*

(48) *Onomasticon Vasconiae* 2, *Cendea de Galar*, p. 136.

(49) «Las tetas de Galar» es el «nombre moderno de dos cerretes», interpretado por un «topógrafo pudoroso ... como *Tetaskoain* en un plano del término» (*Onomasticon Vasconiae* 2, *Cendea de Galar*, p. 286).

(50) Bajo *bular* no encuentro ningún significado que se acerque a «mammula» de la toponimia. En el *Diccionario Castellano-Vasco* de Plácido Múgica Berrondo, Bilbao 1973, para *ábside* figuran *eliz-bular* y *eliz-belarri*.

(51) *Onomasticon Vasconiae* 2, *Cendea de Galar*, p. 107.

(52) Me limito a remitir al índice de *Onomasticon Vasconiae* 1, p. 497.

nión; sin embargo habría que afinar la argumentación y tratar de fijar la base léxica exacta (53).

5. El texto «Detrás de la basílica de San Sebastian», de 1588, no deja de llamarme la atención, pues entraña a mi juicio un problema semántico. A *basílica* la asociamos con una construcción elegante, noble, amplia, con una «iglesia notable por su antigüedad, extensión o magnificencia, o que goza de ciertos privilegios, por imitación de las basílicas de Roma», como la define el *Diccionario de la Real Academia*: Basílica de San Pedro, de Santa Maria Maggiore, de San Giovanni in Laterano, de San Marcos, de San Vitale, del Pilar, Basilika Weingarten, etc. Pero ¿basílica de San Sebastián Bular en medio del campo?

5.1. La palabra basílica está documentada en castellano por primera vez, según Corominas, en 1490, en el Vocabulario de Alonso de Palencia. Es sorprendente encontrar esta denominación, relacionada nada menos que con basilikós, derivado de basiléus «rey», referida a lo que no fue más que un humilde santuario rural, yermo, una simple ermita. Dejando rienda suelta a la fantasía filológica se presentan varias opciones para explicar ese nombre. Podríamos suponer que esa ermita haya gozado de especiales privilegios que habrán caído en el olvido. O que algún gracioso la haya bautizado irónicamente así, remedando el San Sebastián (alle Catacombe) que a veces figura como basilica. Pero la cuestión se presenta más compleja. Limitándonos al Onomasticon Vasconiae 1 y 2 ya constatamos que basílica no se aplica únicamente a la ermita de San Sebastián Bular, sino que aparece referida a muchos santuarios rurales: La hermita de Santa Lucía (1617) de Salinas también figura en 1659 como Basílica de Santa Lucía (Onom. 1, p. 364 y 365); en Esparza se emplearon, refiriéndose a San Salvador, basílica y ermita, lo mismo que refiriéndose a Santa Cruz (Onom. 1, p. 185); en Guenduláin en 1689 se habla de la Basílica de San Babil, en 1796 de la Ermita de San Babil (Onom. 2, p. 321); en el despoblado de Oyerza existía una basílica (doc. de 1588) o ermita (no se indica fecha) de San Jorge (Onom. 2, p. 386). Renuncio a seguir buscando y citando, e. g. de Onom. 12, de la toponimia de Pamplona; basta consultar las págs. 356 a 363, donde encontramos, refiriéndose al mismo edificio sagrado, a veces iglesia, iglesia, a veces ermita, hermita, a veces vasílica, basílica. De estos ejemplos vemos que sobre todo ermita y basílica se usaban como sinónimos, siendo más fecundo y antiguo el primero, que aparece con determinaciones adverbiales o adjetivales, como ermita gaña, ermita ondo, ermita zar, ermita txar (54).

A juzgar por su corriente uso en toponimia, (h)ermita era una palabra incorporada plenamente al vascuence, aunque no la mencione Az-

(53) En *Onomasticon Vasconiae* 2, p. 90, Jimeno Jurío propone *Elizeta gibel*.

(54) Véase la interpretación de *Ermitagaña* en *Onomasticon Vasconiae* 12, 6.165.

kue. De basilica no tengo material para afirmar lo mismo, pero no niego que pueda existir, como cultismo, con la grafía correspondiente. José María Jimeno, en sus comentarios a los topónimos, emplea a veces indistintamente ermita y basilica (55), ignoro si influenciado por la documentación que maneja, o por otra razón (56).

5.2. *Me asalta, en relación con esa palabra, una idea heterodoxa que quisiera avanzar como mera hipótesis, sin detenerme por ahora a buscar más material –que sería fácil encontrar– incluso a riesgo de pegar un resbalón. Los cristianos de los primeros siglos solían reunirse para celebrar el culto. Tal reunión y el lugar donde se realizaba se llamaba, como nadie ignora, ecclesia, de donde nacen iglesia, chiesa, église, esglesia, igreja, eleiza, etc. (57). Junto a esta palabra era corriente en algunas regiones basilica, que asumió el significado de «iglesia» en el siglo IV, tras la fundación de la Basilica Constantini sobre la tumba de Cristo (58). Isidoro de Sevilla nos explica que las basilicas, que antes eran «regum habitacula», ahora «ideo divina templa nominantur quia ibi regi omnium Deo cultus et sacrificia offeruntur» (59). Se conserva el nombre en el rumano basirică, dalmático bazalka, albanés bjeske, veneciano antiguo baselega, y varias formas más (60), con el significado de «templo cristiano». En el Tesino se ha degradado el valor primitivo, dando bazerga «choza». En francés se conserva el resultado de una evolución popular en basoche, «ensemble des gens de loi», basochien, basauchien, «basilical». En los siglos XV y XVI y más tarde basilica ha pasado como palabra culta a numerosas lenguas europeas con el significado de «iglesia notable». La toponimia nos muestra que basilica tuvo un área de difusión mucho más amplia de la que podríamos suponer orientándonos por la extensión actual de las unidades léxicas relacionadas con esa palabra. Dauzat recoge unos treinta nombres de lugar actuales, con interesantes variantes de los siglos pasados, que remontan a ese étimo (61). Aebischer dedica un artículo a «Basilica dans la toponymie de la Suisse romande» (62). Para la Península Ibérica Rohlfs menciona Ba-*

(55) E. g. «Basilica de San Pedro», *Onom.1*, p. 158, «al poniente de la desaparecida basilica» de San Cristóbal (*Onom. 2*) que en los documentos figura como *ermita*.

(56) *Ecclesia* se usa a veces en latín como equivalente de *Ermita*: *Ecclesia Sancti Stephani* (de 1174) o *Monasterium* (de 1100), referido a una *Ermita (1605)* de Beriáin. Recuerdo que había allí una cruz y unas piedras que desaparecieron hace muchos años. De niños hacíamos en la cuesta un *ristro* o resbaladero muy pico que llegaba hasta el carretil. Hace tres años aparecieron en esa zona numerosas tumbas de piedra, que han desaparecido contagiadas por la fiebre constructora. Espero que por lo menos se hayan realizado los estudios arqueológicos de rigor.

(57) *REW* 2823; *FEW* III, 203.

(58) A. Dauzat, *Nouveau dictionnaire étymologique et historique*, París 1964, bajo *basilique*.

(59) *Etymologiarum*, XV, 4, 11.

(60) *REW* 972.

(61) A. Dauzat et Ch. Rostaing, *Dictionnaire étymologique des noms de lieux en France*, París 1978, bajo *Baroche-sous-Lucé*.

(62) Paul Aebischer, en: *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, 14, 1964, pp. 227ss.

selgas y dos Beselga (63). *Estos topónimos nos sirven de indicio de que basilica fue corriente como nombre común, aunque se hayan borrado o esfumado sus huellas en el léxico de las lenguas neolatinas occidentales, donde ecclesia se ha ido extendiendo e imponiendo desde la baja Edad Media, ganándole terreno a basilica* (64). *En textos de latín medieval nuestra búsqueda dará fruto. Me limito a remitir a Crónicas Asturianas* (65), *en las que aparece varias veces basilica, junto a ecclesia, con el significado de templum, sin que se vislumbre una clara diferencia semántica* (66).

Del material disponible y de su evolución no consigo encontrar una vía desbrozada para llegar en la zona que ahora nos interesa, la Cuenca de Pamplona, al significado «ermita» de basilica, que es en castellano sobre todo una palabra culta y tardía. Si fuese de evolución popular, tradicional, no tendría los reparos que tengo desde el punto de vista de la semántica. Por este motivo quisiera sopesar si no estaremos simplemente ante una confusión o una equivocación. No sería la primera vez que un error da origen a una palabra, aunque no siempre alcance las dimensiones de indio, aplicado por error a los habitantes de América que para los primeros descubridores eran las Indias. La obsidiana, e. g. ha sido tomada de obsidianus lapis, que es «lectura errónea... en lugar de obsianus lapis “piedra de Obsius”, nombre de un romano que descubrió esta piedra en Etiopía» (67). *Cenit «parece tratarse de una antigua mala lectura zenit en vez de zemt (semt) en los manuscritos de Alfonso el Sabio»* (68). *Un ejemplo de nuestro tiempo: El empleo equivocado de humanitario, en vez de humano, con substantivos de contenido negativo, como catástrofe, tragedia, etc., ha surgido de la cabeza y lengua de algún político de una cultura o sensibilidad lingüística catastrófica, pero los medios de comunicación han contribuido a difundirlo y se ha extendido por muchas lenguas como un reguero de pólvora* (69) *incontinente que va abrasando y eliminando el uso correcto.*

(63) Gerhard Rohlfs, *Antroponimia e Toponomastica nelle lingue neolatine. Aspetti e problemi*, Tubinga 1985, p. 39.

(64) Puede consultarse el REW bajo *basilica* y bajo *ec(c)lesia*, donde se citan varios estudios sobre el tema. El alemán *Kirche*, inglés *church* «iglesia» y varias voces germánicas o eslavas derivan de *kyrios, kyriakon* «del señor».

(65) Edd. Juan Gil Fernández, José L. Moralejo, Juan I. Ruiz de la Peña, Oviedo 1985.

(66) En la nota 20 del *Estudio preliminar* a esa edición de las *Crónicas* se reúnen varios pasajes muy elocuentes al respecto que se refieren a Alfonso II el Casto (791-842). Ahí encontramos *templum, basilica, ecclesia, Domini domus* como sinónimos.

En una carta del Papa Urbano II (1088-1099) del año 1097 a Pedro I de Aragón y Navarra (1094-1104), exhortándole a que ayudase generosamente en la construcción de lo que sería la catedral de Pamplona, habla de «ad construendam novam ibi basilicam» (ver Goñi Gaztambide, *op. cit.*, p. 6).

(67) Corominas, *Breve diccionario*, bajo *obsidiana*.

(68) Corominas, *Breve diccionario*, bajo *cenit*.

(69) Publiqué sobre este error la nota «Catástrofe humanitaria», en *El País*, 26-4-1999. Del latín menciono la explicación similar de una forma anómala: «Medicum, quod ab imperito vulgo litera mutata Melicum appellatur», Columella, *De re rustica*, VIII, 2, 4.

*En vista de la inviabilidad en la que me encuentro, opto por consultar los primeros ejemplos conocidos de basilica por ermita, para ver si es lícito llegar a la conclusión de que estamos ante una palabra no latina ni castellana, sino vasca, de lectura o interpretación equivocada, que consiguió cierta generalización. Mis sospechas provisionales recaen sobre una voz compuesta de dos elementos corrientes en euskera. El primero sería basa «silvestre», «del campo», elemento muy productivo en composición, como en basaillarra, basoillarra, baseper, basezti, basajaun, baserri, baserriar, basaran, patxaran (70). El segundo componente podría estar por eñiza, variante muy corriente en textos antiguos de eliza, que en la toponimia se presenta a veces como Ylissa, Yliça (71). De estos ejemplos ya podemos recuperar, sin necesidad de seguir rastreando, sin violencia alguna, baseliza, basiliza «iglesia del campo», «ermita», que, si bien en Azkue no figura, ha debido de existir. En el Diccionario Vasco - Castellano de Múgica encontramos bajo **ermita I**. capilla = bas-eliza, que encaja perfectamente en nuestra argumentación. Baseliza es la palabra que empleó espontáneamente mi sobrino euskaldún Bittor cuando le pregunté por la correspondencia vasca de ermita. Si partimos de la probable variante antigua *Basiliça, vemos que esa forma y basilica no se diferencian más que en un ápice, que a algún copista o secretario, probablemente más versado en castellano que en euskera, le habrá pasado desapercibido, cayendo en un error, fácilmente explicable, que habrá hecho escuela, elevando a una humilde ermita o a una simple ecclesia o monasteriolum a la categoría de basilica.*

5.3. *San Sebastián Bular* fue testigo de un inolvidable, amargo episodio de mi niñez. De horas de miedo, de angustia, que tuvieron un desenlace feliz gracias a la sagacidad de un perro con el que compartía el pan y tantas horas de juego como con mis mejores amigos.

***El Bat.** El Ford es el primer perro que recuerdo: negro, grande, tranquilo. Le teníamos cariño todos, y él a nosotros. Al volver yo un día con mi madre y mis hermanos de Noáin, se había escapado de casa. Lo busqué, le llamé, lo lloré, pero no apareció. Más tarde me dijeron la verdad, a medias: que había muerto. En realidad tuvieron que matarlo por viejo y por enfermo. Para consolarnos consiguieron pronto un cachorro blanco con alguna pinta oscura, el Bat. Era travieso, juguetón, y se las arreglaba para hacerse con buena parte de mi almuerzo o merienda.*

Un día de mayo o de junio, cuando los trigales estaban altos, más altos que yo, que no debía de tener más de tres años, mi padre tenía que

(70) Basta echar una ojeada al *Diccionario vasco* de Azkue y a su *Suplemento* de la edición de 1969. O a Luis Michelena, *Apellidos vascos*, San Sebastián 1973, núm. 137.

(71) *Ylissapea* en 1656, *Onom. I*, p. 96, *Yliçapean* en 1677, *Onom. I*, p. 156, ambos en Beriáin. Recordará el lector de *Linguae vasconum primitiae* la primera advertencia de ese libro, sobre la pronunciación de la ç antepuesta a las vocales a, o, u. En *Onom. Vasc.* 12, p. 225, *peças* por *peças*.

ir a Esparza, a arreglar algún asunto. Yo quería acompañarle, pero parece que él llevaba prisa y prefería ir solo. Atrancaron la puerta de la casa para que yo no le siguiese, y tuve que quedarme en la entrada pataleando de rabia. Pero a los pocos minutos estaba fuera, siguiéndole los pasos, a una distancia prudente para que no me descubriese y me encerrase de nuevo en casa. Aún lo ví en el barrio de arriba, en una estrecha calle entre las dos últimas casas del pueblo, sin llegar a las eras donde hoy están las chantreas, camino del Perdón. Él no se percató de mi presencia, y continuó a todo andar hacia el alto de San Sebastián, para tomar allí un alcorce o atajo que ya no existe hacia Esparza. Ahí lo perdí de vista; y me engañó la perspectiva, y me fallaron los cálculos. Al pie de San Sebastián Bular, antes de que llegara el atajo, que no era más que un angosto sendero, me metí hacia la derecha en el trigal y continué andando en la dirección que pensaba que había tomado mi padre. Al rato, tras andar y andar sin rumbo, viéndome completamente perdido en el laberinto de una mies que me pasaba un palmo, sin más vista que espigas y alguna mulsa de hierba, suelo y cielo, le llamé a mi padre que ya estaba demasiado lejos y no podía oírme. De nada sirvieron mis gritos y lloros, absorbidos por la espesa mies. Ahí termina mi recuerdo.

Lo que sigue es la versión que me contó mi padre. Cuando volvió él de Esparza al atardecer, preguntó por mí, y nadie supo darle razón. Mi madre se figuraba que yo habría ido con él. Me buscaron por todo el pueblo, en las casas de todos los amigos, y por los alrededores, pero ni rastro. Miraron en el pozo de casa y en los de las huertas donde solía jugar. Urgía la búsqueda, pues la noche se echaba encima.

No sé a quién se le ocurrió una idea feliz: recurrir al Bat. Le llamaron, le hicieron husmear en el lugar donde yo había estado pataleando de murria (72) porque no me dejaban ir con el padre, y le animaron: Busca, busca, busca. Busca a Pachi, busca a Pachi, busca a Pachi. El perro entendió enseguida y movió alegremente en señal de asentimiento el rabo. Husmeó una y otra vez y salió a la calle con la nariz rozando el suelo. Delante de casa titubeó. Dio un par de vueltas, olió en todas las direcciones, y se decidió por una pista, por delante de la casa del sacristán, hacia las eras. Era el camino que había tomado mi padre, quien temía que el perro estuviese confundido y no siguiese mi pista, sino la suya. Mis hermanos mayores y mi padre le seguían corriendo. En San Sebastián Bular, antes de llegar al alcorce, se metió en el trigal. Mi padre vio que alguien había pisado la mies, y se figuró enseguida todo lo que había pasado. El perro no andaba equivocado. A los pocos segundos estaba haciéndome caricias con la lengua y la cola y ladrando alegremente junto a mí, que me había quedado dormido en medio del trigal.

(72) En la Cuenca *murria* significa «enojo, rabia», y no «tristeza».

Mi padre me llevó a horcajadas a casa, donde mi madre me preparó un buen tazón de leche de la China, mi cabra preferida, con pan y miel, de merienda-cena. No recuerdo qué recompensa le dieron al Bat que nos había sacado de apuros, y que a mí me había librado de pasar la noche triste y solo, temblando de miedo y de frío, a la intemperie.

No llegó a viejo el Bat. Era un perro emprendedor, valiente, que nos acompañaba siempre al campo, donde le gustaba ir a la caza de todos los bichos que podía descubrir: topos, «lupecos» (73), arraclanes (74), ratones, ratas de agua, gardachos (75), tajudos (76), zorras, liebres, conejos, culebras... Los nidos de aves solía respetarlos, pero no las madrigueras. Un día de siega muy caluroso se metió a rastrear en una acequia con mucha maleza en el Camino de Salinas, y salió chillando. Una víbora le había clavado el estén (77) en el hocico. Mal lugar para interrumpir la circulación de la sangre y aplicarle el «remedio clásico de Larráun», con «la boca trasera» de pollos y gallinas, que describe Orixe en Euskaldunak (78). Mis hermanos mayores buscaron a la bicha y la mataron. Mi padre le sajó la herida al Bat con la navaja, haciéndole dos tajos en forma de cruz (79), y le exprimió la sangre. Pero ya era tarde.

Descansa junto al Ford, en la huerta frente a mi casa paterna, al pie de un árbol de ciruelas claudias.

6. Durante varios meses tuve trabajo fijo en la panadería del pueblo, que distribuía el pan también en las aldeas contiguas. Todas las mañanas, antes de que despuntase la aurora y se despertasen los pájaros, cuyo canto poco me im-

(73) En Berián los llamábamos *lopecos*, forma más alejada del vasco *lurpeko*, «grillotalpa o alacrán cebollero», de etimología clara, «de bajo tierra», que es de donde atacaba a la planta.

(74) No sólo en Aragón y Salamanca, como indican el *Diccionario de la Real Academia*, s. v., y Corominas / Pascual, DCECH, bajo *alacrán*, es conocida la metátesis *arraclán*, sino que en Navarra también, con la variante *garranglán* (Iribarren, *Vocabulario navarro*), por influencia de *garranga*, *garrangla* «anzuelo, carranca», cf. Azkue, *Diccionario*. La conocida etimología es el árabe vulgar *al - 'aqrab* «escorpión».

(75) Otro bicho con palabra de origen árabe muy popular en Navarra. Me limito a remitir al erudito artículo *farfacho* de DCECH de Corominas / Pascual.

(76) Esa es la palabra corriente en la Cuenca para *tejón*, que en otras partes dicen *tajugo*. Esas y otras muchas variantes provienen del latín tardío *taxo*, de origen germánico, relacionado con el alemán *Dachs* (cf. REW 8606, Corominas / Pascual, DCECH, bajo *tejón*).

(77) O *etzén*. Es el vasco *etzen*, muy corriente en la Cuenca por «aguijón (de animales)». En Agud / Tovar *Diccionario etimológico vasco* se comentan varias propuestas para explicar esa palabra. Para la extensión de ésta y de otras voces en Navarra consúltese el *Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*, de Manuel Alvar.

(78) N. Ormaetxea «Orixe», *Euskaldunak. Los vascos*, Donostia 1976, *Sugearen zizta*, pp. 276-279. En Azkue, *Euskalerraren yakintza*, primer tomo, p. 442, se recomienda un remedio parecido.

(79) Parece una costumbre muy extendida, cf. Azkue, *Euskalerraren yakintza*, primer tomo, p. 438: «a aquel a quien la culebra ha metido el aguijón suelen abrirle la herida en forma de cruz».

portaba, acarreaaba de la fuente el agua para las hornadas, primero con dos, y luego con tres o cuatro pozales acoplados a un aro con dos correas. Como remuneración hacían descuento a mi familia al comprar el pan, o la tía Sofía echaba una *chorrotada* de más de aceite cuando íbamos con la aceitera, una cesta y la cartilla, a recoger el racionamiento, o un par de puñados de legumbres secas de propina; y a mí me daban todas las mañanas una bola de masa elaborada, que yo me guardaba en el *colco* (80) y llevaba alegre a casa para que mi madre la preparara en el sartén (81) con un poco de aceite para los cuatro hermanos. Son las primeras y las mejores pizzas que jamás haya comido, y no solamente por eso de que «el hambre es el mejor cocinero».

7. El trabajo más duro que me deparó en mi niñez la fortuna fue el de peón de albañil, de *zarramplín*. Buscar el agua de la fuente, mezclar el cemento y la arena o el cascajo, hacer la masa en la *gambella* (82) o en el suelo, llenarla en pozales, mojar los ladrillos o los bloques, llevarlo todo al albañil o subírselo al andamio... Conservo la foto de un almacén de Beriáin que ayudé a construir y que fue derribado el año pasado en aras de la urbanización. Aún existe un cubierto o bajera y una casa donde realicé ese trabajo de «constructor» (83).

(80) Iribarren define acertadamente esta palabra, guiándose por Azkue, *Diccionario vasco*, bajo *kolko*, como «Seno: espacio hueco que queda entre el vestido y el pecho». La etimología de *kolko* no está clara. Se ha pensado repetidamente en el griego-latino **colpu* «seno», que Agud / Tovar rechazan, si bien Michelena apunta hacia esa etimología, que no convence, o que no ha sido expuesta satisfactoriamente desde el punto de vista semántico. (Arbelaiz, *Las etimologías vascas*, bajo *golkho*). Antes de desechar ese acercamiento convendría analizar convenientemente la polisemia del latín *sinus*, especialmente los significados «*seno, pecho*», «*pliegue*» (*de la toga a la altura del pecho*), «*bahía, golfo*». Y además, estudiar el alcance de *colpus* «ensenada», que conocemos gracias a un glosario, y que vive en las lenguas románicas, y su implicación con *sinus*. Sólo entonces podremos decidir si tiene o no tiene razón el REW, 2059 que trae el vasco *golko* «Busen». El alemán *Meerbusen*, compuesto de *Meer* «mar» y *Busen* «pecho femenino», significa «ensenada, bahía», pero es un calco del siglo XVII del latín *sinus* (*Duden*, tomo 7, *Das Herkunftswörterbuch. Etymologie der deutschen Sprache*, Mannheim/Wien/Zürich, 1989, bajo *Busen*).

(81) No ignoro que en el *Diccionario de la Real Academia* es femenino *sartén*. Pero para completar las zonas del empleo masculino de esa palabra quiero que conste que, aunque no lo registre Iribarren en su *Vocabulario navarro*, en Beriáin se ha usado *el sartén*, que es el género corriente en muchos países del Nuevo Mundo, y exclusivo de algunos. (Cf. Corominas / Pascual, *DCECH*, s. v.).

(82) Esta era la palabra corriente para «artesa de los albañiles». Procede del latín *camella* «escudilla, gamella», que podía ser grande, como en el *Satiricón* de Petronius Arbitr: «*Trimalchio camellam grandem iussit misceri potionesque dividi omnibus servis*», LXIV, 13. Cf. Corominas, *DCECH*, III, 59 y García de Diego, *Diccionario etimológico*, bajo *Camella*. El grupo *-nb-* de *ganbela* en euskera y *-mbell-* de *gambella* han dado lugar a diversas explicaciones. Estudia esta palabra Manuel Agud, *Elementos de cultura material en el País Vasco*, San Sebastián 1980, pp. 166-168. Cuidado con el REW 1543, que contiene error.

(83) En la revista *Hispanorama*, n° 112, mayo de 2006, pp. 63-65, he publicado bajo el título «*Años de hambruna y de estraperlo*», una historia en la que jugó un importante papel la casa o la pared que yo ayudé a levantar. Para *Landázuri* 14-15 he ampliado esa historia que he titulado «*Hambruna y estraperlo*».

8. Adquirí en esa labor de peón de albañil cierta pericia, y hasta le cogí gusto. Sin embargo, donde más disfrutaba era con los camiones, aunque no fuese un trabajo fácil y me tocase madrugar. Acompañaba al tío J. a recoger sal en varias salinas en verano y a llevarla a los pueblos de la montaña para la próxima matanza; o le ayudaba a llenar sábanas de paja o de *malcarra* (84), o a empacarla, y venderla a los lecheros de la zona vasca de Navarra...

¡Qué sabrosas comidas las que solían servirnos acompañadas de apetitosa sidra casera o chacolí, después de meter la mercancía en el pajar o en el *malcartegui*! Sopa de «chungur» (85), bacalao con patatas y pimientos, berza con tocino y «birika», alubias con chorizo y otros tropiezos. En esos viajes asimilé alguna frase en euskera, y el «*camenputa*» que insertaba algún caso-ro cuando hablaba en su lengua familiar.

8.1. Mondando el chungur: *En el Vocabulario navarro de José María Iribarren, encontramos dos acepciones de chungur: 1) «Hueso rancio de cerdo que se mezcla a la berza». 2) «El hueso que queda después de quitado todo el magro al pernil del cerdo». Una variante menos extendida es chongur.*

Dos acepciones muy semejantes que, en algunos o en muchos casos, quedarán reducidas a una. Me atrevería a afirmar que en la mayoría de los casos, o tal vez en todos. Con mi pobre fantasía, y desde el escritorio, tengo problemas para imaginarme que pueda aludirse por ejemplo a los huesos de las costillas. Con éstas suelen prepararse sabrosos guisos, en la cazuela o sobre las brasas, o combinando ambos modos, en una carbonada a la usanza antigua (86). O las chuletas de palo con salsa de alcaparras. Esos huesos, mondos y lirondos, difícilmente se prestarán para dar sabor y sustancia a la berza, ni a los garbanzos, ni a las alubias. Como tampoco se prestarían las exquisitas manitas de cerdo, hervidas y deshuesadas que se cocinan con las orejas, albardadas o rebozadas, con un discreto dulce inconfundible. Y podríamos continuar con otras piezas duras que forman el esqueleto de los por-

(84) Corresponde a «ex leguminibus paleae» de Columella, cf. § 11.2. Azkue reseña *malcarra* como «paja de beza y gerón (*sic*)», es decir de veza y girón o yero, o algarroba. No conozco ninguna propuesta etimológica para *malkarra*. Se me había ocurrido ponerla en relación con *balke* «veza, buena hierba para el ganado», Azkue, *Diccionario vasco*, pero, según leo en Agud / Tovar, *Diccionario etimológico vasco*, s.v., Michelena cree que esa forma es una errata por *zalkke*. Se esfumaría de ser así tal acercamiento. Remitimos con todo a ese *Diccionario etimológico* donde se aducen diversas opiniones sobre el origen de *balke*, que sería una base aceptable fonética y semánticamente para *malkar*, con fluctuación entre *b-* y *m-*, cf. en euskera y sin recurrir a la obra fundamental *FHV* de Michelena, *bendekatu* – *mendekatu*, *balgar* – *malkar* «terreno costanero» *mihimen* < *viminem* «mi(e)mbre», y de Navarra *boñiga* – *muñiga*. Pueden verse ejemplos de *m-* < *b-* en M. Agud, *Elementos*, p. 449.

(85) No he podido conseguir ninguna receta tradicional de esta sopa.

(86) Me refiero a la receta de Rosa Tovar Larrucea, «Costillas de cerdo al estilo de Tejas», en: *Claves de la cocina*, Madrid 2002, p. 538.

cinosa, de vida demasiado corta para volverse rancia. Parece que los huesos del cerdo proclives o más propensos a la rancidez han de ser los de las partes que se comen crudas, saladas o adobadas o ahumadas, especialmente los de las cuatro extremidades, que es lo que llamamos en la Cuenca el chungur (87). Me asalta una duda gramatical, o más bien gastronómico-gramatical: ¿Llamamos, o llamábamos chungur?

Expongo mi duda: ¿Sigue significando chungur lo que significaba antes, el hueso (rancio) del pernil, o se ha enriquecido con otra acepción, al dejar de ser exclusivamente comida de pobres y entrar en el recetario de la «haute cuisine»? Tengo la sospecha de que, a lo que era hueso de jamón despojado de lo magro y de lo graso y de la piel o corteza, se le ha devuelto lo que era suyo, y se le ha quitado la sal, tornándolo al estado virgen en el que se encontraba a la hora de la matanza. A los garbanzos y a las alubias se les solía echar un buen trozo de chungur, para darles gusto y sustancia aprovechando las hebras de magra y los rastros de grasa que solían almacenar la rancidez de varios meses.

Ahora hay recetas hasta en verso para poner el chungur en fritada, en un mejunje de salsa

*Con pimienta, sal y azúcar,
con perejil, ajo y puerro,
con tomates y Jerez,
con zanahorias y berros
y pimientos y cebollas.
Y de potaje, las pochas.*

¿Eso con el chungur tradicional, con el hueso mondo y lirondo del jamón? No hay tal. Ha debido de tener lugar una traslación de significado, aprovechando un término casero, tradicional, para designar un ob-

(87) Tal vez sea demasiado restrictivo en mi juicio, no tomando en consideración e. g. los huesos que han sido despojados de su carne para los embutidos, y que pueden servir para buenos guisos. En Alava hay una palabra para designar los «Huesos de cerdo que se adoban y luego se cuelgan para su sazónamiento y conservación». Son los *choscos* (Gerardo López de Guereño Galarraga, *Voces alavesas*, 2ª edición, ed. Henrike Knörr, Bilbao 1998). También se registra allí mismo como sinónimo *chosne*, que además designa una clase de pan, como en Navarra. Para la acepción «especie de pan» cf. el *Diccionario vasco*, de Azkue, bajo *txozne* «pan francés». En Navarra llamaban además *chosne* o *chozne* «al individuo torpe, de cabeza dura o grande» (Iribarren, *Vocabulario navarro*, bajo *chosne*). Viene a ser pues en parte sinónimo de *tosko* «zoquete, tarugo» que trae Azkue. En vista de estas implicaciones, se me ocurre pensar que *chosco* «hueso» podría estar estrechamente relacionado con ese *tosko*, con inicial *tx-* de origen expresivo (Véase Michelena, *FHV*, pp. 187 ss., *txastatu* < **tastare*, *txanda* < *tanda*, etc.). Para *tosco* «áspero, grosero», etc. se han propuesto diversas etimologías; una de ellas, *thyrsicus*, *thyrsus* «tronco, tallo», cf. García de Diego, *Diccionario etimológico español e hispánico*; otra, *tusculus* «disoluto, vil» (Corominas / Pascual, DCECH, bajo *tosco*). Pero no roamos más.

jeto similar. Es un proceso lingüístico normal, comparable al que observamos en el alemán *Eisbein* (88), –que traducen con «lacón, brazuelo, codillo» (89)– un sabroso plato que, cocido, reclama la mostaza y la berza fermentada o *chucrut*; y asado (suele llamarse *Schweinshaxe*), un puré de patatas; y en ambos casos, una buena jarra de cerveza rubia. Sobre la etimología de *Eisbein* divergen las opiniones. Algunos especialistas parten de una forma anterior *ispein*, que significa «hueso de la cía», perdón, «de la cadera»: *is* < *ischia* «cadera, cía, anca» y *bein* «hueso» (90). Otros etimologistas defienden un origen muy diferente: Los germanos solían hacer, del hueso de la pierna de animales grandes, patines de hueso, que se llamaban, según la lengua, *isläggor*, *islegg*, con el primer elemento equivalente al alemán *Eis* «hielo», y el segundo a «hueso», cf. inglés *leg*. (91), Lo que nos interesa es, sea cual sea la etimología, que se trata en ambos casos de un hueso, bien revestido en el uso culinario de magro, gordo y pellejo, que se condimenta con diversas especias.

Pasando de los porcinos a los vacunos y a otra cocina encontramos un caso parecido, el *Ossobuco*, que va entrando en marcha triunfal en la gastronomía internacional. *Eisbein*, *ossobuco*, dos exquisitos huesos con abundantes calorías: Estamos, desde el punto de vista de la filología, ante la figura que en retórica llaman metonimia, y más exactamente tropo de la sinécdoque, «*cum a parte totum vel a toto pars intelligitur*», que nombra una parte (no comestible), el hueso de la cadera del cerdo, o el de la pierna de la ternera, por uno o dos todos muy nutritivos y apetecibles (92).

Cabe dudar de que *chungur*, *txungur*, voz regional y dialectal, pueda mantenerse frente a *codillo* o a los otros «sinónimos» de la lengua oficial, que tienen a su favor la mayor extensión y que cuentan con el apoyo de numerosas recetas, de reputados Apicios, asequibles a cualquiera en los diversos medios de comunicación.

(88) Tiene varios nombres: *Eisknochen*, *Schweinshaxe*, *Schweinsfüsse*, *Stelze*, *Surhaxe*... Se trata en gran parte de palabras regionales, que a veces conllevan una preparación culinaria diferente. Al italiano, por ejemplo, se traduce *Eisbein* con «*zampetto di maiale lessso*», es decir «hervido, cocido».

(89) En diccionarios modernos de castellano figura bajo *codillo* –que se me antoja que no es una palabra muy antigua con las acepciones culinarias– un significado equivalente a *chungur*, que faltaba antes: «hueso de jamón» (*Nuevo diccionario esencial de la lengua española*, edición Santillana, Barcelona 2000). Nebrija glosa *coyuntura de dedos* con *codillus*, que no conozco en latín, véase Corominas / Pascual, *DCECH*, bajo *junto*. Las entradas *cubitellus* y *cubitus* del *Diccionario etimológico español e hispánico* de García de Diego recogen muchas palabras dialectales, algunas de filiación dudosa.

(90) Renate Wahrig-Burgfeind, *Illustriertes Wörterbuch der deutschen Sprache*, München 2004.

(91) Puede consultarse *Duden*, Tomo 7, *Das Herkunftswörterbuch. Etymologie der deutschen Sprache*, Mannheim/Wien/Zürich 1989.

(92) Véase Heinrich Lausberg, *Handbuch der literarischen Rhetorik*, Munich 1960, § 572.

Para estudiar la palabra chungur, será recomendable de todas maneras tomar como punto de partida la segunda de las acepciones mencionadas al principio de este párrafo 8.1, viendo en la primera un caso particular de ella. La moderna es marginal, y podemos prescindir de ella al hurgar para descubrir el origen de la palabra. En lo que atañe al significado, no veo de entrada obstáculo alguno para ponerla en relación con el vasco txunku «juntura, articulación», pues a poco más que a eso queda reducido el pernil si se le resta el jamón. Para la terminación -ur podría pensarse en urde «cerdo», con su rica familia léxica, aunque se esperaría en la composición más bien el orden inverso; también se ofrece, sin ese obstáculo gramatical, ezur «hueso», que entra en composición e. g. en las voces navarras bizcarrezur, «(hueso) del espinazo (de las cabalgaduras)», de la que serán variantes bizcarrezu y bizcarechu. Este acercamiento sería digno de consideración si no viniese como anillo al dedo la acepción de «jugo de las carnes» que registra Azkue, Vocabulario vasco, bajo ur. Estaríamos ante un txunku-ur que expresaría la parte jugosa de esa articulación. Para la alternancia -nk- -ng- podemos pensar en casos como gonka – gonga, gongari «medida de granos», del latín concha, o en Góngora, relacionable con concha, Cuenca (93); o en mainku – maingu, maingi «cojo, de mancus; o en mahanka frente a “manga”, de manica; o en zanko – zango, zanko-makur – zango-makhur, etc.» En pocas palabras, tendríamos txunku-ur o txungu-ur, a un breve y sencillo paso de txungur. Tanto desde el punto de vista fonético como semántico sería una explicación plenamente aceptable.

Y sin embargo, pecaría por falta de sinceridad si silenciase otra duda que me acucia, porque llama a mi puerta filológica una explicación algo diferente, que invita a reconsiderar la etimología. Y es que el navarro chungur me evoca irremediablemente una palabra latina, de idéntico significado, que también fonéticamente suministra una base aprovechable.

Esa duda conlleva una pregunta que nos aconseja remontar hacia atrás: ¿De dónde viene el vasco txunku? Azkue reseña varias palabras compuestas con este elemento: Aztal-txunku, zango-txunku «tobillo, juntura del pie», besagain-txunku «juntura del hombro», besa-txunku «codo», etc.

Y luego trae Azkue una acepción completamente diferente, que no tiene nada que ver en su origen ni en su significado con la palabra que nos ocupa, y que al máximo habrá influido indirectamente en su configuración: txunku 2º «junco, jonc.» Siguen en Azkue dos interrogantes. La etimología de este txunku, de cuya existencia no cabe dudar, y de

(93) Cf. Luis Michelena, *Apellidos vascos*, San Sebastián 1973, núm. 286b y 138.

otras muchas palabras románicas (navarro chungo, pirenaico chungo, aragonés chongo, etc.) es evidentemente el latín juncus «junco» (94).

Pero volvamos a chungur, y a txunku «juntura, articulación», aunque inculcando antes la importancia que tienen los derivados de juncus, con su inicial chicheante ch-, tx-, que documenta perfectamente la verosimilitud de la consonante inicial en la relación etimológica que queremos establecer. Para quien no cierre los ojos filológicos, la primera asociación será el latín junctura, que significa lo mismo, «articulación, coyuntura», y que se conserva en italiano giuntura, francés jointure, provenzal jontura, catalán juntura, (como en Berceo) etc. (REW 4617). En latín es una palabra con varios significados, en el sentido concreto, referido al cuerpo, que pertenece hoy en día al léxico técnico cotidiano de la medicina (95); y con varios sentidos figurados, en el campo del deporte hípico, de la retórica y de la gramática (96). Ovidio, en las Metamorfosis nos documenta el uso que nos interesa ahora: genuum iunctura riget (97), «la juntura de las rodillas –belain-txunku de Azkue, belain-txunku de Múgica– se entumece, se entorpece».

La relación iunctura > chungur encierra o presenta dos problemas. Pero primero mencionemos los innegables argumentos en favor de esa etimología: la coincidencia semántica, y la correspondencia formal perfecta en la primera sílaba, y parcial en la segunda. El problema es la consonante intermedia, el nexa -ct- > un sonido gutural, desarrollo para el que no dispongo de casos análogos claros y decisivos, ni de sazón para buscarlos detenidamente en la compleja y abigarrada evolución de ese nexa latino. Para ser más precisos: deberíamos tomar en consideración, no tanto el nexa -ct-, cuanto el más complejo -nct-, y su evolución en la Romania Occidental.

Si nos orientamos por los ejemplos conocidos de la lenguas románicas occidentales más extendidas, no adelantaremos mucho: De sanctu

(94) Véase REW 4619, García de Diego, *Diccionario etimológico* bajo *juncus*. Hace años expliqué el nombre de un término de Beriáin, *Cunchucos*, donde efectivamente había un juncal, por medio de una metátesis de *txunku-ko*, «Toponimia menor de la Cuenca», *FLV*, 1971, 311-323, p. 321. Huelga recordar que la palabra más corriente para *junco* es en euskera *i*, o *ih*, que figura en varios apellidos y nombres de lugar (cf. Luis Michelena, *Apellidos vascos*, 301 y 314). Sobre *tx-* de origen expresivo, que «No sólo podía sustituir a cualquier otra consonante, sino que podía prefijarse a una inicial vocálica», véase Michelena, *FHV*, p. 187-189.

(95) Cf. *Juntura ossea, cartilaginea, fibrosa, synovialis*, etc., a veces en concurrencia con *articulatio*.

(96) Véase Lewis and Short, *A Latin Dictionary*.

(97) Metamorfosis, 2, 824, en este contexto: *Illa quidem pugnat recto se attollere trunco, / sed genuum iunctura riget, frigusque per inguen / labitur, et callent amisso sanguine venae*. Un ejemplo de la Vulgata: *Humerus meus a iunctura sua cadat, Et brachium meum cum suis ossibus confrigatur*, Job, 31, 22, que en la *Sagrada Biblia* de Jover / Cantera, en versión hecha sobre los textos hebreo y griego, suena: «¡Mi espalda de su nuca se desprenda y mi brazo de su húmero se desgaje!».

tenemos el francés *saint*, el catalán *sant*, el castellano y portugués *santo*; y en vasco mismo *saindu*, (y *seinda*, *seindu*, con interrogantes en el Diccionario vasco de Azkue). Se observa a grandes rasgos una evolución con pérdida de la palatalización que viene a coincidir con la evolución de *-nt-* (98). Estos descendientes de *sanctu* nos dicen poco, o no nos dicen nada, sobre fases anteriores a los primeros ejemplos documentados, sobre los diversos pasos que supone –de acuerdo con *Natura non facit saltus de Lineo*– un cambio de ese tipo. Tenemos que recurrir a los especialistas. Lausberg (99) indica para la *Romania Occidental* una evolución en dos direcciones: *[-nçt-] > *[-nc-] y > *[-n't-], que, como indica el asterisco, no están documentadas, pero que hay que admitir para la posterior evolución. Y continúa Lausberg: «*Die Lautung [-n'ç-] (100) ist in rätorom. Mundarten erhalten. Sie wird in nordit. und pr. Mundarten zu [-nç-] vergrößert: sanctu pr. sanch*» (101). Los dialectos o lenguas menores, sí que nos ayudan. En la Gramática occitana según los parlars lengadocians (102) se nos precisa la zona de extensión de esta evolución, sin hacer distinción de la de *-ct-*: «*En principi, los parlars occidentals, orientals e septentrionals canvian lo grop ct latin en ch: FACTUM, fach; TRUCTAM, trocha; JUNCTAM, joncha*». De *pictura*, **pinctura* con *-n-* de *pingere*, variante muy difundida según el testimonio románico, frente al francés *peinture*, castellano, catalán, portugués *pintura*, tenemos el provenzal *penchura*; de *punctum*, *punctura* derivan *point*, *punto*, *punta*, *puntura*, etc, pero *ponch*, *poncha*, *ponchura* en provenzal (103). Pero ya bastan ejemplos.

**Txunkur*, luego sonorizado en *txungur*, podría pertenecer a la fase con *[-nc-], presupuesta por Lausberg, anterior a *-nch-* del provenzal (104). Esa explicación parece menos improbable e hipotética que pos-

(98) Para el euskera nos basta aducir *adventu* > *abendu* «diciembre», *parentalia* > *bandalla*, «febrero».

(99) *Romanische Sprachwissenschaft. II Konsonantismus*, (*Historische romanische Lautlehre*), Berlín 1967, § 438.

(100) El ' debe de ir sobre la *ç*.

(101) Parece que *sanctus* (REW 7569; Lausberg, *Romanische Sprachwissenschaft*, § 437-438) es la palabra más idónea para estudiar la historia de *-nct-* en la *Romania*. En REW 6579 encontramos algunos vástagos de *planctus*, irrelevantes para nuestra cuestión. Claro que no hay que confundir *-nct-* con el grupo *-nct+i-*.

(102) De Lois Alibert, Tolosa 1935, p. 25.

(103) Véase REW, 6482, *pictura*; 6847, *punctum*; 6848, *punctura*. En la obra clásica de O. Schultz-Gora, *Altprovenzalisches Elementarbuch*, Heidelberg 1936, p. 53, encontramos *sanctum* > *sanch*, *saint*, *sanh*; *planctum* > *planch*, *plaint*, *planh*. Un resumen del desarrollo de *-kt-* en la *Romania Oriental* y *Occidental*; y especialmente en provenzal, con los resultados /it/ y /ç/, nos da José Ramón Fernández González, *Gramática histórica provenzal*, Oviedo 1985, pp. 211-213, que alude a la dificultad de marcar límites geográficos claros entre esos resultados.

(104) Para el castellano *tronco* y *troncho*, que podrían mencionarse aquí, los etimologistas proponen partir de dos bases diferentes, *truncus* y *trunculus*.

*tular una fase intermedia *txuntxur, que por disimilación habría pasado a la forma actual.*

De suponer y admitir, como parece ineludible, para txunku la misma etimología, nos veríamos en la necesidad de explicar por qué razón se ha apocopado la voz vasca frente al étimo latino y a los descendientes románicos, e incluso frente a la forma navarra, suprimiendo la terminación. En teoría, podríamos suponer como base el sustantivo junctū, «joining» (Lewis-Short); pero con junctū > txunku estaríamos ante un descendiente solitario, perdido, o ante un padre con un solo vástago frente a la familia numerosa de junctura.

Aunque algún detalle no satisfaga, mientras no se baraje una solución más convincente, no parece demasiado aventurado mantener la relación etimológica entre txunku, chungur y junctū(ra). El homónimo txunku «junco» es el mejor ejemplo que puede haber para explicar el paso j > tx, pero semánticamente está demasiado lejos como para que caigamos en la tentación de hacer entrar en juego su influencia en otros aspectos (105).

8.2. De tanto andar con autobuses y camiones aprendí a cambiar las ruedas y a limpiar las bujías, a ajustar las zapatas, a tensar los frenos, a arreglar pinchazos, a preparar el gasógeno, a transvasar con un tubo de goma la gasolina, a echar petachos a las cubiertas desgastadas o reventadas. Esta última labor requería gran esmero, y no siempre daba el resultado deseado, debido a la deficiencia de las herramientas y material de que disponíamos: un trozo de cubierta de rueda, cortado a medida, que serviría de parche; un punzón o hierro de cocina, que candente nos servía para perforar convenientemente las cubiertas; varios tornillos para sujetar el parche a la cubierta; una llave inglesa para apretar las tuercas; un cuchillo de buen corte para disminuir el desnivel del parche. No recuerdo cuántos kilómetros aguantaba una cubierta «recauchutada» de este modo. Lo que sí recuerdo es que para poder pagar una cu-

(105) Recuerdo que, en el colegio de Estella, a uno de mis compañeros de Arróniz, P. E., le tocó declinar en latín los casos de *tres*, y no llegó más que hasta el dativo, pues todos rompimos en una carcajada ante su pronunciación chicheante: *ches, ches, chia, chiun, chiun, chiun, chibus, chibus, chibus*. Como es sabido, esa pronunciación de *tr-* casi como *ê*, es corriente en amplias zonas de Álava, la Rioja y Navarra (véase Lapesa, *Historia de la lengua española*, § 118, 4) y ha pasado a diversas zonas americanas, tal vez por influencia de los colonizadores con dialectos peninsulares norteños (*ibidem*, § 131). Michelena *FHV* señala más de una vez que en fases más antiguas del vasco faltaban grupos consonánticos corrientes en latín, como *pr-*, *kr-*, *tr-*, y recuerda cómo se solían evitar en los préstamos: frecuentemente intercalando una vocal anapfética, e. g. *gurutze < cruce, apiriku < apricu*; o suprimiendo la consonante inicial, e. g. *laket < placet, lore < flore* (p. 158 y 343 ss.). Basta consultar e. g. Azkue, *Diccionario vasco*, bajo *kr-*, *pl-*, *pr-*, *tr-*, para formarse una idea de la lengua actual, con abundantes ejemplos con esos grupos. Se me ocurre intercalar ahora *Trukut(z)*, y *truntxu* «rastrajo, troncho (de berza, maíz)», de *troncho*, cf. Michelena, *FHV*, p. 68. De *txunku* no conozco ninguna acepción *«tronco, troncho, trozo» o algo semejante, que podría ayudarnos, al menos indirectamente, para explicar detalles de *txunku* y *chungur*.

bierta nueva, si es que se encontraban en el mercado legal o en el negro, había que trabajar varios días o hasta semanas con el camión. La marca que se me grabó en la memoria por su calidad es la *Good year*. Nunca se nos reventó, aunque el caucho se hubiese desgastado hasta dejar el armazón a la vista. Eso de «dibujo» o «perfil», tan importantes en el tráfico moderno, eran conceptos desconocidos, irrelevantes para nosotros.

8.3. La cubierta robada: *Una mañana apareció la pareja de la Guardia Civil con refuerzo en el pueblo, doblada. Habían dado parte porque había desaparecido del garaje donde yo ayudaba una cubierta de rueda de camión. Una cubierta nueva, que costaba medio ojo de la cara. No era necesario ser un experto detective para descubrir la pista y encontrar el corpus delicti. Algún caco ingenuo había entrado forzando la puerta trasera del garaje que daba al campo, y había desaparecido con el robo, dejando claramente marcadas las huellas de su fuga en un trigal contiguo. La cubierta apareció a menos de un kilómetro del pueblo, junto a la carretera general, en una acequia, junto al viejo molino. Por allí estaba acampado un carro de gitanos, sobre los que recayó la sospecha y la acusación de la policía. Pocas horas después, en la entrada de una casa de labradores de la calle principal del barrio de abajo, colgaban de las vigas del techo dos sogas. Y de ellas, dos gitanas pidiendo misericordia, sujetadas por los sobacos. Aterrados escuchábamos los niños desde la calle los chasquidos de los ramales convertidos en látigos y los alaridos de las azotadas.*

Cada vez que tengo entre manos el *Cancionero gitano* de García Lorca, o paso delante de esa casa, me viene a la mente ese episodio.

9. Me crié en un pueblecito de labradores, rodeado de animales de casa, en un ambiente completamente natural, en el que veía engendrar, dar a luz, vivir y morir a los animales. O sacrificarlos, con toda una gama de métodos o rituales diferentes: no era lo mismo matar un pollo que un pato, o un pichón, o una codorniz, o un aguilucho (106), o un cordero, o un conejo, o un cerdo; o a otro nivel, acabar con la vida de los cachorros o de las crías de gato superfluas, o de los animales que ya no podían garrar. La asociación

(106) Algunos los llamaban *aguilachos*, y también *aligachos*, con metátesis. Pero el nombre popular más extendido era *chapelach*, relacionado con *zapalatz*, *zapelaitz*, *zapelatz* «ave de rapiña» que reseña Azkue. Las dos últimas sílabas deben de ser *belatz*, *belatz*, *pelatz* «gavilán, corneja», cuya identificación con aquit. *Belex*, es razonablemente segura. Es natural suponer que *belatz* procede de un **beletz* anterior» (Michelena, véase Arbeláiz, *Etimologías vascas*). *Za-* podría ponerse en relación con *zapo* «sapo, escuerzo», que en Navarra también se llama *arrapo*, *zapo*, *zarrapo*, siempre y cuando se alimenten de ese batracio. Constató que ya Michelena relaciona *sapela(i)tz* con *zapo* «sapo» (Arbeláiz, *Etimologías vascas*). Uno de los numerosos nombres para «murciélago» es, aludiendo a la apariencia, *zapokinuri*, cuyo segundo componente es *kiñuri* «golondrina» (ver Azkue, *Diccionario vasco*). Michelena, *FHV*, p. 534, duda de la existencia de *kiñuri*.

protectora de animales daría a pocos de estos métodos su plácet, o tal vez a ninguno.

También yo tendría que golpearme el pecho confesando el *mea culpa*, por un perro que comía las *chitas* o polluelos, que maté a petición de su dueña, haciéndole sufrir lo menos posible, con un azadazo bien asentado en la nuca: Le eché un buen trozo de pan untado en salsa, y ni se enteró de que era el último (107). Aún recuerdo dónde lo enterré.

Se guarda en mi casa paterna toda una serie de cuchillos que empleaba mi padre (y más tarde mi hermano Manolo) en la faena de matarife, a la que yo le solía acompañar, aunque no fuese más que para sujetar del rabo a la víctima o para que me invitasen a almorzar las «chalchitas», no en la acepción de «torta de chanchigorri» sino de «parte magra del cerdo situada entre el tocino y la tela» que se comía guisada, enseguida después de matarlo, aunque todavía no constase por el análisis del veterinario que era carne libre de triquina.

9.1. La labor de castrador o «capador» tampoco me era desconocida, en su manera más humana, con una navaja de buen corte y unas pinzas. Otros usaban un método mucho más lento, pero mucho menos doloroso: un cordón que, aplicado a los testículos, se iba tensando paulatinamente hasta que se atrofiaban por falta de irrigación. Esto me recuerda un texto de la antigüedad en el que al cordón atado a los testículos se le atribuía una fuerza casi mágica, pues servía, según se atara el derecho o el izquierdo durante la monta, para determinar si nacería un macho o una hembra (108). Quien se interese por detalles de tiempos

Un otoño, en una tarde tormentosa, llegó a la torre de la iglesia de Beriáin una banda de cientos de *chapelaches* completamente desorientados, atolondrados. Algunos cazadores del pueblo anduvieron a tiro limpio con ellos, y no reaccionaban. El alcalde insistió en la prohibición del uso de armas de fuego en el pueblo, y entonces los cazaban con tenazas, subiéndose al campanario o incluso a la glorieta de la torre. Los degollaban o asfixiaban malamente con una tenaza, les cortaban las patas, y las llevaban a Pamplona para cobrar la prima prevista en las ordenanzas como recompensa por la matanza de aves dañinas. *O tempora, o mores!*

(107) No me llamaron mataperros, pues nadie se enteró de esa muerte. Ese era el método menos doloroso de los que estaban a mi alcance. Los mayores se deshacían de otra manera de los perros: Abandonándolos en el campo, a muchos kms. del pueblo para que no volviesen, y a veces sin suceso; dándoles bola, es decir morcilla con estricnina u otro veneno (Iribarren, *Vocabulario navarro*, bajo *bola*); o pegándoles un tiro. De otros dos métodos me callo.

(108) Columella, *De re rustica*, Lib. VII, III, 12. Para determinar el sexo Aristóteles recomendaba realizar el acoplamiento observando ciertas reglas relacionadas con la humedad y la dirección del aire, cf. Columella, *ibidem*, y Palladio, VIII, IV, 4. Según Varrón, si el toro se baja después de la monta por la izquierda, resultará hembra; si lo hace por la derecha, saldrá macho (Libro II, 5, 13). No dice el autor si esa regla era válida para las personas. En Azkue, *Euskal-erriaren yakintza*, II, pp. 97-98, se registran algunos consejos para determinar el sexo de las *chitas* que saldrán de los huevos incubados. En este contexto se recomienda la deliciosa lectura de los primeros capítulos del libro octavo de Columella, *De re rustica*, dedicados a las gallinas. Una muestra: «Cum deinde quis volet quam plurimos mares excludi, longissima quaeque & acutissima ova subjiciet: & rursus cum foeminas, quam rotundissima» (VIII, 5, 11).

pasados sobre la castración y su pervivencia en medios rurales, podrá consultar con provecho lo que nos enseña Varrón, *Res rusticae* (109), e. g. a propósito de la edad más apta y los meses más convenientes para castrar corderos, o para capar cerdos (Lib. II, 4, 21). O Columella, *De re rustica* (110). Los corderos no deberían castrarse si tenían menos de cinco meses, para los gorrines la mejor edad es un año, o por lo menos seis meses, si bien algunos autores, como Aristóteles, no ponen límite hacia arriba. El *Larousse agricole* pone como límite bajo tres semanas (111). En los países calurosos recomiendan los autores latinos efectuarla del 13 de febrero al 13 de abril; en los fríos, del 15 de marzo al 15 de mayo (112). Tratándose de castración de verracos que han ejercido, está claro que ese límite de edad no es válido. Se recomendaba castrarlos a éstos a los tres o cuatro años, para que engordasen, «ut possint pinguescere» (Columella, VII, IX, 4). Describe este autor, en uno de los pasajes dedicados a ese tema, (VII, XI, 1) dos métodos de castración de cerdos: uno el más corriente y sencillo, de dos tallos, y otro más elegante, más estético aunque más complicado, con una castración «*speciosior, sed magis periculosa*», con una cicatriz para ambos testículos. A nuestro capador oficial, al señor R., más que la estética le interesaba que saliese bien la intervención, sin bajas, y las cuatro pesetas que recibiría por su trabajo, además de las criadillas, con las que su mujer, la señora I., le prepararía un sabroso guiso (113).

Respecto a la castración de bovinos, Palladio expone ampliamente su opinión (114). Se encuentra en su libro información detallada, y algún pasaje con instrucciones sobre una especie de «semi-castración», que dejaba al macho la energía suficiente para que no resultase afeminado. De los varios métodos de castrar, prefiere uno, con un hierro candente, parecido a una espada, construido a propósito, con el cual de un solo golpe se talla y se cauteriza, reduciendo el dolor (115).

(109) Lib. II, 2, 18.

(110) E. g. en el libro VII, cap. XI, «De castratione suum».

(111) Consúltese el *Commentaire* de Ch. Guiraud a Varrón, II, 4, p. 128.

(112) Me viene a la memoria el proverbio *Arien grisolak Mayatzean dira onak*, «Las turmas del carnero en mayo son buenas», de *Los refranes y sentencias de 1596*, 115. En ese importantísimo refranero se incluye además *Txitak, grisolak ta urdaia, Maiatzeko maira*, «Pollitos, turmas y tocino, para la mesa de mayo», texto en el que Azkue, *Vocabulario vasco*, glosa *grisolak* sorprendentemente con el francés «truffles», lo que correspondería a «turmas de tierra o trufas». Convendría traer documentación más convincente para esa acepción de *grisola*. Cf. la edición del *Refranero vasco. Los refranes y sentencias de 1596*, de Julio de Urquijo e Ibarra, Zarauz 1964.

(113) En Dortmund estuve viviendo en casa de un labrador, K. O. F., que castraba los gorrines de manera parecida (con un instrumento bifuncional, mezcla de tijera y de alicata); sólo que los testículos eran para el perro y los gatos, y no para el capador. En un arrebato de naturismo, les puso a sus vacas, para tenerlas felices, un semental a disposición durante todo el año, de modo que ya no se veían en sus campos los guantes higiénicos azules usados por el veterinario para la inseminación artificial.

(114) *De re rustica*, e. g. en el libro VI, cap. VII, «De armentis: in eo de castrandis bubus».

(115) Palladio, Lib. VI, VII, 4. No recuerdo qué forma tiene la *capadera*, «instrumento cortante para capar», Iribarren, *Vocabulario navarro*.

Varrón hace referencia a un «*admirandum scriptum*» en el que se afirma, sin comentario, que las vacas pueden resultar preñadas si las monta un toro recién castrado (Libro II, V, 14). Palladio nos encarece sobre este particular un consejo que algunos castradores no observaban, pagando su negligencia con la vida del animal castrado: «No hay que permitir lo que muchos hacen, obligar a los recién castrados al coito, pues si bien es cierto que pueden engendrar, mueren porque se desangran». Cito esa amonestación con el texto original, para los incrédulos: «*Nec admittendum est, quod plerique faciunt, ut statim castratos coire compellant: nam certum est ab eis generari, sed ipsos fluxu sanguinis interire*» (Libro VI, cap. VII, 2).

9.1.1. El potro llorado. *No he visto morir a ningún novillo por culpa de la castración, ni tengo noticia de que entre los labradores de mi pueblo haya habido que lamentar esa desgracia. Pero he oído contar la triste y emocionante historia de un potro que perdió la vida con los testículos. Nuestros vecinos de la casa de A., compraron un potro alazán entero, que por su porte y por su comportamiento se conquistó las simpatías de todos los que tenían trato con él. Una estrella blanca en medio de la frente lo hizo merecedor del nombre de Lucero. Mi hermano Manolo lo describía como un animal dócil, obediente, listo, cariñoso. Tenía Lucero más inteligencia que la de un niño de cinco o seis años que algunos autores modernos atribuyen a los equinos bien adiestrados. Hubiera podido servir de modelo para las alabanzas de los caballos que leemos en los escritores latinos (116) y más tarde en los árabes. Pero cambió radicalmente cuando se le despertó o lo dominó la pujanza sexual incontrolable, el instinto reproductor. De nada servía entonces el cabeestro, ni las riendas, ni las órdenes. Si barruntaba una yegua en celo, se precipitaba desbocado hacia ella y sobre ella sin hacer caso del jinete ni del freno. Para evitar posibles daños mayores claramente previsibles (117), como no estaba destinado a padrear –pues la parada de No-án tenía el monopolio en este campo– el dueño decidió castrarlo, por recomendación del veterinario, que se encargó de realizar con un colega la operación con todas las de la ley (118), «a retorcijón», según me ha informado un testigo. A los pocos días se encargaban los buitres de eliminar los restos mortales, el carnuz de ese llorado potro, en el térmi-*

(116) Por ejemplo en Palladio, Lib. IV, XIII, donde reúne las cualidades del semental según «forma, color, meritum, pulchritudo», o en Vegecio, *Mulomedicina*, Lib. IV, VI. Puede verse también Varrón, Lib. II, 7, 5.

(117) Alejandro L. me ha contado las peripecias de la última aventura amorosa de Lucero, cuando se abalanzó sobre una yegua en celo que pacía a orillas del Sadar, junto a la Universidad, y el dueño intentó impedir el enlace: Comenzó a pegar mordiscos y a tirar coces contra todo ser viviente y moviente. Un chopo de la orilla del río llevó mucho tiempo estampada su herradura.

(118) Según Palladio la castración hay que realizarla en marzo: «*Hoc mense omnia quadrupedia, maxime equos, castrare debemus*» (Lib. IV, XIII, bajo *Martius*).

no Atabuches (119). Lo que no sé es si murió a causa de alguna septicemia o gangrena, o porque quisieron complacerle dejándole una vez más divertirse y satisfacer y fecundar a una yegua, despreciando el aviso de Palladio y sufriendo las consecuencias de ese desprecio.

9.2. Si bien ver el apareamiento era normal, no quiere decir que no sintiéramos los niños cierta curiosidad ante el acto de fecundación de animales para los que no teníamos macho en casa.

Los pequeños mirones: Había en Beriáin una casa, que aún existe, muy bien remozada, donde tenían verraco. A ella llevaban a las cerdas verriondas del pueblo y de los pueblos de los alrededores. Cuando eso acontecía, se corría rápidamente la voz entre los niños, que nos reuníamos junto a la «casa el masto», que era la casa del sacristán. En la entrada, con la puerta cerrada, dejaban retozar a la pareja a sus anchas. A través de un disimulado orificio podíamos observar los pequeños mirones el desarrollo de la actuación. Pero por turno, y pagando una cuatrena al mayordomo del grupo, P. M., que se atribuía la confección del bien camuflado mirador. El número de gorrines lo calculábamos a raíz del número de parpadeos del masto durante la monta. Solíamos montar guardia para que el cura no nos sorprendiese. Parece que ese oficio no era rentable para el sacristán, y cuando el verraco envejeció, nos quedamos sin función.

10. Realicé ocasionalmente quehaceres que, –narrare erubescor– desde el punto de vista de la psicología actual, tal vez no fueran los más idóneos para un niño, como llevar las cerdas al verraco o las vacas al toro.

Verrionda, y sin ganas: Cuando se jubiló el cerdo padre de Beriáin, se llevaba a las cerdas en celo a Monreal. No sé cuántas veces me tocó a mí esa tarea. Sólo recuerdo un viaje que hice acompañando a un joven que tenía cinco años más que yo, y cuyo nombre tengo muy presente. Era una mañana lluviosa. Transportábamos a la cerda en un carro cubierto con un toldo, y tirado por un burro. El joven propuso que, para no mojarnos los dos, nos alternásemos: uno iría sentado a la intemperie, dándole órdenes al burro, el otro se protegería de la lluvia debajo del toldo. Y así lo hicimos, turnándonos. Al llegar al destino, la cerda se mostró desganada y arisca con el masto. Y a las tres semanas estaba de nuevo alta. Era una cosa extraña. Hasta hace unos años me ha acompañado un sentimiento de incertidumbre y de sospecha del que me ha liberado el entonces joven y ahora respetable y lozano anciano. Comentamos aquel viaje, recordando alegremente tiempos lejanos. Y me sacó de dudas. Honni soit qui mal y pense!

(119) En el siglo XVII figura en una escritura *Atabuçu*. Es uno de los parajes a donde se arrojaban los animales muertos en Beriáin. Para el mismo fin servía un margal al norte de la Morea, cerca de la Venta.

11. Una extraña asociación me trae a la memoria un pasaje muy conocido y comentado de la ya mencionada *Guía del peregrino* de Aymeric Picaud. Un pasaje que a punto estuvo de ser causa de la desaparición del libro: «Quien quiera que fue el Autor, puso allí cosas tan deshonestas y feas, que valiera har-to más no haberlo escrito. Yo le dije allí al Arzobispo Valtodano, que haya gloria, y a los Canonigos, para que no tuviesen allí aquello...», escribe el Cronista de Felipe II, Ambrosio de Morales, en la *Relación del viage de 1572* (120). Si llegan a hacerle caso, es fácil que nos hubiéramos quedado sin *Guía*.

11.1. Afirma Aymeric que «*Navarri etiam utuntur fornicatione incesta cum pecudibus: seram enim Navarrus ad mule sue et eque posteriora suspendere dicitur, ne alius accedat sed ipse*» (121).

En manuales para confesores –en gran parte inspirados en el Doctor Navarro Martín de Azpilicueta– o en tratados de derecho eclesiástico como el «*De synodalibus causis*» de Regino von Prüm, solía discutirse ese *peccatum contra naturam*, de la fornicación con animales, de la que se ocuparon también teólogos medievales, que no es ninguna prerrogativa de los *navarri*. Ese desvarío se remonta muchos siglos hacia atrás. Nada menos que Yahveh le enseña a Moisés con insistencia: «*Qui cum iumento et pecore coerit, morte moriatur: pecus quoque occidite*» (122). Dios no hace distinción de sexos. El mandamiento o la pena mortal vale igualmente para la mujer que se allegare a un animal para ayuntarse con él: *Interficietur cum eo* (123). Y Moisés insiste: «Maldito quien se ayunte con cualquier bestia. Y todo el pueblo dirá: Amén» (124). Miles de años más tarde, el protagonista de «La sonrisa etrusca», de José Luis Sampedro, el simpático abuelo, cuenta a los incrédulos estudiantes de etnología sus experiencias de muy joven en este campo, afirmando además que, en Calabria, «los zagales, más o menos, lo hacen todos», para ir entrenándose. Su campo de entrenamiento fue la cabra.

El buen monje Aymeric oyó campanas, pero no sabía dónde, y lanzó a vuelo su imaginación. El no vio la «sera», «le cadenas», el «Schloß», el candado, pero oyó algo que otros le dijeron que habían visto –*relata refero*– interpretando lo oído a su gusto y talante.

11.2. Es un hecho bien conocido que, en algunos meses del año, se les coloca a los animales en algunas regiones una «protección», una especie de «mandarra» (125) o «delantal», como se llama jocosamente. Es un preserva-

(120) Cf. Millán Bravo Lozano, *Guía del Peregrino medieval*, Sahagún 1991, p. 9.

(121) Lib. V, cap. 7, 167v.

(122) *Levítico*, 20, 15

(123) *Ibidem*.

(124) *Deuteronomio*, 27, 21.

(125) En la Cuenca, *mandarra* es la palabra corriente para «delantal». Ha sido puesta en relación con varias palabras vascas emparentadas, *mandar*, *mantal*, *mantarra* y con *mandil*, *mantel* (cf. Corominas / Pascual, *DCECH*, bajo *mantel*). En cuanto al «*preservativo*», la señora

tivo, un control, para que las crías no nazcan en los meses de invierno, cuando habría que alimentarlas, lo mismo que a sus madres, sólo en casa, a pienso, sino en los meses en los que fuera abunda el pasto. Columella VII, 3, 21 menciona varios alimentos con los que en los pesebres interiores se podía superar la «penuria hiemis»: ramas almacenadas de olmo o de fresno, o heno autumnal, o codeso o veza. Y cuando mermaba este pienso, había que recurrir a la paja de legumbres, o sea a la malcarra, o a otros alimentos que podían resultar caros, como las habas molidas con sus vainas, y otras legumbres de la familia de los *cicera* o garbanzos. Palladio, entre otros, recomienda realizar el ayuntamiento de modo que la gestación termine en primavera, «maturro vere» (*Op. cit.*, libro, VIII, cap. IV) o que las crías lleguen con fuerza al invierno, «nati ante hiemem convalescant» (*ib.*).

11.3. Se recomendaban varios métodos para evitar partos en tiempo inoportuno. El más seguro era naturalmente permitir el acceso de los machos reproductores a las hembras sólo en épocas determinadas, calculando el tiempo de gestación. Las ovejas, p. e., gestan durante cinco meses (126). Una estación muy apropiada para los corderos recién nacidos era el otoño tardío, cuando comienza a germinar la hierba tierna con las primeras lluvias. De ahí se deduce que la época mejor para la monta es «ab Arcturi occasu ad Aquilae occasum», es decir del 13 de mayo al 23 de julio (127). Los engendrados en julio sólo llegarían al pasto invernal. Aunque haya alguna ligera diferencia entre los ecónomos rurales antiguos, los plazos indicados en varios autores giran en torno a esas fechas. Algunos ganaderos se atenían a estas recomendaciones; otros, más sibaritas y con menos consideraciones económicas, permitían el acoplamiento durante todo el año, para que nunca les faltasen las crías: «Quidam coire sine discretione permittunt, ut hoc eis genere per annum totum foetura nos desit» (128). Los gustos y paladares eran diferentes, y unos preferían el cordero de invierno, otros el de primavera, otros el de otoño. De la preferencia del estivo no recuerdo ningún pasaje. Cuando todas las hembras en edad paridera estaban preñadas, se sacaban del redil los machos, según leemos en Varrón, Lib. II, 2 14, para que no las molestasen, o para que no se metiesen con las corderas demasiado jóvenes de las que sólo se podían esperar corderos no idóneos.

11.3.1. Nos indica ese autor otra solución, que nos acerca al texto de Aymeric: recurrir a una especie de «preservativo» aplicando a las partes sexua-

Isabel, natural de Errea (Esteribar), me ha dicho que ella lo conoce con el nombre de *pereka* o *bereka*. Junto a *mandarra*, un informante ha empleado la palabra *babero*, que también tiene su lógica. Gracias a la solicitud de Henrike Knörr, conozco otras tres palabras, que ha recogido Joxemari Iturralde: *mantala* (*aurreko mantala*), *zakua* (*zakua jarri*) y *pelaka*. Se ofrece con ello un amplio y fecundo campo etimológico que pienso arar en otra ocasión.

(126) Varrón, *II*, 2, 14: *Ovis praegnans est diebus CL*.

(127) Varrón, *II*, 2, 13.

(128) Palladio *De re rustica*, Lib. VIII, 4.

les unas pequeñas cestas de junco o de otra materia: «Deterrent ab saliendo et fiscellas e iunco aliaue qua re quod alligant ad naturam» (129). Y concluye que la mejor protección es hacerles pastear aparte (130).

11.3.2. Los exégetas no están de acuerdo sobre el alcance de este texto, probablemente algo adulterado, de Varrón, que no deja claro si ha de ser el macho o la hembra quien ha de llevar ese dispositivo, esa *fiscella*. El editor de *Res rusticae* o *Economía rural* de Varrón que tengo a mano, Charles Guiraud, opina que «dans la mesure où elle est conservée, cette pratique concerne les femelles» (p. 107). Sus fuentes tendrá ese comentarista, y tal vez ande en lo justo en lo que concierne al ganado mayor, pero con el ganado menor sería mucho más económico acoplar el delantal al mardano o morueco, o al choto o macho cabrío, o al verraco o masto, que tendrían que contentarse con el magreo o *petting*, que a las hembras, mucho más numerosas. Esa es la práctica que conozco de los rebaños de ovejas de la Cuenca de Pamplona. De acuerdo con la información que me da un ex pastor de esa zona, Martín Aizcorbe, se hacía uso de la *mandarra* entre agosto y octubre-noviembre. Cuando comenzaban a pasar las grullas, se levantaba la veda (131).

(129) Ausonius Popma (1572-1630?) cita, en *De instrumento fundi*, XIII, *fiscella* entre los recipientes de mimbre o de junco «in quae lac coagulatum transfertur, ut serum percoletur, & caseus formetur» (cito de la edición Vegetius Renatus, *Artis veterinariae sive Mulomedicinae libri quatuor*, Venecia 1734, pp. 325-383). Columella usa varias veces *fiscella* en relación con *Casei faciendi ratio* (*De re rustica*, VII, 8). También emplea como sinónimo *forma*, que encontramos en *formaggio*, *fromage* etc., cf. REW 3441. A juzgar por los derivados que trae el REW 4619 bajo *juncus*, esta planta no ha perdido su función como material de la encella para la elaboración o conservación del queso fresco: Italiano *giuncata*, norés *gunketta*; y también el occitano *joncada*. Palladio, Lib. IV, 10, 10, habla de *palmea fiscella*, como recipiente.

La Vulgata llama *fiscella scirpea* la cesta o canasta donde fue expuesto Moisés en el cañizar junto al río. *Carmina Burana*, 131, 8, alude a este pasaje. Esta «cestilla, canasta» tenía diversos usos, especialmente en la vida rural, donde se empleaba para la recolección de diversos frutos, como olivas o uvas. También significaba «bozal, morral» para las caballerías o bovinos. A la misma familia que *fiscella* pertenecen los sinónimos *fiscina*, y *fiscus* (véanse p. e. REW 3323, 3324, 3326 y las entradas correspondientes en García de Diego, *Diccionario etimológico español e hispánico*). *Fiscus*, originariamente «cesta», ha salido del ámbito rural, y ha entrado en el de las finanzas por vía culta en muchas lenguas como *fisco* «erario público», continuando una acepción documentada ya en latín clásico.

La descendencia de *Fiscella* en las lenguas románicas (cf. REW 3323, Rohlf, *Le Gascon* 344), no siempre se separa nítidamente de los derivados de *cistella* que se conservan en diversas lenguas de los Pirineos, entre otras en bearnés *tistere* y en vasco *txistera*. Cf. para esta última palabra M. Agud, *Elementos*, p. 376 ss. La acepción o el uso que describe Varrón para *fiscella* no lo encuentro documentado en otro lugar.

(130) *Commodius servantur si secretas pascunt* (Varrón II, 2, 14).

(131) Coincide con lo que enseña Columella, lib. VII, 6, sobre el animal caprino: «Tempus admissurae per autumnum fere ante mensem Decembrem praecipimus, ut propinquante vere, gemmantibus frutetis, cum primum silvae nova geminant fronde) partus edatur».

Respecto a las gallináceas, Columella, VIII, 2, 15, nos describe cómo hay que impedir o domar la «procacitas» del gallo, por medio de un «ampullaceo corio» aplicado a una pata.

11.4. Varrón era muy condescendiente con los animales a la hora de recomendar el número de verracos de una piara, proponiendo diez por cada cien cerdas (*Res rusticae*, Lib. II, 4, 22), mientras que los modernos «donnent un verrat pour trente ou quarante truies» (132). Respecto a los bovinos, Varrón nos habla de dos por cada 72 matrices, uno de un año, otro de dos (Libro II, 5, 10), que se introducen en la boyada a partir de mayo. Hay grandes diferencias en los autores en cuanto al número de vacas que debería cubrir un toro: Columella es más generoso, asignando un semental por cada quince vacas, opinión que repite Palladio (*De re rustica*, Lib. VIII, IV, 1); Plinio, uno por cada diez (133). Importante es que los terneros nazcan en primavera, por lo que las vacas «tauris submittendae sunt» en julio (Palladio, *ibidem*) (134).

11.5. Se encuentran en los autores latinos que tratan de la ganadería muchos más pasajes que ponen en relación el control de la natividad con la dificultad de una alimentación adecuada fuera de los establos. Para evitar un parto en mala época nutritiva, con «penuria cibi», se recurría a veces en la antigüedad a métodos radicales, mucho menos originales que la «mandarra», como herir la vulva con un hierro candente para que, debido a la cicatriz, resultara «non genitalis» (135). Otro factor determinante de la fecha de monta era la transhumancia, calculando para que los corderos nacieran después de regresar de las zonas altas.

12. Aymeric nos habla de mulas y yeguas portadoras del candado, sobre las que no he buscado literatura específica respecto al control de natividad. Lo que se recomendaba para los equinos era la monta en marzo (136), con lo que se garantizaba el parto en primavera del año siguiente. Cuando todas las yeguas habían sido inseminadas, se retiraban los sementales. (Palladio, *ibidem*). En el acoplamiento de los equinos recomienda Varrón un esmero especial. Cuando llega el momento oportuno, entre el equinoccio de primavera y el solsticio de verano, hay que presentar el semental a la yegua dos veces al día, por la mañana y por la tarde, con la colaboración del *origa* que ayuda para que la monta se realice rápidamente, sin que el caballo pierda en su ardor parte del semen (137). La «monte à la main» permite según el *Larousse agricole*,

(132) Ch. Guiraud, *Commentaire*, p. 128.

(133) Ch. Guiraud, *Commentaire*, p. 136. Respecto a la proporción de *mares y feminae* en el ganado cabrío, divergen según Varrón las opiniones: uno por diez, uno por quince, uno por veinte (*Economía rural*, II, 3, 10). A título de curiosidad menciono un texto medieval –muy anterior al de Martin Luther, «In der Woche zween»– que cuadraría bien al tratar de la misogenia (§ 37.1.2.): «*Gallus ter quinīs gallinis sufficit unus, / Sed ter quinque viri non sufficiunt mulieri*», Jakob Werner, *Lateinische Sprichwörter und Sinnsprüche des Mittelalters*, Heidelberg 1966, g 1.

(134) Para los equinos valía igualmente la regla de que «partus idoneo tempore fiat» (Varrón, *Economía rural*, II, 7, 7).

(135) Columella, *op. cit.* libro VII, cap. IX.

(136) Palladio, *Lib. IV, XIII*, 1.

(137) «Eo enim adiutante equa alligata celerius admittuntur, neque equi frustra cupiditate impulsī semen eiciunt» (Libro II, 7, 8).

p. 675, triplicar el número de yeguas inseminadas; con la inseminación artificial «ce nombre est multiplié par cinquante» (*Larousse agricole*, p. 826).

12.1. Sobre «candados» o *fiscellas* como «preservativo» para equinos no encuentro nada en Varrón, ni para el macho ni para la hembra. *Videant alii*. Yo sólo estaría en condiciones de hacer reflexiones vagas, lejanas de toda experiencia y tal vez de la realidad. En Beriáin tenían yeguas en muchas casas, y había un dulero que, según me contaba mi padre, el jueves anterior a carnaval pasaba por las casas pidiendo «Jueves lardero, la merienda pal dulero». Yo no lo recuerdo (138). Es de suponer que habría algún prado concejil reservado al ganado equino, por más que en la toponimia no esté reflejado como tal (139). El término *Zaldualde*, corriente también en otros pueblos, está relacionado más bien con *zaldu* < *salu* que con *zaldi* «caballo». Donde sí consta por la toponimia que había prados destinados a las yeguas es en Esparza, donde está ricamente documentado desde el siglo XVI *Beortegui* «lugar de yeguas», con variantes (140). Esos prados y soto estaban reservados algunos meses al ganado vacuno, con prohibición de acceso al lanar y caballar. En el siglo XVIII aparece en los documentos para los bovinos su dehesa o soto particular, una *Desa boyeral* (141), que tal vez se haya creado a consecuencia de tensiones surgidas por intereses opuestos o divergentes entre ganaderos con especialidades diferentes.

En cuanto a preservativo para las yeguas, de poco servirían los candados si valiese para todas lo que nos enseña Varrón como «res incredibilis» pero verdadera: que en la Lusitania, cerca del Océano, hay yeguas que, en determinados momentos, conciben por efecto del viento (142).

12.2. En el caso de la mula, que «ex asino et equa gignitur» (143), según nos enseña Plinio, *H. N.* 8, 44, 69, § 171, sería poco menos que superflua la *mandarra* para evitar la preñez, pues ese cuadrúpedo es tenido gene-

(138) Lo que sí recuerdo en cambio es que ese mismo día los jóvenes del pueblo solían hacer limpia de gatos, para preparar un rancho. El gato se guisa de manera parecida al conejo. Una canción burlesca dice: «Nos sacaron arroz con conejo, y el gato en la casa no se ha visto más. Cosas así pueden pasar». J. M. Iribarren, *De Pascuas a Ramos*, Pamplona 1970, dedica un breve capítulo a «Jueves lardero y jueves gordo», p. 115-116.

(139) En *Onomasticon Vasconiae* 12, 1.6.2. se trata de la importancia de la ganadería en Pamplona y se mencionan varios topónimos vascos relacionados con «soto», «prado».

(140) *Onomasticon Vasconiae* 2, p. 141-142.

(141) *Onomasticon Vasconiae* 2, p. 155 y 187. *Desa*, «tierra destinada a pastos», es una variante que no conozco de otros textos, de *dehesa* < lat. *defensa*. Compárense *defesa*, *jesa*, *hesa* (con h aspirada), *devesa* etc. en los diccionarios hispánicos etimológicos usuales.

(142) Libro. II, 1, 19, y cf. la amplia nota de Ch. Guiraud sobre la partenogénesis en la p. 94 de su *Commentaire*.

(143) Compárense Varrón, II, 8, 1: *Ex equa enim et asino fit mulus, contra ex equo et asina hinnus*. Cf. también Varrón, II, 8, 6. Palladio tiene un capítulo «*De mulino genere & asinis*», con recomendaciones por si alguien «*mulorum genus creare delectat*» y para superar los problemas que pueden surgir si la yegua no quiere admitir a un semental de la especie asinaria.

ralmente por estéril, como lo confirman ya Hedoroto, Aristóteles, etc. Cicerón, *Div.* 2, 22, 49 pondera la rareza del parto de la mula, Juvenal 13, 66 lo considera monstruoso (144), y como equivalente de «nunca» se dice «cum mula peperit». En *Curae Boum* de Gargilius Martialis encontramos en una fórmula mágica «Ad glandulas jumentorum», en la que se evoca la esterilidad de la mula: «nec lumbicos oculos habet, nec mula parit» (145). Sin embargo, Varrón nos brinda una sabrosa discusión sobre la fecundación y el parto de las mulas (Lib. II, I, 27). Comentando a Varrón, Ch. Guiraud, afirma que «les auteurs modernes admettent la possibilité de mules fécondes... Accouplée au cheval, elle donne des chevaux et des juments qui sont fécondes; accouplée à l'âne, elle donne des mulets et des mules» (p. 98).

13. Tras esta digresión debería haber quedado claro que el uso del «preservativo» aplicado a las partes genitales para regular la reproducción en la ganadería está documentado en la antigüedad y se ha conservado hasta nuestros días. Esto demuestra –sin entrar en disquisiciones sobre la materia misma, que ha sido objeto de sabios estudios, p. e. de Julio Caro Baroja– lo absurda que es la interpretación de la «sera», de la «mandarra», que nos ofrece Aymeric. Sometamos con todo a examen un detalle de lo que nos dice ese autor en ese escabroso pasaje. En su texto hay una partícula muy importante, que no ha sido tenida en consideración en las tres traducciones que he consultado, una de Jeanne Vieliard, *Le Guide du pèlerin*, 1963, otra de Bravo, *op. cit.* y otra de Klaus Herbers, *Der Jakobsweg*, Tübingen 1986 (no he podido consultar la segunda edición, que tiene alguna corrección que le sugerí al autor).

13.1. «*seram enim Navarrus... suspendere dicitur*» ha sido traducido: «Y cuentan también que el navarro coloca una protección», por Bravo, p. 37, y «on raconte que le Navarrais met un cadenas», por Vieliard, p. 29. En Herbers leemos: «man sagt, ein Navarrese hänge ein Schloß», p. 102.

13.2. ¿Dónde han dejado los traductores ese revelador *enim* del original? «Pues, según cuentan, el navarro cuelga un candado...». Aymeric afirma que los navarros fornican incestuosamente con el ganado, pues, según dicen, cuelgan, etc. El no ha visto fornicar de ese modo, ni debe de conocer la función preservativa de la *mandarra*, pero ha sacado sus conclusiones, sin molestarse por investigar la función de esa *sera*, de esa «cerradura», llegando a la conclusión absurda de que los navarros colocaban a las bestias, para reservárselas, un cinturón de castidad. Ha debido de fructificar en su cerebro alguna historieta en la que el marido ponía al ausentarse de su morada a su

(144) «*sub aratro / piscibus inuentis et fetae comparo mulae*», Juvenal, *Satura* XIII, 65-66.

(145) Cito de la edición Vegetius Renatus, *Artis veterinariae sive Mulomedicinae libri quatuor*, Venecia 1734, pp. 319-324, p. 322. *Lumbicos* está por *lumbricus* «lombriz», como se desprende del texto «*nec lumbricis ulli sunt (oculi)*», de Plinio 11, 37, 52 § 140, que sirve de base a Vegecio (s. IV p. C.).

mujer un *cingulum castitatis* (146). Tiene una obsesión terrible por el sexo, y saca de sus reflexiones consecuencias lógicas para su mente morbosa, descarriada. Afirma en otro lugar –y no deja claro si es opinión de otros o suya, es decir, si anduvo él espiando delante de los fogones o en las alcobas, o lo hicieron otros por él– que *Navarri*, cuando están calentándose, «verenda sua ostendunt», el marido a la mujer y la mujer al marido; y más íntimo todavía, que el hombre «vulve etiam mulieris et mule basia praebet libidinosa». Parece que llegó lleno de prejuicios a nuestra tierra, donde ha debido de tener alguna experiencia desagradable que ha conjugado con su pura o impura fantasía. Y ha vomitado su bilis inspirándose en la epístola de San Pablo a los romanos, o en libros del Antiguo Testamento, recargando las tintas. No obstante su aversión hacia nuestra tierra, los vascólogos le estamos muy agradecidos por habernos legado una *Guía del camino de Santiago* con la primera lista de palabras vascas con su traducción, y otras informaciones de interés (147).

Despidámonos del peregrino Aymeric Picaud, tras haber puntualizado algún aspecto del pasaje más escabroso de su *Guía*, para el que se basa en lo que ha oído y devaneado, y no en lo que ha visto o podría haber visto.

14. Retomemos el hilo. Otra tarea escabrosa que asumí de muy joven, según lo exigían las circunstancias, fue la de llevar a las vacas toriondas a la parada. El toro semental más cercano ejercía en un pueblecito que distaba unos cinco kms. de Beriáin, en Barbatáin. A la vaca la llevaba andando, armado de una vara larga, y sujeta por el cuello con un ramal. La vara tenía, además de las funciones normales de dirigir al animal, otra especial: después del salto del toro, había que restregar fuertemente el espinazo de la vaca para evitar que en las convulsiones del orgasmo arrojase el semen.

14.1. La vaquilla virgen: *La ida a la parada se desarrollaba generalmente con plena naturalidad. La vaca se mostraba dócil, y hasta parece que barruntaba o recordaba hacia donde iba. Andaba con paso alegre, sin ofrecer resistencia alguna. Si el toro estaba descansado y dispuesto, todo se resolvía en pocos segundos. Si, en cambio, había cubierto poco antes, teníamos que esperar un rato, para garantizar la efi-*

(146) Es fácil que alguien haya escrito con seriedad la abigarrada historia del *cingulum castitatis*, que aparece en las Constituciones de algunas órdenes religiosas y en homilías (*Accingendi sunt lumbi cingulo castitatis; teneas ... cingulum castitatis in corpore; renes autem accingendi sunt cingulo castitatis*, etc.) Antecedentes se encuentran no sólo en la Biblia sino también en textos profanos: *cingulo nova nupta praecingebatur, quod vir in lecto solvebat* (Lewis-Short, *A Latin Dictionary*, bajo *cingulum*). Una observación de Isidoro para los filólogos: En *Etimologías*, XX, 16, 4, encontramos una información que se conserva en el diferente matiz entre *el cincho* y *la cincha*: «Cingulum hominum generis neutri est; nam animalium genere feminino dicimus has cingulas».

(147) Me limito a mencionar las reflexiones sobre el «*Vocabulario de Aimery Picaud*», de Luis Michelena, en *Textos arcaicos vascos*, 2.2.12.

ciencia del salto. Una vez me costó, sin embargo, grandes sudores llegar a Barbatáin. La novilla daba brincos, y se negaba a seguirme. Tuve que hacer uso frecuente de la vara, y aun así y todo las pasé moradas. Peor lo pasé en Barbatáin. El salto del toro por poco no puedo ni contarle. El caso se presentaba complicado. Yo no podía hacer carrera solo con mi arisco animal, y tuvimos que buscar ayuda. También la labor del toro, que generalmente se realizaba con la asistencia de una persona mayor que dominaba al semental con la vara y la anilla de la nariz, resultó complicada. Y falló estrepitosamente. Al impacto del macho, la hembra pegó un salto repentino y me arrastró al suelo. Cerca anduvo el toro de pillarme debajo de sus patas. Me negué a repetir la faena. Dos hombres sujetaron a la hembra, y dos se encargaron del toro. No supieron o no quisieron explicarme exactamente si la reacción de la novilla fue porque era novata o porque, por culpa de su indocilidad e inquietud, el toro se equivocó de vaso. La vuelta al pueblo fue normal, sin contratiempo alguno. Sin embargo, cuando llegué a casa aún no había superado el susto que llevaba en mis tuétanos. «Por poco me mata el toro» –dicen que comenté–. No recuerdo si quedó preñada la vaquilla o si hubo que volver a Barbatáin a las cuatro semanas. Para ella, era la primera vez que iba a la parada; para mí, fue la última.

15. Mecánico o albañil. Esa era la disyuntiva que se me presentaba a los trece años. Las tareas del campo me gustaban menos. Y en el campo estaba una calurosa mañana del mes de junio, en el término de la Morea Lucía –con el adjetivo *luze* «largo» que la distinguía de la otra Morea, de forma casi redonda– recogiendo la mies que dejaba desparramada una segadora o engavilladora marca «Deering», Chicago, a la que le fallaba el disparador o «pajarrico» que hacía los nudos de las gavillas, cuando apareció el párroco de Beriáin, don Odón Sagüés, acompañado de otro sacerdote. Me llamaron desde el contiguo «camino de Noáin» que bordeaba un bosque de chaparros. Subí rápidamente y me preguntaron si me gustaba el trabajo que estaba haciendo. La respuesta era obvia. El acompañante, con un agradable acento extranjero, me dijo que en Estella había un colegio de Misioneros donde podría aprender muchas cosas más lindas que el trabajo del campo. Que el párroco le había dicho que yo tenía buena memoria, que era lástima que hubiera dejado la escuela, que sabía bien la doctrina y que había sido buen monaguillo. Me ofreció que si quería podía comenzar enseguida en el Colegio y recuperar en pocas semanas el primer curso que estaba llegando a su término. Parece que le había ocultado don Odón que yo solía vaciarle las vinajeras después de misa, o el escándalo que armé en la iglesia donde me dejó encerrado por una dentellada que le pegué a escondidas a una bola de mantequilla en su casa.

15.1. En Beriáin tocan a fuego: *En los pueblos de la Cuenca de Pamplona conocíamos los pobres la mantequilla solamente de oídas, del folclore, como en el texto de la canción montañesa:*

*Tengo tres ovejas en una cabaña:
Una me da leche, otra me da lana,
otra mantequilla para la semana,*

pero no habíamos tenido oportunidad de saborear ese producto dorado.

Todavía mantengo vivo el recuerdo de mi primer encuentro real con la mantequilla, encuentro decepcionante desde el punto de vista del paladar, con rasgos picarescos, que terminó con una escena de persecución, propia de una película cómica, por la nave de una iglesia medieval. Fue pocos años después de la Guerra Civil. La única persona que gustaba mantequilla en mi pueblo era el párroco, y lo hacía, según me enteré más tarde, por recomendación médica, para aliviar alguna dolencia del aparato digestivo. Lo cierto es que yo, que por entonces era monaguillo y tenía acceso a la casa del cura, sentía una irresistible curiosidad por una especie de huevo amarillento que flotaba en un tazón de agua en la cocina parroquial. «Eso es mantequilla», me respondió un día el reverendo encomiando con malicia la exquisitez del producto. Tenía el párroco un sentido muy peculiar del humor, de la ironía, que yo entonces no era capaz de captar. Y tenía fama entre los niños, además, de ser tacaño, tal vez por culpa de un chiste que cursaba entre nosotros y que le cuadraba bien por su presbicia: «Érase un cura tan avaro tan avaro que miraba por encima de las gafas para no desgastar los cristales».

Le confesé que me gustaría probar la mantequilla, y él me contestó, sin duda alguna para tomarme el pelo, que me la comprasen mis padres. ¡Para lujos estaban los tiempos! Una tarde que el ama de casa, la señora B., había tomado la Beriainesa con rumbo a Pamplona, mientras el cura estaba confesando, entré a hurtadillas en su casa, subí a la cocina, encontré el misterioso huevo flotante en el bendito tazón y, rápidamente, le hincé el diente. ¡Qué decepción la mía al sentir en la lengua un sabor grasiento que recordaba la manteca de cerdo rancia! ¡Yo que me esperaba un sabor dulce, agradable como el de la sabrosa leche frita elaborada con abundante yema de huevo fresco! Salí precipitadamente de la casa parroquial a escondidas, como había entrado, y con un mal sabor de boca.

Al día siguiente, el cura me llamó y me mandó que le enseñara los dientes. Y se los enseñé mansamente. «Esta tarde, después de la escuela, vienes al atrio». En mi ingenuidad infantil no había pensado en borrar las huellas dentales de mi trastada, marcadas en la mantequilla. Y me dejó encerrado, casi a oscuras, entre santos y ánimas benditas. ¡Con el pánico que me causaba estar solo, aislado, en la tenebrosa iglesia medieval, donde debían de morar por lo menos tantos espíritus como cuerpos estaban enterrados en las fuesas o huesas! Para salvarme de ese incubo, insoponible a los pocos minutos, se me ocurrió colgarme de la soga de la cam-

pana y repicar a fuego. El primero que acudió al toque de rebato fue el cura, furioso, que intentaba cogirme, para darme la correspondiente propina, saltando por entre bancos y sillas. Debí de ser para los vecinos que llegaron corriendo, alarmados por el sonido precipitado de la campana, armados de palas y azadas para atajar el fuego, una escena inolvidable ver a su respetable párroco persiguiendo con la sotana remangada a un chiquillo a quien el miedo prestaba alas. Ya no recuerdo cómo terminó aquel episodio originado por la mantequilla sobre el que, años más tarde, tuve ocasión de reirme más de una vez con el temido y respetado párroco, don Odón Sagiüs, cuyos restos mortales descansan en el atrio de una de las iglesias románicas con portal más hermoso de Navarra, en el pueblecito de Artaiz, a medio camino entre Pamplona e Induráin. Ahora, a tantos años de distancia –y olvidando a los analistas de la psique–, creo que aquel curioso y desconcertante acontecimiento no influyó en lo más mínimo en mi postura frente a la Iglesia ni frente a la mantequilla.

15.2. «Pues bien», les contesté, «si me dejan en casa, iré al colegio». Mis padres y don Gerardo se alegraron. Mis hermanos y mis amigos de aventuras, menos. Al día siguiente ya tenía mi padre el plan de viaje listo. Iríamos él y yo a Muruzábal, a pasar la noche en casa de unos parientes, y a la mañana siguiente continuaríamos viaje en autobús. Así lo hicimos. Era mi primera salida de casa para más de una noche. En Muruzábal la cena me sentó mal, y me deshice penosamente de ella a eso de la medianoche.

Paró el autobús a un par de cientos de metros del Colegio del Verbo Divino (SVD). Larga y penosa se me hizo la breve cuesta hasta el edificio. Al revés que en la canción «Cuando de romería voy a la ermita, se me hace cuesta abajo la cuesta arriba». Salió a recibirnos el P. Gaspar con un grupo de niños de mi edad. En Estella recuerdo que pasé al principio unos días muy melancólicos, con una nostalgia terrible, que me costó superar no obstante los esfuerzos de algunos compañeros de Salinas que me conocían de cuando iba a recoger sal con la camioneta del tío.

15.3. Pero aguanté mecha. Y me acostumbré. En clase noté que no se me había olvidado todo lo que me enseñaron en la escuela. Incluso me dieron, ciertamente con indulgencia, algún sobresaliente. En latín tuve mis problemas, pues lo único que sabía era lo que había aprendido de monaguillo sin enterarme de lo que oía o decía: *Introibo ad altare Dei. Ad Deum qui laetificat cor meum...* Pero me aprobaron con un seis. Hice entonces el propósito, no sin cierta testarudez que me caracterizaba, de llenar y colmar los huecos de latín durante las vacaciones (148), con el resultado de que esa asignatura ha figurado entre mis preferidas desde entonces hasta hoy, acompañándome durante el estudio y en varias publicaciones.

(148) Me ayudó un amigo de Arróniz, J. M., el compañero más inteligente de mi clase, menos mimado que yo por la fortuna.

16. Aquella calurosa mañana de siega del mes de junio fue providencial y decisiva para toda mi vida. El sacerdote que acompañaba al párroco era el Padre Gaspar Jacob, que había venido de la Argentina, de Jujuy. En las horas de recreo, si abrasaba el sol o hacía mal tiempo, nos apiñábamos junto a él para escuchar de sus labios las novelas *Miriam la conspiradora* o *El desierto de piedra*, creo que de Hugo Wast, y otras muchas novelas contadas «ad usum Delphini». Era un placer escucharle, y muchos preferíamos sus novelas al juego de pelota en un pequeño frontón, deporte del que el Padre Gaspar era un apasionado admirador y que encomiaba como «muy completo y sano, en el que todo el cuerpo está en acción», o al del fútbol en un diminuto campo de cascajo para el que tuvimos que nivelar una pieza en cuesta.

16.1. Al leer la esquila del P. Gaspar hace unos años, me enteré con sorpresa, en vista de su dominio del castellano, de que había nacido en la U.R.S.S., en Tiraspol (149); de joven había pasado, por causas y en circunstancias que desconozco, a la Argentina. Dos solas faltas en castellano recuerdo que le oí. Dos que, estrictamente hablando, no son más que una. Exhortándonos a superar las diferencias que a veces surgen entre compañeros, citó una vez la Biblia con estas palabras: «En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amaos los unos a los otros», mezclando por distracción citas del Evangelio, «amaos los unos a los otros», «que os améis los unos a los otros» y «si os amáis los unos a los otros». Otra vez, explicando en un sermón de la misa del domingo los sacrificios expiatorios del Antiguo Testamento, dejó perplejo y asombrado al numeroso público al emplear, en vez de «macho cabrío», la palabra que antaño se usaba y que el diccionario académico y algún otro aún coloca en cabeza con ese sentido, y que hemos encontrado recientemente en pintadas –relacionadas con la guerra del Irak– de la cultísima ciudad de Weimar, con el apellido de un político español de cuyo nombre no quiero acordarme (150), de primera fila hasta hace un par de años, y que luego cuentan que ha sido nada menos que catedrático o profesor invitado, no sé de qué ni con qué méritos académicos, en USA.

16.2. Lo tuve a ese admirable y admirado ruso como profesor excelente de latín, de biología y de matemáticas. Era además un comodín de primera si algún pedagogo fallaba. Solía ponerme en matemáticas tareas especiales, que yo me empeñaba en solucionar. Vayan dos ejemplos:

16.2.1. La pesa rota: *Un comerciante tenía una pesa de 40 kilos. Se le cayó de la mesa y se rompió en cuatro pedazos. Fue desconsolado a la tienda para que se la arreglasen, y el tendero le dijo: «¡Qué suerte has tenido! Con esos cuatro pedazos puedes pesar, combinándolos debi-*

(149) Ciudad de Moldavia, a la izquierda del Dniester.

(150) He vuelto a Weimar a principios de agosto de 2006, y he constatado que esa pintada ha desaparecido.

damente en la balanza, todas las unidades, desde un kilo hasta cuarenta». ¿Cuál era el peso de cada pedazo?

Me pasé varias horas haciendo cálculos, pero saqué el resultado que todavía no me ha acarreado en la primitiva el millón esperado. Pero «chi la dura la vince»! No sé de dónde sacó ese problema. El siguiente, en cambio, lo he encontrado, algo cambiado, en un libro de matemáticas de Italia; y también en España ha sido popular.

16.2.2. Juan tiene el doble de la edad que tenía Pedro cuando aquél tenía la edad que tiene éste ahora. Cuando éste tenga la edad que tiene aquél, tendrán juntos 63 años. Calcúlense las dos edades.

En alguna reunión de becarios del Servicio Alemán de Intercambio Académico (Deutscher Akademischer Austauschdienst, en siglas DAAD) me he divertido haciéndole devanar a algún estudiante de lógica y matemáticas (de uno, con las iniciales J. M., leo de vez en cuando algún sustancioso ensayo, firmado en Barcelona, en *El País*) con ese trabametes. Si mal no recuerdo, había dos modos de solucionar el problema. No quiero indicar el resultado por si alguien tuviera el capricho de buscarlo. Sólo adelanto, para desenredar un poco el ovillo, que la diferencia de edades es de 7 años.

16.3. Fue el Padre Gaspar una persona extraordinaria, que sabía conjugar la broma con lo serio, siempre afable y solícito con los alumnos. En alguna carta que me escribió me llamaba «mi buen saco de malicia». Gracias a su solicitud disfruté durante varias semanas, hasta que dejé de ser sólo pellejo y huesos, de un huevo pasado por agua para almorzar, además de la ración común.

16.3.1. Mi aliada, la paniquesa: *Las gallinas habían sido mis amigas en Beridain. Teníamos unas doce, que hacían la vida fuera y volvían a casa a refugiarse si se sentían amenazadas por el gabilán o si las perseguía la zorra, y por la noche a descansar en la sabaya (151). Por la mañana solía mandarme mi madre a recoger los huevos. A veces aparecía después alguna cáscara rota, y le echaban la culpa a la paniquesa (152) que debía de entrar en casa como por brujería, aunque la gatera estuvie-*

(151) Llamábamos así exclusivamente a los palos del gallinero donde se acuestan las gallinas, cf. Iribarren, *Vocabulario navarro*. Corresponden a las *peritcae* de Columella, *De re rustica*, VIII, 3, 7. Azkue, *Diccionario vasco* trae otras acepciones de *sabai* (y *ota*, con la misma). Michelena se pregunta si *sabai* / *sapai* no tendrá relación con el gallego *fayado*, suponiendo un prefijo inicial *sub-*, de donde resultaría **sobai* > *sabai*, o con intervocal sorda, *sapai* (Arbelaiz, *Las etimologías vascas*, p. 127). No se me habría ocurrido esa ingeniosa combinación. *Sabayado*, *sabayao* «desván» de algunas zonas del norte de Navarra (ver Iribarren, *Vocabulario navarro* s. v.), podrían aducirse en favor de ese acercamiento.

(152) Quisiera recordar dos suculentas notas de Gerhard Rohlfs «Los nombres de la *comadreja*», publicadas en *Estudios sobre el léxico románico* (reelaboración parcial y notas de Manuel Alvar), Madrid 1979, pp. 70-72 y 117-120.

ra cerrada. Todos estaban contentos de que no hubiese atacado a las gallinas. Algunos meses, los de frío, las gallinas apenas si ponían tres o cuatro huevos diarios en total, y a veces muy tarde. Un día recuerdo que mi madre me mandó a buscar huevos para freír uno con jamón para el «montero», como decía yo, para el «señor celador de montes», como me corrigió ella. Pero todavía no había puesto ninguna. Para adelantar la puesta, recurrí a un truco del que me había servido otras veces, y que funcionaba perfectamente: activar con el meñique el músculo, voluntario o involuntario, del esfínter. El huevo llegó puntual, a una con el visitante.

En Estella disfruté de ese alimento sin tener que recurrir a esa artimaña. Leyendo mucho más tarde algún epigrama de Marcial, no recomendable para menores ni para seminaristas, me vino a la memoria ese truco.

16.4. Establé amistad en el Colegio de Estella con el cocinero alemán, el hermano Wido, que me enseñó alguna receta sencilla, estilo cuartel, para cuando íbamos los de la clase a pasar unos días a la sierra de Urbasa. Él nos preparaba toda la vitualla necesaria, con las ollas y vajilla correspondientes, que cargábamos en un carro tirado por un burro al que teníamos que ayudar a subir la cuesta de Zudaire. Me las apañé como pude de pinche, y a nadie le sentaron mal mis guisos. Lo único que me falló una vez fueron las alubias blancas secas, que debí de tenerlas demasiado poco tiempo remojando, o les puse el fuego demasiado alto, o no las revolví suficientemente, y se me agarraron a la olla. Aunque alguien me disculpó, echando la culpa al agua que era demasiado fría y cruda para cocinar. Era de la «Fuente de los mosquitos» que en nada envidiaría a la Fons Bandusiae de Horacio, más tersa que el cristal. De postre llevábamos fruta. Algún día recogimos en la sierra diminutas fresas silvestres, de un sabor inigualable, que comíamos aderezadas con azúcar y vino tinto, *rustico more* o *more monastico*, con vino de celebrar. Para el queso casero de Urbasa no llegaba el presupuesto.

17. En 1949 fuimos todos los de mi clase en un camión, transformado en autobús con cuatro bancos de feria y un toldo tendido sobre unos arcos, a Zamora, al pueblecito de Coreses, donde la SVD había comprado un terreno con un edificio con garaje y establos para poner en marcha un Colegio (153). Nos tocó a todos, alumnos y Padres, hacer mucho trabajo manual. El P. Gaspar era el primero en ayudar a fabricar adobes con barro y paja y moldes de madera, para construir una cuadra; o en tirar de pico y pala para hacer pozos en busca de agua. Tenía una técnica especial para sacar la tierra del pozo de hasta cinco metros de profundidad, sin polea ni escalera alguna, por medio de una simple pala: iba dejando, cada dos metros de profundidad aproximadamente, un escalón que servía de plataforma para arrojar la tierra a la plata-

(153) Entre tanto el colegio se ha convertido en un elegante hotel de tres estrellas llamado *El Convento*.

forma superior o hacia afuera. Es un sistema que yo no conocía de Navarra, y que tal vez conociera él de su patria o de alguna de sus muchas lecturas, y remonte a épocas remotas, o hasta se encuentre descrito en la Historia Natural de Plinio o en algún tratado de minería de los que se ocupa con tanta competencia Claude Domergue (154).

17.1. En la finca de Coreses donde iba a surgir el Colegio había vacas y puercos, que nos venían muy bien para las necesidades caseras. Se encargaba de esos animales un boyero y labrador, que también intentaba sacar provecho de la sedienta tierra con el agua de algún pozo que recogía en pequeñas albercas (155), a la espera de que entrase en función un sistema de riego por canales que pasaba por allí cerca (156) pero que, según se comentó, no recibía el visto bueno oficial debido a la intervención de alguna empresa de electricidad (nomina sunt odiosa) que se sentiría perjudicada. Lo que más producía era un campo de sandías y melones, más que suficientes para el Colegio. Los sobrantes los compraba un vendedor de frutas y verduras. Para ver si estaban en su punto los melones, se servía del método clásico, haciendo uso de su nariz y de los dedos gordos en los pezones. Para comprobar el grado de madurez de las sandías, le hacía a una con la navaja una pequeña catadura con la que constataba el color. Teniendo eso presente, cuando leí más tarde la hermosa, fantástica etimología que da Isidoro de cattus «gato», o sea «quod cattat, id est videt» (157), la entendí mejor que si hubiese partido de «cattador de vino», que se sirve más del paladar que de los ojos.

17.2. Con una vaca enferma gané puntos ante los compañeros y sobre todo ante el P. Gaspar: Estábamos una tarde en clase con él, y of cerca del Colegio el insistente, lastimoso mugido, o más bien gemido, de una vaca. Le advertí que esa vaca estaba mal, y que habría que llamar al veterinario. Interrumpimos la clase, salimos corriendo y vimos un vacuno que más que animal parecía un globo hinchado a punto de reventar. Yo le conté que en mi pueblo había visto en las vacaciones un buey de un vecino en un estado parecido, y que el veterinario le metió rápidamente un cuchillo con una especie de tubo para que se desinflase, teniendo cuidado para que no penetrase demasiado profundo y no dañase ningún órgano interno. Y le indiqué el lugar donde recordaba yo que le había pinchado. El P. Gaspar, como el veterinario tardaba en llegar, mandó llamar al boyero y al cocinero y traer un cuchillo de mata-

(154) Este autor ha dedicado varios años de estudios y numerosas publicaciones a la minería de la Península Ibérica, sobre todo del noroeste.

(155) Yo no conocía esa palabra. Una alberca nos servía de piscina. A nuestros bañadores, el sastre del Colegio les cosía una especie de delantal, para disimular cualquier protuberancia.

(156) Corresponderá al actual canal Toro-Zamora, que, según *El Correo de Zamora*, del 19 de junio de 2006, ha iniciado los turnos de riego.

(157) *Etymologiarum*, XII, 2, 38.

rife. Él mismo, fiándose de mí, o tal vez recordando algún caso parecido de la Argentina, le encajó entre el anca y el costillar una fuerte cuchillada al animal que ante el impacto lanzó un rugido, pero que enseguida dejó aliviado de mugir lastimosamente. Un penetrante olor a hierba putrefacta o fermentada se extendió por el campo e invadió el Colegio. El veterinario alabó la labor realizada que había salvado la vida a la vaca y se encargó de aplicarle la cura conveniente. Hace pocos años, leyendo la *Mulomedicina de Vegetio* encontré que se recomienda para algunas enfermedades un remedio parecido: meter un objeto puntiagudo a través de la piel y del peritoneo, teniendo cuidado para no dañar los intestinos, e introducir después un tubito o cánula (158) para que salga el líquido. Para la sarcosis, una enfermedad en la que «*Jumentum cum biberit, inflatur et sufflat*», recomendaban algunos una punción parecida (159).

17.2.1. Sabía el P. Gaspar que yo había ayudado en casa en la matanza del cerdo, y se fiaba de mí, y me confió la tarea de salar los pernils y el tocino calculando la cantidad de sal y el tiempo de sazón, en función del peso o grosor de la carne (160). Ya no recuerdo la fórmula. El mondongo también pasaba por mis manos, según una receta que había aprendido de mi madre.

17.3. Ese ruso argentino sabía también tomar decisiones tajantes si creía que lo exigían las circunstancias, «sine acceptione personarum»: una cocinera le cortó un día con la tijera delante del Colegio, sin malicia alguna, a un hermano lego los pelos molestos que le salían de los oídos. Al día siguiente salía ella del Colegio para no volver más. Y el hermano, seguro que se llevó sin testigos una buena reprimenda. Como la que se llevó el Padre Ladislao, profesor de latín del que aprendimos muchos proverbios: una vaca se cayó un día a un pozo y se desnucó. El Padre Ladislao habló ingenuamente de la voluntad de la divina providencia, citando la frase de Tomás de Kempis «*Homo proponit, Deus disponit*», que forma parte del refranero de muchas lenguas. «De la imbecilidad de los hombres no hay que hacer responsable a Dios», le espetó el P. Gaspar, dejándonos a todos perplejos.

El Padre G. D., superior del Colegio de Estella, cuyas canas delataban una avanzada edad, invitó más de una vez a un niño de mi clase de pelo rizado, bien puesto en carnes, de iniciales P. A., a su despacho en el recreo, y se corrió la voz de que le había hecho caricias por donde «piensa mal y acertarás». Unos días más tarde se embarcaba ese Padre, por iniciativa del P. Gas-

(158) *sagittam injicies, ut non solum cutem, verum etiam peritoneum ipsum aperias*, Lib. I, XLIII, 3. *Post exemta sagitta subjicies fistulam ... per quam foras humor emanat* (Lib. I, XLIII, 4). Ese tratamiento se aplicaba contra el *strophus*, que el diccionario traduce con «cólico». También se recomienda para tratar a los animales hidrópicos (Lib. I, XXV, 4).

(159) Vegetius, *Mulomedicina*, Lib. III, 26,1.

(160) Columella, *De re rustica*, XII, dedica el capítulo LIII a la «*salsura suillae carnis*».

par, rumbo a la Argentina, destinado a ser confesor de monjas de clausura, con las que terminó su peregrinación por el mundo.

18. Diez años más tarde, el 1° de julio de 1958, firma el P. Gaspar, como rector del *Collegio del Verbo Divino* de Roma, un certificado de mis estudios de liceo en términos exageradamente elogiosos que casi me avergüenzo de reproducir: «Egli era sempre il primo ed il migliore della classe, distinguendosi tra tutti per la sua intelligenza, attenzione e diligenza. La sua condotta scolastica, disciplinare e morale era sempre incensurabile».

18.1. Très joli: Cualquier compañero con espíritu de advocatus diaboli pondría en tela de juicio esa alabanza hiperbólica que ignora algunas circunstancias. Cuando volvimos de Coreses a Estella, nos acompañó un seminarista zamorano de más edad que nosotros, que sentía vocación de misionero. Se llamaba Cándido G. Era muy bueno en varias asignaturas, pero flojo en latín y en francés. Y me gustaba tomarle el pelo, y no me lo solía tomar a mal. Tenía su pupitre directamente detrás de mí, en la última fila. En la traducción de Nec prata canis albicant pruinis de la Oda I, 4 de Horacio, le encajé con cara inocente sin consecuencias un «escarcha de perro» en vez de «escarcha gris, blanca, cana», que el profesor corrigió. Pero un día me pasé de la raya, y perdió el control. Le tocó traducir la frase «Ce tableau est très joli», y me pidió ayuda. Yo le susurré maliciosamente: «Esta tabla es del tres de julio», que repitió tal cual en voz alta, provocando una sonora carcajada de toda la clase. Yo me di vuelta para reirme, y él me asentó un puñetazo bien merecido en la frente. «Parece que ha comenzado la guerra civil», comentó el profesor, que nos castigó a los dos a pasar el recreo de plantón y en silencio, a un metro de distancia uno de otro. - Amigo Cándido, mea culpa!

19. Nuestros profesores de Estella y Coreses eran de Hispanoamérica, o se habían formado allí. Todos ellos desconocían, como no es de extrañar, la pronunciación de la zeta. Uno de los pocos chistes que nos contaron es más fácil de entender con la ayuda del seseo: –«¿Cuáles son los apellidos más antiguos?– Gómez y Pérez, pues Dios le dijo a Adán en el paraíso: Si Comes Perezserás». Un profesor hacía además distinción en la pronunciación entre la *b* y la *v* –ignoro si naturalmente o por afectación–, lo que nos era ventajoso en los dictados. Del Colegio de Coreses recuerdo un hermoso caso de hominimia conflictiva, originado por el seseo.

19.1. Dios en salsa: Nos resultaba graciosa la confusión de la z y de la s, e intentábamos imitarla sin malicia. Entonces no sabía yo que los filólogos daban o iban a dar tanta importancia a ese rasgo, ni a los recursos de que echa mano el hablante –que a diferencia de la lengua, sí que premedita– para evitar las confusiones molestas que pueden surgir: en vez de cocer se emplea cocinar, para que no haya confusión con coser; a caza suele preferirse cacería, evitando la homofonía con casa,

etc. En una misa de domingo muy concurrida, con asistencia de los feligreses de Coreses y de Algodre, creo que en la festividad de Cristo Rey, el Padre Luis, argentino, profesor de música, con voz sonora de tenor, cantó los versos «y por siglos infinitos - ensalzada su deidad», «ensalzando» con la pronunciación a Dios. La asamblea reaccionó con una estrepitosa carcajada que dejó cortado al sorprendido cantante. Esa canción desapareció del repertorio. ¡Con lo sencillo que hubiera sido cambiar ensalzar por elevar, alabar o algún otro sinónimo!

19.2. Este ejemplo, que empleé en mi lección inaugural sobre *Homoni-mia conflictiva* en 1982, es especialmente instructivo, pues el verbo **ensalzar*, es decir «poner en salsa», con el que todo el público asoció lo que había oído, que yo sepa ni existe siquiera. Es un conflicto originado por una palabra meramente virtual, aspecto éste elocuente e instructivo para los lingüistas.

20. En septiembre de 1952, tras hacer el bachillerato interno y tomar el hábito en la Basílica de Nuestra Señora del Puy de Estella, acompañado de una vieja bandurria, fui en tren con mi clase a Roma, para iniciar el Noviciado (161), completamente alejado del ajetreo mundanal, entre meditaciones, ejercicios espirituales orientados en el libro homónimo, de San Ignacio de Loyola y en *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, del P. Alonso Rodríguez S. J. (1526-1616), lecturas de libros piadosos, exégesis bíblica, silencio, retiro, cilicio, ayuno, penitencia. Tomé muy en serio aquellos dos años, tan en serio que a veces me veía o me creía arrebatado en la meditación como Santa Teresa, sin notar para nada mi cuerpo. Era dueño de mis pensamientos y sentimientos, y me bastaba contemplar la hermosura de una azucena y aspirar su perfume en un rincón solitario del jardín del *Collegio* para sentirme feliz, pensando en la grandeza del Creador a cuyo servicio me había entregado yo. Solamente me incordiaba, perturbándome el sosiego ante la cuestión de la culpabilidad y contaminación, el que, de tanto en tanto, mi naturaleza de joven se rebelara en sueños y me hiciera una mala juagarreta, como la que cuen-

(161) He leído recientemente en *Esteban Urkiaga «Lauaxeta» jaunari omenaldia*, publicado en *Euskera* – L, 2005, 2, pp. 557-669, el ensayo de Paulo Izutueta «Jesuiten pedagogiaren eragina Lauaxetarengan» (pp. 627-669), con el apartado 1.3. «Loioan: Nobiziatua eta Junioratua (1921-1926)». Encuentro varios aspectos que recuerdan, *mutatis mutandis*, mis obligaciones, intereses y ocupaciones de mis años de Roma, en los que yo sentía, como él, «specialem inclinationem ad missiones inter fideles» (p. 631). La insania bélica no le permitió sacar fruto de sus estudios: «Lauaxeta 1937ko ekainaren 25ean fusilatu dute Gasteizko Santa Isabelgo hormaren kontra», (p. 634). El trágico fin de ese vate, hacia cuyas poesías siento una inclinación especial (he musicado y publicado su «Maitasunaren ikurkorra zen», *Gernika: Canciones - Lieder - Songs*, Estella-Lizarrá 1987, número 78, armonizado por el músico Hans Hornung), no permite continuar buscando paralelismos que hubieran podido surgir de una formación similar, en parte con las mismas lecturas. Además, él nació poeta; y yo, ni poeta ni orador. Me vienen a la memoria dos versos del *Lauda Sion Salvatorem* de Santo Tomás de Aquino, que saco violentamente de su contexto para adaptarlos a la situación engendrada por la ciega violencia política: «Vide paris lectionis / quam sit dispar exitus».

ta Horacio en la sátira *Egressum magna me accepit Aricia Roma* (162), sin que me sirviera de preventivo el himno que aún no he olvidado, si bien a estas alturas ya no lo necesito con tanta urgencia: *Te lucis ante terminum, / Rerum Creator, poscimus / ut pro tua clementia sis praesul et custodia. // Procul recedant somnia et noctium phantasmata, / hostemque nostrum comprime, / ne polluantur corpora.* ¡Hasta consulté con el confesor si no sería conveniente sacrificar esa parte superflua del cuerpo para mantener el alma limpia, a imitación de Orígenes! Me desaconsejó severamente, advirtiéndome que Orígenes de Alejandría no estaba en el santoral precisamente por haberse mutilado (163). Y me tranquilizó con *Omnia munda mundis* de San Pablo y recordándome la desazón de San Agustín por experiencias oníricas similares, recomendándome cenar con sobriedad y tensar más el cilicio al acostarme (164).

Recapitulando ahora serenamente mis pensamientos, palabras, acciones y omisiones de aquellos largos meses de retiro, de desprecio del mundo, y de olvido absoluto de la familia de acuerdo con el inhumano «deja a los muertos enterrar a sus muertos» (165), *de castratio intellectualis*, en los que disfrutaba masoquísticamente de la *correctio* o *correptio fraterna*, que entre los más avisados y críticos circulaba con el nombre de *lapidatio fraterna* (166), creo sinceramente que anduve en esa fase rozando la locura.

20.1. Los tres años de Juniorado que siguieron, dedicados a las Humanidades para exhumar, continuar y profundizar los estudios de liceo, me acercaron algo a la normalidad. Cicerón, Horacio, Platón, San Crisóstomo, Cervantes, Calderón, *El bosque animado* de Wenceslao Fernández Flórez, *I promessi sposi*, la Generación del 98, Donoso Cortés, me absorbían. El interés por la historia de la humanidad, por la historia del arte, por las matemáticas, por las ciencias naturales volvía a despertar en mí.

Tomé además con un profesor suizo, P. G., clases de composición, con la traducción italiana del método de Nicolaj Rimskij-Korsakow; seguí practi-

(162) *Sermones*, I, 5, 82-85: «hic ego mendacem stultissimus usque puellam / ad mediam noctem exspecto; somnus tamen aufert / intentum Veneri: tum in mundo somnia visu / nocturnam vestem maculant ventremque supinum».

(163) Hizo alusión a la Biblia que prohíbe a los eunucos el acceso a la comunidad de Yahveh, refiriéndose probablemente a *Deuteronomio* 23, 1: *Non intravit [intrabit?] eunuchus, attritis vel amputatis testiculis et abscisso veretro, ecclesiam Domini.*

(164) ¡Cuánta sabiduría y delicadeza encierra y rezuma el ensayo de Luis Gil «*Procul recedant somnia*. Los ensueños eróticos en la antigüedad pagana y cristiana», publicado en *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*, ed. José L. Melena, Vitoria 1985, pp. 193-219!

(165) *Mateo*, 8, 22.

(166) Teníamos una reunión con el Padre de Novicios, creo que los sábados por la tarde y una vez al mes, en la que se acusaban los excesos y culpas que habíamos descubierto en algún compañero, con el fin de que se corrigiera. También practicábamos, para ejercicio de humildad, la confesión en público, aunque todo quedaba reducido a faltas sobre el orden o la disciplina, o juicios temerarios.

cando el órgano, y fui uno de los organistas que acompañaban las funciones religiosas en el Colegio. Comencé con un coro –de hombres, claro está– con el que osábamos cantar hasta música polifónica sencilla de Luis de Vitoria (167), de Palestrina, o composiciones del contemporáneo Perosi, además de la inigualable música gregoriana.

Comenzábamos el día en Roma con el *Veni, creator spiritus*, que cantábamos con siete melodías diferentes, reservando la gregoriana para el domingo y los días festivos. Por lo menos dos veces por semana solíamos cantar la misa, no por devoción ni para aumentar la intensidad de la plegaria, de acuerdo con el «qui cantat, bis orat» de San Agustín, sino por razones más materiales que espirituales, que no considero oportuno exponer.

20.2. Iba a todas las veladas musicales gratuitas que podía. Guardo recuerdos imborrables en este campo: los conciertos de música clásica o popular que ofrecían algunos domingos estivos por la tarde en las Termas de Caracalla (¿o eran –terrible duda– en las imponentes ruinas de la *basilica di Massenzio o Constantino?*), donde escuché por primera vez la pegadiza melodía, elaborada para orquesta, de *Torna a Surriento*, que con tantos textos y por tantos solistas ha sido interpretada, y que tengo grabada en la memoria como *Vide il mare quant'è bello*, y en castellano como *Ya la mar está tranquila*; los cánticos de cientos de voces infantiles de coros de muchos países con motivo del Año Mariano de 1954, en la Basílica de Santa María la Mayor; el *Stabat Mater* de Pergolesi interpretado por el coro de niños «Die Wiener Sängler» –que habían venido a Roma a dar un concierto en la Basílica de San Pedro– en el refectorio del *Collegio* (¡con acompañamiento de piano!) para los seminaristas, legos y padres; un concierto que dio en el Colegio Español un coro del norte de España (creo que la «Schola cantorum» de Comillas) que presentó Higiní Anglès, y que interpretó entre otras canciones *A la mar fui por naranjas*, musicado por José Ignacio Prieto Arrizubieta, y el *Ator mutil etxera*, con armonización de Jesús Guridi, cuya partitura conseguí allí y guardo, y que cantamos en las Navidades siguientes con el coro del *Collegio*. En 1980 incluí en *Romania Cantat* (168) una versión para voces mixtas de esa canción navideña, inseparable de *Hartuik mutil* de los Plateros de Durango.

20.2.1. Había entre los teólogos de Filipinas uno muy aficionado a la música. Un día que le acompañé de intérprete a una tienda de música adonde yo solía ir a hojear partituras, me regaló una antología de polifonía religiosa de la época de Luis de Vitoria que aún está en mi estantería. Me dijo que él conocía y tenía una canción en castellano que había llevado a las Filipinas un misionero vasco. Cumplió su promesa de mandármela cuando regresara a su

(167) El *Domine non sum dignus* y el *Ave María* de Vitoria, que conozco desde entonces, han sido casualmente interpretados en un concierto, en julio de 2006, en la Petrus-Kirche de Tübinga por la coral «Pequeños cantores de Valencia».

(168) Ver § 33.

patria (169). Es la canción «Ya se pone el sol», que no he vuelto a encontrar en ninguna antología, y que el Internet desconoce, para cuatro voces de hombres. Es una adaptación –y no es la única que existe– de la canción en euskera *Illunabarra*. La armonización es la que interpreta en un CD reciente la coral *Bihotzez* de Guétharie, atribuyéndola a Ignacio Mocoroa. El gran especialista y conocedor de la música vasca, José Luis Ansorena, asigna a la melodía de esta canción origen suizo, sin precisar la fuente (170). En *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae* (171), aprovechando esa canción, hago alguna observación sobre el plagio en la música.

También a los museos solíamos ir en Roma, siempre y cuando fueran gratis para nosotros, como el Vaticano, y no hubiera figuras femeninas desnudas o que mostraran algún seno desvelado que pudiera desvelar o «inducere in temptationem» a los jóvenes juniore.

20.3. A Ostia nos acompañaba el profesor de latín y griego, que había sido nuestro Padre de Novicios, el Dr. Leo Haberstroh, a familiarizarnos con las ruinas y mosaicos (172), en los meses desapacibles para los bañistas y sobre todo para las bañistas, que se mantenían lejos del mar, y fuera del alcance de nuestros ojos, aunque nos acercáramos, empapados de cultura antigua, a disfrutar de la brisa de la playa. Al profesor de historia y de arte, Sergio Domenighini, le competían las excursiones a las tumbas etruscas de las cercanías, que despertaron mi interés por aquella civilización, a la que mucho más tarde dediqué algún bosquejo etimológico (173).

20.4. Nuestra formación política fue sumamente deficiente, o mejor dicho, nula. No teníamos acceso a ningún periódico ni revista actual de ninguna clase, salvo alguna publicación de la SVD, ni a otros medios de comunicación. A mediodía o a la noche, si *L'Osservatore Romano* traía alguna noticia que, a juicio del Padre de Novicios o del Rector, merecía nuestra atención, ellos mismos nos la leían, después de bendecir la mesa, y antes de la lectura

(169) Era el P. Amancio. Acabo de enterarme en Roma de la triste noticia de que viajaba en un avión que cayó al mar en Filipinas hace varios años. Sólo apareció su *Breviario Romano* en latín.

(170) José Luis Ansorena Miranda, «Procedencia de algunas melodías populares vascas», <http://www.txistulari.com/teknika/procedencia.htm>. «*Illunabarra*, canción orfeónica, cuya armonización se atribuye a Raimundo Sarriegui. Tiene como base una melodía popular suiza».

(171) Mi artículo es «Un proyecto de traducción en cierge y una transmigración melódica», pp. 1567-1576 de *Symbolae*, Ed. José Luis Melena, Vitoria 1985.

(172) ΠΡΟΚΛΟC ΕΠΙΟΙΗCΕΝ «Proklos lo ha hecho», figura clarísimamente en un mosaico de Ostia que traté –en relación con el mosaico ibérico de Caminreal «likinete egiar usekerteku» y con el de Andelos «likine abuloraune ekien bilbiliars»– en mi aporte «Miscelánea hispánica», p. 504, publicado en: *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania Prerromana, Actas del VII Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas, Zaragoza 12 a 15 de marzo de 1997*, edd. F. Villar y F. Beltrán, Salamanca 1999, 499-534.

(173) «A propósito del hápax etrusco *Patara* y su posible reflejo en latín», en: *Emerita* 47, 1979, 395-412. «Sobre el etrusco *thafna* y el vasco *aska*», en: *FLV* 25, 1977, 9-27.

—en la que solíamos turnarnos— de la Biblia en latín, o de la vida de algún santo, o de algún otro libro edificante. A través de ese canal informativo nos enteramos de la muerte de Stalin, por el que rezamos un responso; y de la insurrección húngara de 1956, que también acompañamos con nuestra oración, por las víctimas y por los invasores (174). También nos enteramos de la excomunión lanzada por Pío XII contra quienes dieran su voto en las elecciones a candidatos comunistas (175).

De vez en cuando íbamos todos los de la clase a alguna conferencia del Padre Riccardo Lombardi, promotor del movimiento «Per un mondo migliore», que nos entusiasmaba y alucinaba con su retórica. Creo que fue en uno de esos mítines donde escuché una crítica aplastante de un refresco que estaba conquistando y ha conquistado a pasos de gigante el mundo, de «esa agua sucia, con azúcar, colorantes y gas», que yo no había probado todavía, y de la que nunca he sido adepto. Las conferencias y sermones del Padre Garrigou-Lagrange entraban también dentro de nuestro reducidísimo y parcialísimo menú político.

20.4.1. Mi primer lectorado. *Nuestra meta ideal en el Colegio era, siguiendo el Evangelio de San Juan 8, 23, intentar no ser de este mundo, aunque tuviéramos que morar en él. ¿Para qué pues cargarse de lastre, de noticias sobre el mundo? Mi única lectura de actualidad, de niño y de joven, hasta los veintitantos años, fue el Diario de Navarra, que recibía un vecino, y de vez en cuando El Pensamiento Navarro, que le llegaba a mi tío L.*

De esas lecturas sólo recuerdo de mi niñez, además de noticias futbolísticas sobre Zarra, Basora, Gainza, alguna información «política» relacionada con la Segunda Guerra Mundial. Junto a nuestra casa vivía con su numerosa familia el señor P. A., un labrador cuya hacienda era suficiente para mantener dos yuntas de bueyes, conocido por su brío y genio. Solía contar historias, y a los niños nos gustaba escucharle junto al fogón en las tardes de invierno, asando castañas, aunque a veces nos quitaba el sueño con alguna historia horripilante, como la de un ahorcado —que no sé si tendría algo que ver con una del mismo tema que cuenta, si no me equivoco, Pío Baroja— en la que el narrador intercala, con la gesticulación correspondiente, a fuer de estribillo, y con voz de ultratumba, «Toribio saca la lengua, Toribio la va a sacar». Y para terminar: «Toribio ya la sacó».

(174) Creía recordar que en uno de esos conciertos se conmemoró ese acontecimiento con la *Marcha fúnebre* de Chopin; pero difícilmente será así, pues la masacre fue a principios de noviembre, y esos conciertos gratuitos solían ser en verano.

(175) Gracias a nuestro profesor de historia y de arte, Sergio Domenighini, pudimos disfrutar de la película *Don Camillo e l'Onorevole Peppone* y ver *Lo spretato*, ambas con la correspondiente introducción preparatoria.

Debía de tener el señor P. poca pericia leyendo, o le faltaban las gafas adecuadas para la lectura. Sea por la razón que fuera, cuando llegaba el Diario de Navarra, me pedía que le leyese yo –aunque tenía un hijo de mi edad y amigo mío– todo lo referente a la «Guerra de Alemania». Como recompensa me solía dar su mujer, la solícita y sufrida señora C., de vez en cuando el almuerzo o la merienda. Parece que yo ya sabía leer entonces bastante bien, de donde deduzco que debía de tener al menos ocho o nueve años. Sabía leer mecánicamente, pero seguro que apenas si me enteraba de lo que leía. Él en cambio sí que se enteraba. Y le gustaba lo que decía el periódico. No puedo decir cuál era la línea del diario, pero creo que no se diferenciaba mucho de la del señor P., que era cien por cien germanófila, –hoy se valoraría con un adjetivo diferente– como la de casi todos los berriaineses, que se alimentaban del producto informador salido de la misma prensa. De vez en cuando traía el periódico una hoja extraordinaria, creo recordar que de color rosa, en la que se contaban las noticias de última hora, o las más sensacionales. «Pilotos nipones hundien dos buques de guerra estadounidenses». «Un cohete alemán V-1 estalla sobre Londres». «Alemania lanza un V-2 contra Inglaterra», «Aviones japoneses bombardean ...». Esos son algunos jirones que han anidado en mi memoria. Tales noticias lo llenaban de alegría al señor P. Y yo me regocijaba con él. Nos fiábamos de ese periódico, que no llevaba fama de tergiversar los hechos, prerrogativa ésta que se atribuía a otro noticiero, que había originado el dicho –no estoy en condiciones de valorar si con fundamento o sin él– «miente más que la Gaceta del Norte». A juzgar por el tenor de nuestra prensa, la victoria de Alemania y sus aliados Italia y Japón estaba a un paso, y era cuestión de un par de días. Por eso nos pilló completamente desprevenidos, como a las vírgenes del Evangelio el esposo, la noticia de la capitulación de Alemania. Una estimación de la situación tan falsa, tan equivocada, hasta el último día de guerra, sólo era concebible si se presentaba en la prensa una realidad completamente trastrocada, o si se cerraba los ojos ante la realidad. No era necesario que el periódico mintiese. Bastaba con que ignorase, ocultase o suprimiese parte de la información sobre los hechos; o bastaba con que el lector sobrevalorara una información, desvalorizando automáticamente, en un estructuralismo mental tendencioso, otra más relevante. Tengo la sospecha de que algo parecido debió de suceder con nosotros, por causa o por culpa de esas hojas extraordinarias, con noticias sensacionales de última hora, que solían inventar o realzar las hazañas de los alemanes y sus aliados, y que consumíamos con avidez.

Lo cierto es que, una mañana, estaba yo tranquilamente en la huerta de casa buscando nidos para saborear sus huevos, cuando mandó llamarme con impaciencia el señor P. Le había llegado el periódico con las

noticias del día anterior (176), y parece que barruntaba algo aciago. Fui corriendo, y le leí la primera noticia. Y corriendo me escapé, asustado de su reacción: Puñetazos en la mesa, patadas contra las paredes, trastos por el suelo, escupitajos, gritos, insultos, blasfemias. Solamente lo había visto tan furioso una vez, cuando se ensañó con la pértica, hasta que no pudo más de cansancio, contra un buey, uncido en pareja y amarrado al carro, que había hecho amago de graparle con los cuernos contra la pared.

Así terminó mi labor de lector, aquella mañana del nueve de mayo de 1945.

21. El *Collegio* de Roma era el centro de encuentros más importante para misioneros verbitas de todo el mundo, que venían a descansar unos días, o a respirar la cultura romana, o a continuar sus estudios en la Gregoriana, o a entablar relaciones académicas o pastorales.



F. J. Oroz recordando tiempos pasados en el *Collegio* de Roma (Foto: Christa Guldi, noviembre de 2006).

(176) No teníamos a nuestro alcance ningún aparato de radio para informarnos antes. No se me ha olvidado el primer chiste que oí más tarde en la radio de otro vecino, con la que disfrutaba todo el barrio: –Me han dicho que te vas a casar pronto. –Sí, es cierto. –Me figuro que invitarás a mucha gente. –No, a nadie, ni siquiera a mis padres. –¿Y por qué no? –Porque ellos tampoco me invitaron a mí. –Pero si es que todavía no habías nacido. –Pues que se hubieran esperado.

Llegaban con frecuencia Padres que se habían especializado o estaban especializándose en diversos temas que rebasaban nuestro restringido mundo intelectual, y que contribuían a ampliarlo dándonos alguna charla. Así llegamos a conocer, en algunas conferencias de otros especialistas, la labor del etnólogo y lingüista P. Wilhelm Schmidt SVD (1868-1954), fundador del Instituto y de la revista *Anthropos*. Él mismo nos había mostrado un par de años antes en Estella, en una conferencia introductoria sobre las familias de lenguas, su faceta lingüística que más tarde he tenido oportunidad de ampliar con publicaciones suyas que tenemos en la biblioteca de nuestra Facultad (177).

El etnólogo Padre Martín Gusinde (1886-1969) nos informó en Roma sobre sus expediciones a la Tierra de Fuego y su larga convivencia con indios fueguinos. Y sobre alguna estratagema que tuvo que emplear para observar, no obstante su calidad de sacerdote, minuciosamente el rito de la iniciación a que fue invitado en la Tierra de Fuego. Hablando en Tubinga con Antonio Tovar sobre el *Catálogo de las lenguas de América del Sur*, con el *Suplemento* a ese *Catálogo* con material reunido por su mujer Consuelo Larrucea y publicado en Florencia en 1972 (178), constaté la alta estima que tenía de ese investigador verbita (179).

Creo que en estos contactos romanos con teólogos e investigadores de los cinco Continentes yace el germen de mi interés por coleccionar lenguas, que muchos años más tarde se concretaría en el libro *Carmen vasconicum plus D linguis*, para el que me han prestado excelentes servicios misioneros de varias Congregaciones, en especial los del Verbo Divino.

21.1. No dispuse ni dispusieron mis compañeros durante los años de Roma ni de una sola lira para hacernos alguna pequeña concesión a nuestro gusto. Tanto es así que yo salí de Italia sin conocer el dinero del país. Las necesidades «básicas» las regulaban los superiores del *Collegio*, o el Padre de Novicios. Si salíamos de excursión, llevábamos nuestro companaje, y en cada grupo había un tesorero encargado de cubrir nuestros pequeños gastos ocasionales, como el viaje en tranvía o en autobús si andábamos escasos de tiempo. Habíamos hecho profesión de los votos de pobreza, castidad y obediencia, y los observamos a rajatabla. «Se prohíbe a los nuestros el uso de cualquier peculio», rezaba una de las constituciones que aún podría citar de memoria en latín, y que corresponde al «Clericus in sociali vita non faciat tes-

(177) Especialmente *Die Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde*, Heidelberg (Kulturgeschichtliche Bibliothek, Reihe 1, 5).

(178) Se ha publicado una nueva edición refundida: *Catálogo de las lenguas de América del Sur: con clasificaciones, indicaciones tipológicas, bibliografía y mapas*, Antonio Tovar / Consuelo Larrucea de Tovar, Madrid 1984.

(179) En la biblioteca de nuestra Facultad de Filología Moderna he consultado su libro *Urmenschen im Feuerland: vom Forscher zum Stammesmitglied*, Berlín 1946.

tamentum nec habeat proprium». Durante esos años sentí que hay valores muy superiores a los materiales, y que, como cantaba Horacio, uno de mis poetas preferidos, generosamente obsequiado y mimado por Mecenas, no sin cierta ironía: «vivitur parvo bene».

22. A los años de Italia siguieron varios meses de vacaciones en España, que aproveché para realizar con dos compañeros, uno de Villatuerta, P. V., y otro de Grocin, J. L., una gira cultural por gran parte de la Península Ibérica. Entonces visité por primera vez Gernika. Para los viajes en tren teníamos, gracias a un concordato, el «billete de obediencia» de segunda gratuito; para alojamiento y manutención, —provistos del certificado correspondiente— disfrutábamos de las ventajas de las relaciones entre nuestra comunidad y otras comunidades religiosas. En Zaragoza nos hospedamos en un Convento de monjas, que tenían el papagayo más mariano e inteligente que uno se pueda imaginar, que era capaz de recitar con deje maño las oraciones más conocidas a la Virgen, comenzando por «Bendita sea la hora en que nuestra Señora del Pilar vino en carne mortal a Zaragoza», siguiendo con el *Ave María* y la *Salve* y concluyendo con una larga lista de invocaciones de las letanías lauretanas. Sería lástima si no ha dejado descendencia ese loro para heredar su inteligencia, pero esa cuestión me figuro que no habrá interesado demasiado a las monjitas del Convento, donde alguna habrá seguido aplicando sus dotes pedagógicas para educar a algún periquito en tan piadoso ejercicio.

22.1. Fueron unas intensas semanas turísticas, en las que tratamos de conjugar el *otium* con la cultura. El fruto sacado desde el punto de vista histórico o cultural fue exiguo, pues no habíamos preparado la gira debidamente ni disponíamos del material informativo adecuado.

Tras ese intermedio, en otoño de 1957 pasamos a la Escuela Superior de Teología de Sankt Augustin, a pocos kms. de Bonn: de la luz, a las tinieblas; del sol, a la sombra, a la neblina. Esa era la impresión que sentí en aquel triste, nuboso y deprimente otoño. Yo añoraba profundamente el sol latino que había disfrutado hasta entonces, y echaba en falta la cercanía de uno de mis compañeros preferidos de conversación que se había orientado en otra dirección. Asistía a las clases de filosofía en latín con el Padre B., y cumplía mis deberes, pero sin la concentración y el entusiasmo de antes. Entré en una crisis de desequilibrio y desorientación que me atenazaba y que me obligó a guardar cama. El enfermero del Seminario, para que superase mi bajo estado de ánimo, me recetó unas pastillas de vitamina E, que se llamaban «tocopherolacet» o algo por el estilo; y me sometió a baños de agua fría a la Kneipp, para fortalecer el sistema inmunológico, que no produjeron el efecto deseado sino otros efectos secundarios no previstos ni oportunos. Busqué vanamente remedio en la música, desahogándome en uno de los varios armonios que había en el ático, y componiendo canciones religiosas. Todavía conservo un *Tantum ergo* y un disonante y lacrimoso esbozo de *Ave maris stella* de aquella

época. Y reflexioné, y me dije: «In vacuum laboravi, sine causa et vane fortitudinem meam consumpsi» (180).

22.2. Intenté salir de la crisis saliendo del Seminario, primero por tres meses de prueba. Cambié la sotana por un traje azul marino con rayas claras muy finas, camisa blanca, corbata azul y grana, calcetines grises y zapatos negros. Todo mi haber lo llevaba en un maletín: cosas de aseo, una muda de ropa interior, mis calificaciones, el *Liber usualis*, el Nuevo Testamento en latín y griego, un par de mis libros preferidos de autores latinos (181), *I promessi sposi* de Manzoni, la edición de la B.A.C. de Fray Luis de León, algunos clásicos de la edición «Ebro», mi último libro de matemáticas; varias direcciones de compañeros alemanes de estudio y de otros colegios de la SVD, y un mapa de carreteras de Alemania. El Rector de la Escuela Superior de Teología me despidió con una solemne bendición, y me obsequió generosamente con 10 DM. Era todo mi caudal. Los guardé como oro en paño. Me lancé a la carretera a la buena de Dios, a hacer autostop, falto de otros recursos.

22.2.1. En esa situación me di cuenta de que los dos lustros pasados en el Colegio me habían alejado totalmente de la realidad, dejando en mí un sello indeleble, evidente para cualquiera que me encontrara por primera vez y sobre todo para quienes me conocían de antes. Más de uno se habrá preguntado: *Unde domo homo is?* Y pensado: *¡Quién te ha visto y quién te ve!* El tío Marcelino, de Noáin, resumió un día el cambio profundo en esta frase sincera: «Pachi, parece que los frailes te han capau».

23. Pasé después de saltar la tapia unos días en la magnánima familia de Joachim Kluczka, excelente compañero de estudios, cerca de Osnabrück, en Melle, donde su padre era profesor de Instituto de Matemáticas y de Física. Me tomó un día el pelo este respetable señor, afirmando muy serio que los romanos habían fundado esa ciudad. Expresé mis dudas, y me contestó que incluso la habían puesto como dechado de dulzura: *Melle dulcius*. El abuelo por parte materna, un venerable anciano que había huído de la Alemania comunista y que vivía con ellos, duplicó generosamente mi caudal cuando me despedí. Ya tenía yo 20 marcos. «Los suficientes para la puerta y las ventanas de una casa», comentó con sorna mi hermano carpintero.

23.1. Tras andar a la deriva varios días, amanecí una mañana lluviosa en Münster, donde me había enterado que vivía una familia muy relacionada con España. Llamé a la puerta de la Staufenstrasse 44. La señora estaba preparando la comida. Me invitó a que pasara a la cocina y a que me quedara a comer con ellos. A mediodía aparecieron cuatro de sus hijos y el padre, Franz Lotze, que era catedrático de Geología y solía pasar muchos meses de investigación en el Norte de España. Una hija había nacido en Bilbao. Me preguntó

(180) *Isaias*, 49, 4.

(181) Las *Odas* de Horacio, las *Poesías* de Tibulo, los *Oficios* de Cicerón.

el profesor que de dónde era. Le dije que de Navarra. Insistió, y contesté que de la Cuenca de Pamplona. No cejó, y nombré a Beriáin. «Sí, respondió. A un kilómetro de la carretera de Zaragoza (182), a dos de Salinas, a tres de Imarcoain, a uno y medio de Subiza...». Conocía exactamente la ubicación de Beriáin, pues había hecho el mapa geológico de esa zona. Más aún, me dijo que había estado antes de la Guerra Civil haciendo sondeos en Beriáin, y que pasó dos noches en la primera casa subiendo al pueblo, a la izquierda, donde estaba la panadería. Resultó que era la casa de mi madrina, la tía Catalina (183). La señora Lotze, madre de siete hijos, debió de percatarse enseguida de mi situación crítica, y me invitó a que me alojara en su casa. El señor Lotze comentó: «Yo me alojé en casa de su madrina, ahora usted se aloja en la nuestra». En ese momento iniciaba la amistad más larga y sólida de las muchas de que he disfrutado y sigo disfrutando en Alemania.

23.2. El fatídico día 11 de marzo de 2004, la antorcha vital de mi principal bienhechora alemana, Maria Lotze, se apagaba plácidamente cerca de Münster, tras haber difundido durante 102 años luz y calor. Ella me acogió en su casa como a un hijo (184), ella se encargó de hacer los trámites para que reconociesen mis estudios de bachillerato, ella tradujo y su marido certificó las traducciones de las calificaciones y las recomendaciones de mis profesores de instituto, ella me consiguió un puesto de trabajo para estudiantes en una sucursal de un banco alemán, para ordenar fichas de clientes. Era el primer dinero que ganaba en mi vida: 250 DM al mes. Además, me puso en contacto con la parroquia de Sankt Michael, en el barrio Münsterano de Gievenbeck (185), donde los fines de semana tocaba el órgano en las funciones, engrasando mi caudal.

23.3. Con el dinero ganado durante las vacaciones y de organista, me mantuve a flote durante el primer semestre. Me habían permitido matricular-

(182) Es la N-121. De niños solíamos aprovecharnos de esta carretera, la única asfaltada alrededor del pueblo, para reforzar las alpargatas: Embadurnábamos bien la suela de esparto en algún bache con brea derretida, y luego pisábamos en la grava menuda de la orilla. Con ese procedimiento se multiplicaba la vida de las alpargatas.

Una diversión nuestra era bajar a la carretera y adivinar por el ruido la marca de los poquísimos vehículos que pasaban y que se oían desde lejos. Y en otoño, cosechar las nueces de los abundantes nogales que bordeaban la carretera.

(183) La tía Sofía me ha confirmado que recordaba, en efecto, que cuando ella era muy joven, unos alemanes habían estado de posada varios días en su casa.

(184) Cuando volví a Münster, tras acompañar en las últimas horas y enterrar a mi madre en 1960, me acogió con estas palabras: «Francisco, yo soy tu madre alemana». El dinero que me había prestado para que pudiera comprar el billete del tren e ir a Beriáin, jamás me lo aceptó.

(185) En Gievenbeck viví dos semestres en casa de los labradores Josef y Maria R., que me conocieron de organista. Por 20 marcos al mes me alquilaron un cuarto sencillo, sin agua corriente y sin váter, pero con pozo y con cuadra. Me servían todas las mañanas medio litro de leche de sus vacas (y después del parto, *culestro*); y el fin de semana, abundante comida de su huerta y de su establo. En invierno me visitaban de noche dos pequeños reedores que se avezaron a mis copos de avena y que me obligaron a guardarlos en una lata.

me para Medicina a la espera del dictamen oficial sobre la validez de mi título de bachiller. Fue negativo para el estudio de esa asignatura, por no estar enfocados mis cursos de bachillerato hacia la física, química y biología; pero me permitían el estudio de Filosofía y Letras, a condición de que durante el semestre de verano de 1960 me sometiese a un examen de bachillerato para alumnos externos (*Nichtschülerreifepriifung*) y lo aprobase.

Para sacar el dinero necesario para vivir trabajé cuando llegaron los meses intersemestrales en un oficio más duro pero mejor remunerado y que me era familiar de la niñez, de peón de albañil. En Münster ayudé en la construcción de una taberna, «Zum Pumpnickel», y en la de una casa para un comerciante de carbón y de gasóleo en Handorf, a orillas del río Verse. El capataz de esta obra me encontró voluntarioso y los sábados me llevaba de peón particular, pagándome 50 marcos por jornada. No sé si yo era consciente de que estaba obrando al margen de la ley, de trabajador clandestino, en la economía sumergida. De todos modos, aunque me hubieran venido escrúpulos, me los habría solucionado el refranero con el anónimo: *primum vivere* (o *primo panem*), *deinde philosophari* (186), atribuido al longevo T. Hobbes (1588-1679).

24. La primavera de 1960 la dediqué a preparar concienzudamente los exámenes de bachillerato que tenía que rendir. Por medio de un amigo que estudiaba Filología Románica, G. B., que vivía en el pueblecito de Baal, no lejos de Erkelenz, me enteré de que allí cerca andaban buscando un organista que tocara los días de labor en misa, y los festivos en dos misas y en la función de la tarde. Un trabajo que podía combinar óptimamente con la preparación del examen. Me presenté, me senté al órgano, y me tomaron. Y no eran tacaños. Fue la solución ideal para mí.

Los padres de ese amigo, con el que sigo en contacto, me acogieron en su casa y me pusieron a disposición una especie de *Guzzi* para superar los pocos kilómetros que distaba el órgano.

24.1. Mi vida, pendiente de un hilo: *Para corresponder en cierta manera a la generosidad de la familia, solía ayudar a veces al padre, que era carpintero, a realizar algún trabajo. Estaba yo un día haciendo un hoyo con el pico y la pala para sujetar un poste, y noté que el pico encontraba resistencia y sacaba chispas. Pensé que sería una piedra, y piqué un poco más aparte para poder sacarla. Me extrañó encontrar una piedra tan ancha en terreno más bien arcilloso. Miré con atención la huella dejada por el pico, y me alejé corriendo: no era una losa de piedra,*

(186) Se ha prestado a muchas remodelaciones ese dicho, que algunos quieren hacer remontar nada menos que hasta Aristóteles: *Primum edere...*, *Primum manducare...* y el jocoso *Primum bibere...* que documenta el fenómeno del betacismo en el trillado *Felices hispani quibus vivere est bibere*.

sino un objeto de metal. Resultó ser un «Blindgänger», una bomba de la Segunda Guerra Mundial que no había estallado, un artefacto de los que tantos accidentes y desalojamientos han producido y siguen produciendo todavía. El dueño del solar no se alegró en absoluto del hallazgo; interrumpió la labor que estaba realizando, y me rogó que mantuviese en secreto el asunto. Sus motivos habrá tenido. Con la ayuda de algunos amigos bomberos se las apañó para deshacerse de la bomba desapercibidamente, sin levantar revuelo. Yo le encendí en la iglesia al ir a tocar el órgano una vela a mi ángel de la guarda, que tal vez me había preservado de volar por los aires y de aparecer en la flor de la edad en los periódicos (187).

24.2. En mayo de ese mismo año fui a Colonia, a una dirección que me habían mandado del Albertus-Magnus-Gymnasium de esa ciudad, para hacer los exámenes de bachillerato. Al tomar la decisión de someterme a ese examen en Alemania, desoía la voz y desobedecía por primera vez los consejos de mi profesor de latín y de griego de Roma, y del P. Gaspar: «Io La sconsiglierei di fare l'esame in Germania; è troppo difficile». Era la de Colonia una familia amabilísima, con un hijo que estaba estudiando Filosofía. Conversamos bastante, también sobre filósofos españoles, con ventaja de su parte. Recuerdo que definió a Ortega y Gasset como un «*großartiger Pfuscher*», como «un chapucero genial». De Unamuno había leído *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo*, obras que para mí habían figurado en el Colegio en el índice de libros prohibidos.

24.2.1. De los exámenes escritos que hice sólo recuerdo el de castellano. Me pidieron que expusiera extensamente durante tres horas cuál era mi libro favorito en esa lengua. Escogí el Cantar de Mío Cid, que habíamos tratado detenidamente en Roma, y que me ha acompañado fielmente hasta la jubilación, en la edición comentada de Ramón Menéndez Pidal, para los cursos de español antiguo. El examen oral de castellano se ha borrado totalmente de mi memoria.

El de italiano comenzó con un texto de la *Divina Commedia*. El examen se desarrolló con la presencia de tres profesores, en la lengua de la materia, con gran fluidez, pues había practicado y reactivado durante las últimas semanas intensamente esa lengua con un estudiante de medicina de Milán, que había conocido en una excursión del *Collegium Marianum* de Münster, y que me había llamado la atención cantando *Marina* (188) casi como un cantor profesional.

(187) El 23 de octubre de 2006, cuando estaban realizando trabajos con una fresadora en el tramo de la autopista A3, junto a la ciudad de Aschaffenburg, no lejos de Frankfurt, ha explotado una bomba inglesa de la Segunda Guerra mundial. Balance: Un muerto, varios heridos, y destrozos en coches y en casas cercanas.

(188) Estaba de moda entonces. Aún recuerdo la melodía, y el texto: *Mi sono innamorato di Marina, una ragazza mora, ma carina.*

Luego me dieron un texto de Tito Livio para preparar, durante 20 minutos, el siguiente examen. La traducción del latín al alemán no me resultaba fácil. Por necesidad, y no por hacer alarde, comencé en el examen a disculparme en el latín macarrónico eclesiástico, que en el *Collegio* de Roma había sido nuestra lengua franca, y a parafrasear el texto de Livio. Uno de los profesores, para los que el latín era sólo una lengua muerta, balbuceó amablemente: *Bene locutus es*. Le prometí que le mandaría un pequeño diccionario latino-italiano con términos modernos que habíamos compilado para nuestro uso en Roma, y en cuya elaboración había tenido yo parte activa, y que lleva el lema *Floreat lingua latina nostris diebus*. Ahí encontramos *birota* «bicicleta», *autotataria raeda* «coche», *pyroballus atomicus*, «bomba atómica», *igniferis missilibus verberare* «ametrallar», *subligaculum* «calzoncillos», *tubulata pasta lycopersici liquamine condita*, «macarrones con salsa de tomate», *antenna radiophonica* y muchísimas otras palabras de la vida cotidiana moderna. Una de nuestras fuentes era el *Lexicon eorum verborum quae difficilium Latine redduntur*, de Antonius Bacci. Otra, nuestro profesor de lenguas clásicas, Leo Haberstroh (189).

24.3. Intermezzo erótico: *Al examen de latín siguió, de una a tres, una pausa de refocilación y relajamiento. El Albertus-Magnus-Gymnasium quedó vacío. Con la cartera bajo el brazo, salí yo en busca de una taberna sencilla, de una tasca, con la intención de tomar una caña de cerveza rubia o un vaso de agua mineral, para acompañar al rico companaje que me había preparado la familia donde estaba hospedado para la refección del mediodía. No lejos del Colegio entré en una calle que no daba la impresión de ser de las más elegantes ni caras de la ciudad. Iba yo, como Horacio por la Vía Sacra, distraído, pensando en mi niñez.*

Y me acordé de una pregunta, relacionada con la ciudad que me acogía, que solía hacer el párroco don Odón Sagüés en la doctrina: si era válido el bautizo con AGUA DE COLONIA. Nuestra respuesta la primera vez fue negativa, –hasta que conocimos la trampa– pues el perfume nos era familiar, pero no la ciudad que le había prestado el nombre. Y el cura le daba un suave golpe con el bonete en la cabeza al que había contestado mal, corrigiendo y precisando que sí era válido, pues Colonia era una ciudad alemana muy importante, con uno de los ríos más largos y caudalosos de Europa, con agua suficiente para bautizar a millones de personas.

(189) El latín nos servía para entendernos en el ambiente plurilingüístico de nuestro *Collegio* y de otras Comunidades, con académicos de muchos países, que habían hecho el bachillerato humanístico, como nosotros. Hay que reconocer que en nuestro *diccionario latino-italiano* figuran también términos de muy poca frecuencia en la práctica; pues nadie de nosotros iría a un restaurante a encargarle en latín al camarero un plato de macarrones en salsa; ni a una mercería, a pedirle a la vendedora un *subligaculum album*.

Me vino a la mente otra pregunta maliciosa del cura: –¿Qué hemos dicho ahora?– a la que, a veces, automáticamente, sin reflexionar, seguía la respuesta: –Las ocho bienaventuranzas–, tal como habíamos aprendido en el catecismo del P. Astete. Si no era justa la respuesta por haber precedido un tema diferente, seguía otro cariñoso golpecito con el bonete: «Antes de contestar, reflexiona, borrico».

Pero una vez la cosa fue más seria, y el joven B., que tenía y tiene cuatro años más que yo, recibió un fuerte cañazo por haber confundido dos palabras. Para entender la respuesta, y la reacción del cura, conviene explicar la situación: Solíamos ir de niños a menudo a confesar y a comulgar. Para que no se nos olvidase ningún pecado en la confesión, nos servía de orientación una lista de preguntas del catecismo (190) –que recuerda el quis quid ubi quibus auxiliis cur quomodo quando de la retórica medieval– que aprendíamos de memoria.

Para el ubi, o sea para el por dónde he andado, se nos recomendaba recorrer con la mente «los lugares y parajes» que habíamos frecuentado. Paraje era una palabra que no pertenecía a nuestro léxico infantil. Decíamos lugar o sitio; y en algún compuesto –tegui, como en malcartegui, lugar donde se almacena la paja de los menunciales o legumbres. Y aquí tropezó el pobre B., con una metátesis involuntaria: «Recordar los lugares y pajares por donde hemos andado». Y al cura se le escapó apresuradamente la caña de la doctrina. El pajar era un lugar acogedor, de temperatura agradable también en invierno, donde solíamos escondernos y jugar los niños, sobre todo si hacía mal tiempo, y donde solíamos poner una zámbara o columpio con dos sogas largas para mecernos y balancearnos a gran altura, sin miedo a rompernos ningún hueso si nos caíamos del columpio o saltábamos sobre la paja. Y un lugar lleno de peligros, según el cura, donde había prohibido terminantemente que jugaran juntos chicos y chicas (191).

(190) Además de una serie de preguntas y respuestas sobre lo prohibido en cada uno de los mandamientos. Por ejemplo en el sexto se pregunta (cito de memoria) si peca «el que consigo mismo o con otros tenga tocamientos impuros o acciones deshonestas, aunque no los ponga ni desee poner por obra», con la correspondiente contestación, que comenzaba con la misma retahíla: «El que consigo mismo», etc.

(191) No es difícil figurarse las asociaciones del cura. Ya en francés antiguo se encuentra, entre los descendientes del latín *palea* «paja», *paillart*, *paillard* «fripón, vaurien», «qui couche sur la paille», que también significó «lujurioso, licencioso» (Dauzat, *Nouveau Dictionnaire étymologique et historique*, París 1964). De esta lengua el euskera ha tomado *paillarda* «meretriz», *paillardiza* «fornicación», según indica ya Azkue, *Diccionario vasco*, que documenta con citas de la Biblia de Leizarraga, de Mateo 21, 31, y 15, 19 respectivamente. En *Itun berria*, 1980, leemos en esos pasajes *emagalduek* y *lizunkeriak*. Para algún descarriado etimológicamente que quiera atar cabos que no existen: Estamos en el campo semántico de los cereales, muy alejado del caló *pajalar* «tocar obscenamente», que tiene algún descendiente lunfardo que viaja, confundido con un vástago de *palearium*, en un vehículo de fabricación japonesa, provocando la risa de algún malicioso. (Consúltese Corominas / Pascual, DCECH, bajo *paja*).

Completamente absorbido y cautivado por estos nostálgicos recuerdos, me había adentrado en la calle, en busca de la taberna donde apagar mi apetito. Una suave voz femenina me sacó de mis sueños: «Schatz, komm mal her!» Me llevé un sobresalto. Levanté los ojos y ví en la ventana de la planta baja a una rubia, luciendo sus encantos, dos pechos orondos y redondos, ligeramente disimulados por las puntas rizadas de su larga cabellera. Miré al lado opuesto, y se me ofreció otro cuadro parecido, a la Rubens. Y más arriba, lo mismo. Me sentí azorado, pensé en Daniele de Volterra, tracé con la diestra un garabato como santiguándome a hurtadillas para ahuyentar a los malos espíritus y pensamientos, bajé la vista, y apresuré el paso, aunque sin echar a correr, intentando mantener la compostura. Me sentía molesto, incómodo, a disgusto, como si me hubiesen pillado en una mala acción, con las manos en la masa. Tenía la sensación de desazón que debe de sentir un pulpo en un garaje.

Para las damas de Venus debió de ser mi fuga una escena extraña y divertida, que me recordó otra semejante de hacía varios años, de la que fuimos anfitriones en Roma tres seminaristas despistados, que nos habíamos metido, vestidos de sotana, con cappello saturno e ferraiouolo neri, por una vía pericolosa, por una calle que no era recomendable para seminaristas, apestada de gatos de cuatro patas, que se desperezaban al sol, (y de gatas de dos) cerca de la basílica paleocristiana de Santa Balbina, a un tiro de piedra de las Termas de Caracalla.

24.3.1. *Lectio difficilior*: En la primera redacción de la línea que precede figuraba la basílica de *Santa Sabina* como escenario de nuestro despiste y encuentro involuntario con las damas venéreas. Esta era la versión que revoloteaba en mi memoria al tratar de reconstruir, después de cincuenta años, aquel episodio. Me quedaba con todo una pequeña duda que he querido solventar. He visitado ahora, en la mañana no soleada del 1º de noviembre de 2006, ambas basílicas y las zonas que las rodean; y he oído además la opinión de J. A., compañero de liceo de aquellos años, que vive en Roma, quien recuerda que el llamado familiarmente «camino de los enamorados» estaba cerca de la basílica de *Santa Balbina*.

Estamos pues ante dos versiones, *Sabina* y *Balbina*. Adelanto que la visita a esos lugares, la inspección del *locus delicti*, no contribuyó en absoluto a dirimir la duda, tal vez porque ni la hora intempestiva ni el tiempo lluvioso no invitaba ni a gatos ni a gatas a salir a tenderse al sol o exponer sus atractivos al público. Sólo se veían cuatro turistas con sus digitales y sus paraguas. Nos queda por tanto, como elemento decisivo, la interpretación basada en el análisis de los argumentos en favor o en contra de una o de otra versión. Aplicando por libre analogía términos de la crítica textual, tenemos que decidirnos entre una *lectio faciliior* y una *difficilior*.

Santa Sabina es la iglesia más antigua del Aventino, una basílica de tres naves, construída en el siglo V, que ha conservado a grandes rasgos su forma original, no obstante los numerosos toques y retoques de que ha sido objeto. La visita y el estudio de este edificio, sito cerca del Tíber en una zona preñada de monumentos dignos de consideración y con una hermosa vista del noroeste de Roma, formaban parte de nuestras clases de historia del arte. Esta basílica quedó impresa con claridad en mi recuerdo. Y con ella, su nombre.

Un nombre que encuentra apoyo en otro similar, que no tiene nada que ver etimológicamente con él, pero que dejó una profunda huella en mi mente, por ser el de una iglesia que jugó un importante papel en mi vida de Roma: *La basilica di San Saba*, cuyos orígenes remontan hasta el papa San Gregorio I Magno (540-604). Esta era nuestra parroquia, a donde solíamos acudir cuando había algún acontecimiento especial: alguna primicia, alguna conferencia, alguna película apta para seminaristas, alguna audiencia. De éstas recuerdo una, nada menos que de Pío XII –probablemente con motivo de algún comicio y con la intención de res-tar votos a los comunistas– en la que pude tocarle saltando la mano izquierda con mi derecha. ¡Qué tiempos aquellos!

También *Santa Balbina*, basílica menor de la época de San Gregorio Magno, –que en su origen parece que fue una noble residencia– situada en el «Piccolo Aventino», entraba dentro de nuestras giras por la Roma cristiana antigua. Pero en mi memoria ha calado menos, y sólo después de mi visita actual ha adquirido de nuevo contornos concretos. (He consultado para estos párrafos Giovanni Paolo Tesei, *Le chiese di Roma*, Roma 1986).

Resumiendo: Sí, *Santa Sabina* es la versión más cercana a mi recuerdo después de tantos años, la espontánea, la más natural, la más fácil; *Santa Balbina*, en cambio, es la más lejana, la más nebulosa, la *lectio difficilior* que, considerando las circunstancias y la situación, y valorando debidamente el testimonio claro y explícito de un compañero mío más vinculado que yo a esas zonas romanas, ha de ser la versión preferible.

24.3.2. *El companaje lo comí en Colonia ese mediodía en un parque, sentado en un banco, a solas y a secas, sin compañía, y sin agua ni cerveza, nescio quid meditans nugarum, totus in illis (192). Mi fantasía voló hacia una clase de latín, evocando los apuros que pasó en el Collegio de Roma nuestro piadoso profesor de lenguas clásicas y antes severo maestro de novicios, fallecido en 1980 in odorem sanctitatis, para interpretarnos una escena del principio de Sobre la naturaleza de las cosas, en la que Lucrecio pinta a Venus apasionadamente amalgamada (cor-*

(192) Horacio, *Sermones*, 1, 9, 2.

pore sancto circumfusa super) *con Marte, el dios de las armas, vencido por la eterna herida del amor, aeterno devictus vulnere amoris* (193).

Antes de que sonasen las tres, estaba yo esperando impaciente a la entrada del Albertus-Magnus-Gymnasium a que llegaran los profesores para el próximo examen.

24.4. Salió bordado todo el examen de bachillerato. El 28 de mayo de 1960 me llegaba la notificación escrita del Departamento de Cultura de la Presidencia de Gobierno de Düsseldorf de que había aprobado los exámenes y de que con ello mi bachillerato de Roma era reconocido como equivalente al alemán. Tengo que reconocer agradecido que todas las autoridades implicadas, de Münster, de Colonia y de Düsseldorf, obraron según el espíritu de la ley, llenando de vida la letra muerta.

25. En esa fecha comenzaba en serio mi vida estudiantil. Ya tenía entonces casi 26 años, era pues una vocación tardía. Entré con buen pie y de la mano de Fortuna en la Universidad, pues el catedrático de Filología Románica, Heinrich Lausberg, se interesó por mí gracias a que yo conocía una palabra de un himno mariano que él estaba interpretando.

25.1. *Expers, la palabra mágica:* *Estaba yo un día en el Seminario de Filología Románica en el Domplatz 20-22 de Münster, hablando con un asistente de Lausberg, cuando sonó el teléfono. Era él, que deseaba información sobre el uso de expers. En el Seminario estaba el «Thesaurus Linguae Latinae» para informarse. Al asistente, J. G., parece que no le era familiar esa palabra, pues Lausberg tuvo que deletrearla. Yo conocía casualmente la primera estrofa de un himno gregoriano, bastante moderno, por cierto, en la que figuraba esa voz, y me puse a canturrear, a tararear discretamente el himno que se canta o cantaba en la liturgia de alguna fiesta de la Inmaculada Concepción: Omnis expertem maculae Mariam edocet summus fidei magister. Lausberg percibió y reconoció enseguida la música de fondo y preguntó con impaciencia que quién era el cantor. Expresó el deseo de que me personase en su próxima «Sprechstunde». Le resumí mi accidentado currículum, y constató que contenía aspectos que me acercaban a sus intereses filológicos. A los pocos días tenía el puesto de ayudante (wissenschaftliche Hilfskraft) en el Institutum Erasmianum (Institut für Handschriften- und Frühdruckforschung der Universität Münster) que él había fundado y del que era director. 210 DM mensuales me pagaban, según consta en el contrato que conservo, por unas horas de trabajo, estrechamente relacionado con mi estudio, en la biblioteca del Instituto. De esa ocupación nació mi interés por los manuscritos medievales que habían de ser objeto de análisis de mi tesina de Magister Artium y de mi tesis de doctorado.*

(193) Véase T. Lucreti Cari, *De rerum natura*, Liber primus, 31-40.

25.2. En el cuarto semestre conseguí, a propuesta y por recomendación de Lausberg, una generosa beca del *DAAD*, con el que sigo en contacto como ex alumno. Fue ese un hito muy importante, decisivo en mi formación académica, pues gracias a esa ayuda me fue posible ir formando una pequeña biblioteca, y continuar y llevar holgadamente a feliz término mis estudios. Acababan así mis penurias (194), y hasta estaba en condiciones de ayudar modestamente a mis padres a salir de su estrechez económica.

25.3. De succulentos bocados de oro pude disfrutar con un trabajo para un instituto demoscópico de gran renombre, el *Emnid Institut*. Habían llegado y seguían llegando en la década de los sesenta oleadas de trabajadores extranjeros, de «Fremdarbeiter», que ascendieron por decreto a «Gastarbeiter» o trabajadores invitados, a Alemania. Al *Emnid Institut* le encargaron un estudio relacionado con los hábitos y modo de vida de estos trabajadores. Para ello prepararon formularios con numerosas preguntas que venían al caso. Solicitaron mi colaboración para llevar a cabo encuestas con trabajadores italianos, españoles y portugueses. Los fines de semana salía de Münster con un viejo Mercedes para realizar las encuestas en las ciudades contiguas y en otras algo más lejanas. Así llegué a conocer varias ciudades de la Cuenca del Ruhr: Dortmund, Unna, Essen, Bochum, Duisburg y otras más. Al principio era un trabajo pesado, de poco rendimiento, porque me costaba mucho conseguir las direcciones de los trabajadores. Pero pronto cambié de táctica: me ponía en contacto con las o los asistentes sociales que, sin faltar a las leyes que todavía no existían o no se aplicaban, me facilitaban las direcciones o me invitaban a hacer las encuestas en los Centros correspondientes. El viernes y el sábado por la noche eran las horas ideales. Invitaba a los trabajadores a tomar una cerveza o a otra bebida y, en un rincón tranquilo rellenábamos los formularios. Fueron fines de semana de las vacas gordas. Además me servían para practicar las lenguas y para formarme una idea sobre el funcionamiento de los institutos que analizan aspectos del comportamiento social de los individuos.

26. En 1963 obtuve el grado de *Magister Artium* en Filología Española, Filología Francesa y Filología Latina, con la tesina *Observaciones sobre la lírica de Lanfranc Cigala*. Ya tenía una carrera terminada, y con ello la base para buscar un trabajo adecuado o para seguir estudiando. Lausberg me propuso para el doctorado el tema «La lírica religiosa en la literatura provenzal antigua», un tema para el que podrían servirme los años pasados entre literatura religiosa en el Colegio de la SVD. A partir del 1º de junio de 1966 comencé la elaboración de la tesis con el trabajo como colaborador científico en

(194) Ya no tenía que ir, como antes, todos los sábados, cinco minutos antes de que terminara el mercado de delante de la Catedral, en el Domplatz, a ver si quedaban bananas tocadas, a precios tirados de última hora, para abastecerme con pocos peniques de cuatro o cinco kilos para toda la semana, para mí y para dos amigos más necesitados que yo, el manchego Manolo R. y el mexicano Enrique P.

el Instituto de Sociología de Dortmund, en la sección dedicada a América Latina (COSAL), dirigida por el Dr. Hans-Albert Steger, donde me encargué de los contactos y de la correspondencia con sociólogos de países iberoamericanos, y de la redacción del Boletín Informativo COSAL. Pero ese interesante trabajo, gracias al cual llegué a conocer a importantes personalidades de la vida política e intelectual de América Latina (195), me absorbía y me dejaba poco tiempo para la tesis, y lo abandoné en octubre de 1967. Me concentré en la lírica occitana antigua, y el 13 de febrero de 1968 defendía en Münster la tesis, obteniendo el grado de Dr. Phil.

27. Después de pasar varias semanas en España con mi padre (mi madre había fallecido), entré en contacto con un Instituto de Dortmund, con el «Aufbaugymnasium der Stadt Dortmund», donde di algunas clases de castellano y querían contratarme para varias horas de enseñanza semanales, de Música, de Latín y de Castellano. En las vacaciones escolares acompañé del 27 de junio al 7 de julio de 1968 como intérprete a una profesora y un profesor de música de ese colegio al norte de Italia, con el fin de preparar un viaje de estudios para una de las clases superiores.

27.1. Era de rigor para nosotros la visita a la ciudad donde el genial inventor del tetragrama, Guido, probablemente había nacido hacia 992, Arezzo. Cuando estábamos delante de la catedral donde impartió clases de música allí por los años 1025, sonó de la torre una sola campanada. Comentamos que cuál sería la nota, y yo, haciendo con el dedo índice de la mano derecha de diapasón, como para oír el *la*, di mi opinión. El profesor de música sacó entonces de su bolsillo el diapasón, del que no se separaba ni para dormir, y constató que, efectivamente, era la nota que yo había indicado. Hablamos de oído absoluto, y unas horas más tarde me dijo: «Si usted me da el *la*, está invitado a cenar en el mejor restaurante de la ciudad». Y me gané una opípara cena.

Descubrí en ese viaje la cadena de los «Ristoranti del buon ricordo», que nada tiene o tenía que ver con las grandes empresas gastronómicas modernas, y que regalaban el plato en el que habían servido la comida. Según leo en Internet, hace dos años celebró el 40º aniversario de existencia. En el restaurante *I dodici apostoli*, sito, si la memoria no me engaña, en Venecia (196), saboreé una buena ración de calamares en su tinta.

28. En la primavera de 1968, con el doctorado en el bolsillo, había solicitado con la anuencia de Lausberg –que, según me enteré muchos años más tarde, había escrito una carta sobre mi persona y mi formación académica a Eugenio Coseriu– el puesto de lector de español que quedaba vacante en la Universidad de Tubinga. En la festividad de San Pedro, un día de un calor sofocante intensi-

(195) Valga un nombre por muchos: Guardo muy grato recuerdo de la familia cordobesa de Ernesto Garzón Valdés.

(196) La memoria me traiciona, pues hay que ubicarlo en Verona, según me informa un viejo amigo catedrático de esa ciudad, G. B. Bucciol.



Torre de Hölderlin de Tübinga (Foto: Gabriela I. Oroz, octubre de 1986).

ficado por el traje oscuro y la corbata, fue mi primer encuentro con el profesor rumano. Mantuvimos una conversación en castellano, en italiano y en latín. Su última pregunta, cuando ya nos habíamos despedido, fue si sabía de quién era la frase «Adelante, Pedro, con juicio». Y casualmente lo supe, pues *I promessi sposi* era una de mis lecturas de cabecera. A los tres meses comenzaba a dar en un curso de verano, *gratis et amore artis*, a modo de rodaje, clases de lengua y literatura española en la *Alte Aula*, situada como atalaya sobre el Neckar y la torre de Hölderlin. A partir de octubre comenzó a correr el contrato.

28.1. Pronto conocí al profesor Antonio Tovar, maestro y amigo singularísimo, que me animó a que me dedicase al estudio de la Hispanística Antigua. Asistí asiduamente a sus cursos de indoeuropeo y sobre lenguas prerromanas de la Península Ibérica, y a cultas y divertidas y frecuentes tertulias en su casita de Kilchberg, convertidas en sabrosos convivios por la mano mágica de la genial cocinera Consuelo Larrucea, que ha heredado a sus hijos un inagotable repertorio de las recetas que iba aprendiendo y elaborando en sus frecuentes y largos periplos (197).

28.2. Nos explicó don Antonio en clase la historia del desciframiento del signario ibérico, con la ayuda de epígrafes sobre monedas. El nombre antiguo de Calatayud, *Bilbilis*, se presta de manera ideal para comenzar a desenredar el ovillo. La leyenda monetar es bastante regular en sus rasgos:



Moneda de Bilbilis en letras ibéricas: bi.l.bi.l.i.s (Fuente: J. Untermann, *Monumenta linguarum hispanicarum*).

(197) Cf. los dos libros de cocina de Rosa Tovar Larrucea: 1) *Las claves de la cocina*, El País-Aguilar, Madrid 2002, con reflexiones sobre los recetarios, de Manuel Vázquez Montalbán. 2) *Arroces*, El País-Aguilar, Madrid 2003.

Si suponemos por analogía que el epígrafe representa el nombre de la ciudad, el último signo debería de ser una sibilante; el precedente correspondería a la *i*, que estaría representada en el penúltimo signo; el signo anterior estaría por la *l*, que en el epígrafe denotaba en efecto semejanza con el sonido lateral de otros alfabetos y que aparecía también como segundo signo. El primer signo sería la *b*, que es también el tercer signo. Pero ¿dónde estaba la *i* de la primera y la *i* de la segunda sílaba? ¿Se le habrán olvidado al cuidadoso grabador? ¿O estarán más bien incorporadas o absorbidas en el signo inicial, y en el tercero? Estaríamos en este caso ante un sistema escriturario con mezcla o combinación de silabario y de abecedario. De ser acertada esta interpretación, si para la sílaba *bi* había un signo solo, podríamos esperar lo mismo para *ba*, y para *be*, y para *bo*, etc. Y por analogía, para las dentales *da*, *de*, *di*, ... y para *ga*, *ge*, *gi*... Se tambalearían con ello los intentos de explicación de conocidos sabios germanos. Y la teoría de Gómez Moreno (198), que parte precisamente de la existencia de esa combinación de silabario y abecedario, los zarandó y los derrumbó definitivamente, no obstante los obstinados esfuerzos de algunos fieles alumnos, que juraban *in verba magistri*, por defender la hipótesis anterior de sus maestros.

28.2.1. En las clases de historia del euskera Tovar nos presentó los testimonios lingüísticos vascos más antiguos que asoman en las inscripciones latinas. Hacía referencia de vez en cuando a *El euskera y sus parientes*, y a otros trabajos suyos sobre el vasco. Nos explicaba la gramática analizando minuciosamente textos tomados de *Euskalerraren yakintza* de Azkue, de *Peru Abarka*, de la traducción de la parábola del hijo pródigo. Así comencé, llevado de su sabia mano, a penetrar en un enmarañado mundo filológico al que he dedicado numerosos estudios. Gracias a don Antonio se me abrieron además las puertas de varias revistas especializadas que aceptaban mis aportes.

28.2.2. Para rendir homenaje a los méritos del insigne vallisoletano, organiqué, eficazmente secundado por Johannes Kabatek, con una modesta ayuda económica de nuestra Universidad, un simposio en Tubinga en mayo de 1995: *Antonio Tovar in memoriam*. Participaron especialistas de algunos de los campos de investigación de Tovar. Asistió Consuelo Larrucea de Tovar y tres de sus hijos; y una nieta, Sofía Torallas Tovar, que demostró en una conferencia sobre manuscritos griegos de Salamanca que seguía de cerca y con competencia los pasos filológicos de su abuelo. Pasos que también había seguido Consuelo Tovar Larrucea que, excelente conocedora del funcionamiento de la Real Academia de la Lengua Española, nos expuso la labor de su padre en el diccionario académico, nuestro pan filológico de cada día.

El coro *Romania Cantat* inició la función interpretando el *Agur jaunak* a cuatro voces, que había armonizado para esa ocasión. Destaco los aportes que

(198) Véase el apartado «Desciframiento del ibérico» en Joaquín Gorrochategui, *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, pp. 85ss.

hicieron más mella en mi memoria: Eugenio Coseriu presentó aspectos de la vida y de la obra de Don Antonio en los años de Tubinga. Martín Ruipérez recordó la época salmantina de la familia Tovar; el aporte de Tovar a la filología latina fue objeto de la ponencia de Juan Gil; Henrike Knörr nos habló sobre la relación epistolar entre Mitxelena y Tovar; Hans Schwerteck discutió sobre los nombres vascos de parentesco en *-ba*; Jürgen Untermann y Jaime Siles interpretaron epígrafes ibéricos hallados recientemente; sobre hidronimia habló Manfred Faust; Joaquín Gorrochategui se encargó de esbozar los méritos de Tovar como indoeuropeísta; Wolf Dietrich y Emmerich Weißhaar nos presentaron temas relacionados con la lenguas americanas; Adolfo Murguía disertó sobre *La vida de Sócrates* que escribiera Tovar; Reinhold Kontzi nos dió una hora de «Iberische Landeskunde» desde la atalaya de un romanista enamorado de lo árabe... En una mesa redonda se discutieron algunas de las tesis presentadas, y otras ya conocidas pero no claramente definibles, entre ellas el zarandeado *egin* de inscripciones ibéricas y su posible relación con *egin* «hacer» en vasco.

El último día, para conmemorar la *Navicula Tubingensis. Studia in honorem Antonii Tovar* (199), Tübingen 1984, los más intrépidos recorrimos con espléndido sol y altas y raudas aguas, en «Stocherkahn», en una tradicional barca académica, hábilmente pilotada o vigilada, *contra vim atque impetum fluminis*, por el benjamín Santiago Tovar, gran parte del trayecto que surca el Neckar por Tubinga, mientras que los más prudentes o tímidos o cobardes nos acompañaban por la ribera, desde donde un latinista cínico nos advertía y amonestaba con el *O navis referent* y el *fortiter occupa portum* horaciano. Arribamos sin contratiempo alguno, y todos almorzamos alegremente en la isla del Neckar, que a tantos poetas y pintores, a tantos artistas ha inspirado, a los pies de Hölderlin y de la veneranda *Alte Aula*. A la noche tuvimos ocasión de hacer una excursión gastronómica por la Península Ibérica en el Consulado Español de Stuttgart, guiados por la generosa mano apiciana del cónsul, don José Cienfuegos, que nos dejó admirados con los platos más exquisitos de numerosas regiones españolas.

Fue ese simposio *A la memoria de Antonio Tovar* un succulento ramillete filológico y humano de muchos colores, ofrecido por discípulos, colegas y amigos al inolvidable maestro (200).

29. Antonio Tovar y Eugenio Coseriu me apadrinaron y me propusieron a la Facultad para la «Habilitation» (Tesis de docencia) con la que conseguí en

(199) El título *Navicula Tubingensis* para ese homenaje me lo sugirió el entrañable amigo Manfred Faust.

(200) Me permito citar la frase final del artículo «Antonio Tovar» que publicó Juan Gil en *Erytheia. Revista de estudios bizantinos y neogriegos*, 20, 1999, 9-18: «Tal fue Tovar, un gran sabio y al mismo tiempo un gran maestro. Nos dejó infinidad de libros, dejó asimismo infinidad de discípulos. Y gracias a ellos, a los unos y a los otros, sigue, aún hoy, vivo entre nosotros».

1981 la *venia legendi* y el grado de Profesor no numerario para Filología Románica, con especial consideración de la Filología Española. Cuatro especialistas elegidos por la Facultad se encargaron de ponderar los méritos de mis publicaciones y de emitir un juicio sobre su valor como aporte escrito para la obtención de la *venia*. Su dictamen, que fue aprobado por el claustro, fue positivo.

El último escollo que tenía que superar en ese largo proceso de «Habilitación» era el Coloquio con discusión ante toda la Facultad. De tres temas que propuse, el claustro eligió «Wilhelm von Humboldt und der Basko-Iberismus» (201). Antonio Tovar se tomó el tiempo y la molestia de leer críticamente el texto que yo quería presentar como base para la discusión, y de formular las preguntas y las respuestas que a él se le ocurrían (202). Me aconsejó que lanzase alguna idea atrevida y la dejase sin elaborar, para que alguien picase y formulase a raíz de ella alguna pregunta. Una fue que «los iberos habían *inventado* un sistema nuevo de escritura», tema sobre el que, en efecto, se discutió acaloradamente, brindándome la ocasión de exponer mis conocimientos del sistema escriturario ibérico. El decano, Hans Helmut Christmann, romanista muy diestro en la palestra académica, leyó el texto de mi conferencia y me dio el extraño pero astuto consejo de que intercalase material más específico, más difícil y complicado, de modo que hubiese partes que la mayoría no entendiese. El resultado de la larga y animada discusión no pudo ser más positivo: la Facultad votó unánimemente a favor de la concesión de la *venia*.

Quiso la fortuna que tuviera durante los primeros años de docencia de efecísimo ayudante al polifacético Johannes Kabatek, que ahora es responsable de la cátedra de filología románica de Tubinga en la que le precedieron Eugenio Coseriu y Brigitte Schlieben-Lange. En 1988 saqué por oposición la cátedra de Filología Hispánica, cargo que he desempeñado hasta mi jubilación en abril del 2000.

30. El número de mis publicaciones supera, entre libros y artículos, el centenar, sin incluir las composiciones musicales, que rondan las cien. Varias revistas científicas han publicado artículos míos: «Archiv für das Studium der neueren Sprachen und Literaturen» (Archiv); «Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo (Seminario)»; «Archivium Latinitatis Medii Aevi (ALMA)»; «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona (Boletín)»; «Emerita»; «Euskera»; «Fontes Linguae Vasconum (FLV)»; «Hispanorama»; «Iberoromania»; «Kratylos»; «Romanistisches Jahrbuch». Me limito a mencionar las publicaciones que considero más importantes, ordenadas cronológicamente:

«Anmerkungen zu einigen mittellateinischen Wörtern», *ALMA* 35, 1967, 47-62.

(201) Se publicó en *IKER-2*, 1983, pp. 491-501.

(202) Debo de guardar todavía la casete donde grabé sus reflexiones sobre el tema.

«Apuntes sobre algún hápax del latín medieval», *Emerita* 38, 1970, 379-391.

«Cerverí de Girona y Dante», *Boletín*, 34, 1971-1972, 275-279.

«Voces de la Cuenca. Observaciones léxico-semánticas», en: *Homenaje a D. José Esteban Uranga*, Pamplona 1971, 225-239.

«Toponimia menor de la Cuenca», *FLV* 9, 1971, 311-323.

«Fueros derivados de Jaca, 1, Estella – San Sebastián», por José María Lacarra, Pamplona 1969. Reseña, en: *Archiv*, Tomo 208, 1971, 148-152.

La lírica religiosa en la literatura provenzal antigua. Con prólogo de Martín de Riquer, Pamplona 1972.

«A raíz de algún topónimo menor de la Cuenca de Pamplona», en: *Homenaje a Antonio Tovar*, Madrid 1972, 335-340.

Reseña del libro de Martín de Riquer, *Guillem de Berguedà, I-II*, Poblet 1971, publicada en *Archiv*, tomo 211, 1974, pp. 206-215.

«*Urcius* y *Concius Aequos*: nombre de vasija y medida de capacidad, no nombres propios», *FLV* 20, 1975, pp. 209-226.

En este artículo delato el abuso que hacen los arqueólogos suponiendo ligeramente en los grafitos nombres propios, sin examinar otras posibilidades, y lamento la falta de información sobre el tamaño de las vasijas presentadas, sobre todo si son portadoras de mensajes escritos.

Mandé una separata de este artículo a Maluquer de Motes que me escribió el 1 de enero de 1976 en términos sumamente elogiosos. Cito el principio y el final de su larga carta: «Recibo su interesante trabajo sobre “urcius” y “concius aequos” que he leído con la máxima atención y por el que le felicito muy muy sinceramente. Me ha convencido fácilmente pues el abuso de ver nombres propios en todas las inscripciones, para el ibérico es fatal y un callejón sin salida. En el caso que estudia su argumentación es totalmente convincente, y para mí tiene un doble interés. Por un lado era lógico que no prodigarán el nombre del dueño en vulgares jarras, pues no podían ser nombre del fabricante ni del distribuidor, pues los grafitos “estropean” la mercancía salvo la indicación utilitaria de capacidad pues los oenochoe nunca son envases. Por otro lado, la utilización de un sistema latino de medidas plantea un problema histórico económico de trascendencia arqueológica. Nos veremos obligados a revisar estrictamente esas cerámicas para fecharlas con la mayor precisión...

Tengo en excavación un poblado ibérico, Tornabous, en cuyas viviendas aparecen oenochoe con abundante cerámica campaniense anti-

gua (importada y fabricaciones locales de Rhode) claramente anteriores al 218 a. C. Intentaré conocer la capacidad habitual de esos oenochos que al menos corresponden a dos capacidades distintas, a juzgar por sus tamaños...»

«El ibérico, lengua en contacto», *FLV* 23, 1976, 183-192.

«Die *Casilla pre-ocupada*. Ein bei Isidor implizierter linguistischer Begriff,» en: *Sprachtheorie und Pragmatik, Akten des 10. Linguistischen Kolloquiums*, Tübingen 1976, pp. 99-111.

«¿Tafalla era vascófona a finales del siglo XVII?», *FLV* 26, 1977, 315-328.

«Sobre el etrusco *thafna* y el vasco *aska*», en: *FLV* 25, 1977, 9-27.

«El sistema metrológico de la inscripción ibérica del cuenco de La Granjuela», en: *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, pp. 283-370, Salamanca 1979.

Presenté la quitaesencia de este extenso estudio en el Simposio sobre lenguas y culturas de la Península Ibérica que, organizado por Antonio Tovar y Manfred Faust, se celebró en Tubinga del 17 al 19 de junio de 1976. Para mí fue muy importante este simposio, pues en él llegué a conocer personalmente a Koldo Mitxelena. Además entré en el círculo de especialistas sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica, especialidad que ha sido objeto de varias publicaciones por parte mía.

La víspera del simposio, estábamos reunidos en el Hospiz para cenar cuando llegó Mitxelena. Tovar me presentó, y él me saludó con afabilidad. «He leído cosas tuyas en Emerita y en Fontes, y me han gustado. Espero que siga usted publicando en Fontes.»

Al día siguiente, mientras yo presentaba mi tesis o hipótesis sobre la existencia de un sistema sexagesimal en ibérico, estuvo Mitxelena trazando signos y números en la primera fila, como Jesucristo cuando estaban acusando a la Magdalena, poniéndome nervioso.

Cuando terminé, tomé la palabra: «He estado haciendo cálculos. Desde el punto de vista matemático la suya es la única solución posible. Va a pasar Vd. a la historia como la primera persona que ha conseguido descifrar una cuenta en ibérico». Mis temores habían sido vanos. Durante la cena se sentó junto a mí y me ofreció el tuteo.

«A propósito del hápax etrusco *Patara* y su posible reflejo en latín», en: *Emerita* 47, 1979, 395-412.

Romania cantat. Lieder in alten und neuen Chorsätzen mit sprachlichen, literarischen und musikalischen Interpretationen. Gerhard Rohlf zum 85. Ge-

burtstag gewidmet, I-II (el II en colaboración con Giovanni Bucciol e Irene Monreal), Tübingen 1980.

La burrica de Gerhard Rohlfs: El 27 de junio de 1980 invitó el editor tubingués Gunter Narr al profesor Rohlfs y a su señora Marianne junto con un puñado de amigos y colegas del eminente filólogo, emérito pero fecundo todavía en estudios de toponimia sobre todo, a una cena de presentación del homenaje Romania Cantat que acababa de salir de la imprenta. Antonio Tovar, Eugenio Coseriu y Hans Helmut Christmann figuraban con sus esposas entre los invitados. Yo estaba con la mía. Tras los discursos, felicitaciones, alabanzas y brindis de rigor tomó el homenajeado la palabra, recordando las primeras excursiones lingüísticas por la Romania, allí por el tercer lustro del siglo XX, cuando todavía no había terminado su formación liceal y la mayoría de los presentes a la cena todavía no había nacido, o balbucía y ensuciaba pañales.

Mencionó brevemente sus viajes de estudios por la «Suisse romande», por Italia, por Sicilia, por el norte de España, etc., para detenerse en una excursión que hizo en 1934 por los Pirineos. Iba con su cuestionario lingüístico de pueblo en pueblo, en el coche de San Fernando, recogiendo y afinando el material sobre los idiomas pirenaicos que luego publicó en 1935 en la primera edición de Le Gascon. Con el fin de aligerar el paso y las fatigas, alquiló allí una burra, con la que tenía que luchar cada día para vencer su proverbial tozudez.

«Menos un día», nos contó. «Tomé una senda para ir a una aldea cercana, y ella no se resistió en absoluto, sino todo lo contrario. Iba trocando ligera y alegremente por el llano, cuesta arriba y cuesta abajo. Y yo, admirado y contento ante el cambio. Hasta que llegó junto a un prado en el que estaba paciando un burro. Rebuznó él, rebuznó ella, rebuznaron a duo, y se pusieron de acuerdo. Todos mis esfuerzos por no abandonar la senda y por seguir adelante hacia mi meta fueron vanos. No tuve más remedio que declararme vencido, saltando precipitadamente de la burra y continuando el viaje a pie, dejándola a ella retozar alegremente con su compañero».

«Aurtxo txikia seaskan dago – Zum Baskoiberismus», en: *Romania cantat*, II, 555-582.

«Zur Volksliteratur der Basken – Das Lied *Haltzak ezti bihotzik*», en: *Romania cantat*, II, 533-548 (en colaboración con Luis Michelena).

«Quasimodos *Alle frondi dei salici* und der Psalm 136», en: *Romania cantat*, II, 109-113 (en colaboración con G. B. Bucciol).

«Signor Abate, hol» Sie der Teufel!», en *Romania cantat*, II, 673-677.



Gerhard Rohlfs (1892-1986) (Foto: F. J. Oroz, julio de 1986).

«Vicisitudes de un padrenuestro en vasco en el siglo XVII», *Seminario*, 14, 1980, 1-23.

«Ensalada contra ensalada», en: *Gaceta ilustrada*, 31-VIII-1980, Núm. 1247, p. 19.

«La relación entre el vasco y el ibérico desde el punto de vista de la teoría del sustrato», en: *Iker*, 1, 1981, 241-255.

Es el texto que preparé para el inolvidable primer Encuentro Internacional de Vascólogos celebrado en Gernika y Leioa del 25 al 29 de agosto de 1980. Mandé el texto, antes de presentarlo en público, a Koldo Mitxelena y Antonio Tovar, que no pusieron ninguna objeción. En ese artículo defiendo la tesis de que las innegables similitudes entre elementos del ibérico y del euskera no son suficientes para admitir una relación estrecha entre ambas lenguas ni menos una identidad, como la que había propugnado Wilhelm von Humboldt. A mi modo de ver se trata de similitudes debidas a una relación de sustrato y contacto entre ambas lenguas. Ese Encuentro fue muy importante para mí, pues me puso en contacto con vascólogos de todo el mundo y me ofreció la oportunidad de entablar estrecha relación con varios miembros de la Institución que más eficazmente vela por la lengua vasca, Euskaltzaindia.

«¿Dónde nació Juan de Beriáin, abad de Uterga?», en: *Seminario XV*, 1981, 5-10.

«Lucubración sobre un glosario vasco-latino: El PARERAGON de Vulcanius (1597)», en: *Logos semantikos. Studia linguistica in honorem Eugenio Coseriu*, I, 1981, 339-357.

«Primera glosa vasco-latina en un libro impreso (1510)», en: *Euskera* 26, 2, 1981, 93-111.

«Reminiscencias de una canción occitana en el cancionero vasco», en: *FLV* 40, 1982, 501-510.

«Acotación al suletino *Elge* «campo arado»», en: *Euskera* 27, 2, 1982, 533-545.

Gabriel Arestiri omenaldia - A Gabriel Aresti, Tübingen 1983.

Navicula Tubingensis. Studia in honorem Antonii Tovar, ed. Francisco J. Oroz Arizcuren unter Mitarbeit von Eugenio Coseriu und Carlo de Simone, Tübingen 1984.

«Une mousse de Bisquaye: Une chanson française de Josquin Desprez avec un refrain basque», en: *Navicula Tubingensis*, 1984, 319-331.

«Una licencia poética de Fray Luis, miserable-mente criticada», en: *Iberoromania* 20, 1984, 57-74.

«La casa de mi padre de Gabriel Aresti (1933-1975)», en: *Spanien und Lateinamerika. Beiträge zu Sprache, Literatur und Kultur*, edd. Carlos Segoviano u. José María Navarro, Nürnberg 1984, 657-674.

«De homografía conflictiva en ibérico», en: *Actas del III coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas, Lisboa, 5-8 de Noviembre de 1980*, Salamanca 1985, 399-413.

«Coincidencia formal y excepción gramatical», *Euskera* 30, 1985, 245-252.

«Baskische Literatur», en: *Der Literatur-Brockhaus, tomo I*, 1988, 192-194.

Carmen vasconicum plus quingentis linguis... I: Linguae Europae. Con prólogo de Antonio Tovar y portada de Eduardo Chillida, Tübingen 1987.

«Melodie provenzali nelle Cantigas de Santa María», en: *Text-Etymologie, Festschrift für Heinrich Lausberg zum 75. Geburtstag*, ed. Arnold Arens, Stuttgart 1987, 134-147.

«Sobre los epígrafes ibéricos de las ánforas de Vieille-Toulouse», en: *Actas del IV coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas, Vitoria, 6-10 de mayo de 1985*, edd. J. Gorrochategui, J. L. Melena y J. Santos, (Veleia 2-3), Vitoria 1987, 355-370.

«Antonio de Nebrija, *De ui ac potestate litterarum*», edd. A. Quilis y P. Usábel, Madrid 1987, Reseña, en: *Romanische Forschungen*, 102,1, 1990, 71-74.

«Escarceos etimológicos», en: *Studia indogermanica et palaeohispanica in honorem A. Tovar et L. Michelena*, ed. F. Villar, Salamanca 1990, 331-349.

«Flashes y Faxes a El País (I)», *Hispanorama* 63, 1993, 153-156.

«Sobre manjares, peatones y animales», (Flashes y Faxes a El País, II), *Hispanorama* 65, 1993, 139-143.

«De *Pompaelo* a *Lunapampa*. Historia y poesía en el nombre de Pamplona», en: *Lingua et Traditio. Festschrift für Hans Helmut Christmann zum 65. Geburtstag*, edd. R. Baum et alii, Tübingen 1994, 15-28.

«A propósito y a despropósito de morgue» (Flashes y Faxes a El País, III), *Hispanorama* 67, 1994, 139-144.

«Consideraciones sobre los *Contrafacta* en occitano. Con una observación sobre reflejos del cancionero occitano en el cancionero vasco», en: *Actes du IV Congrès internationale de l'AIEO, Vitoria-Gasteiz, 22-28 août 1993*, Tome I, 1995, 213-262.

«La música en la vida y en la obra de Heinrich Lausberg», en: *Heinrich Lausberg zum Gedenken*, ed. Wolfgang Babilas, Münster 1995, 233-265.

«El epitafio de Hölderlin plurilingüe y musicado, en: *Spanische Literatur - Literatur Europas, Wido Hempel zum 65. Geburtstag*, ed. Frank Baasner, Tübingen 1996, 391-420.

«Conjeturas sobre el manuscrito de *La guerra de Navarra* de Guilhem Anelier de Tolosa», en: *Boletín*, 45, Barcelona 1996, 205-222.

«Sedat [pēdat] in soca boina: Romance latinado - Latín romanceante», en: *Studia paleohispanica et indogermanica Jürgen Untermann ab amicis hispanis oblata*, Barcelona 1996, 183-198.

«¿Un hápax ignorado de origen árabe en la *Guerra de la Navarrería?*», en: *Romania arabica. Festschrift für Reinhold Kontzi zum 70. Geburtstag*, ed. Jens Lüdtke, Tübingen 1996, 433-445.

«Refranes y sentencias para cantar», en: *Hispanorama* 78, Noviembre de 1997, 116-118.

«Trampas del plurilingüismo», en: *Hispanorama* 76, Febrero de 1997, 112-114.

«Lizorra – Garazi», en: *El País*, 18-12-1998. [Carta contra un artículo lleno de prejuicios. Reproducimos el texto]:

LIZARRA - GARAZI

El País publicó el 23 de noviembre el artículo «La sinrazón del vigilante», en el que Aurelio Arteta nos ofrece una interpretación personal, discutible pero legítima, de aspectos de la vida social y política del País Vasco. Contiene ese artículo sin embargo varias aseveraciones indiscutibles porque son sencillamente falsas. El autor no ha tenido a mano obras de consulta solventes o se ha ahorrado la molestia –o el placer– de recurrir a ellas. ¿Hasta qué punto –se preguntará perplejo el lector– puedo tomar en serio símiles altisonantes como «Igual que Dios es el producto de la alienación religiosa, Euskal Herria es un resultado de la enajenación nacionalista», o son fidedignas conclusiones si se basan en errores evidentes?

1) Hablando del Pueblo que forma Euskal Herria afirma que «naturalmente, se trata de un fetiche, o sea, un ente ficticio...», poniendo en relación dos términos entre los que no media más que una vaga semejanza formal, como entre mocho y macho o puño y paño, o boda y bota. Fetiche remonta, a través del francés y del portugués, a facere «hacer», y tiene que ver con hechicero, hechor, hacienda, facción, etc; en cambio ficticio es de la familia de fingere, de donde provienen e. g. heñir «sobar la masa», fingir, finta, ficción. Arteta establece una relación pseudo-etimológica. No mencionaría este despiste si ficción no fuera uno de los pilares en los que se apoya su argumentación.

2) *Otra afirmación gratuita: «Para ningún navarro que yo sepa existe una ciudad que se llame Lizarra, sino Estella». Soy navarro, me siento navarro, y quiero seguir siéndolo aunque haya empleado en la portada de un libro de canciones vascas que publiqué en 1987 Lizarra como lugar de publicación. Leyendo a Arteta nos surge la impresión de que Lizarra debe de ser un mero invento de ETA. En tal suponer tenemos que admitir lógicamente que ETA existe desde el siglo XI, pues ya entonces escribe Sancho, rey de Aragón y de Pamplona, documentando la forma originaria de Lizarra: de decima de illa populatione quam noviter volo facere in villa que vocatur Lizarrara: «del diezmo de la población que quiero hacer de nuevo en la villa que se llama Lizarrara» y, refiriéndose al Camino de Santiago, et ego volebam mutare ipsum caminum per Lizarrara: «y yo quería desviar ese camino por Lizarrara». Ningún navarro, que yo sepa, que se interese por la historia de su pueblo ignora la existencia de Lizarra.*

Sobre el origen del nombre de Estella no están de acuerdo todos los filólogos, pero la opinión mejor fundada es que se trata precisamente de una traducción equivocada de Lizarra, básicamente «fresno», (compárese Lizarazu) interpretado como L'izarra, La Estella, es decir «la estrella». Efectivamente la forma con artículo, L'Estella está documentada como nombre de la villa del Ega en provenzal antiguo que fue en la Edad Media, como todos saben, una de las lenguas de la ciudad. Atemos cabos: La ciudad de Estella debe su nacimiento a la existencia anterior del núcleo urbano Lizarra en el mismo lugar. El nombre de Estella debe su origen a la denominación Lizarra, por relación pseudo-etimológica, por una confusión similar a la que hemos visto entre fetiche y ficticio.

3) *Afirma Arteta que «los franceses sólo conocen a Garazi como St. Jean de Pied de Port». Le recomiendo que se despoje de prejuicios y que lea el libro Linguae Vasconum Primitiae per Bernardum Dechepare, publicado en Burdeos en 1545, obra recientemente reeditada bajo los auspicios de la Real Academia de la Lengua Vasca o Euskaltzaindia –con traducción del texto vasco al castellano, al francés, al italiano, al alemán y al inglés– y que saboree la poesía Contrapas, donde encontrará Garazi. Le sentará bien, y tal vez se le caigan las escamas de los ojos intelectuales.*

4) *Si creemos a la Vulgata, Adán no pudo imponer a la realidad «nuevo nombre para así dominarla», por la sencilla razón de que ni los animales del campo ni las aves del cielo de que nos habla el Génesis tenían nombre. Además, la Biblia habla de denominar, y no de dominar. Y el lector estará de acuerdo conmigo si creo que es un camelo que para domeñar al «terrible lagarto» basta con llamarle dinosaurio. Quien opine lo contrario, que se meta con Daniel en la cueva*

de los leones hambrientos y les llame michinicos. Y que luego me confíe esa vivencia.

No confundamos. Cualquier persona nacida en Navarra, o en Madrid, o en Berlín, o en el Congo, o donde sea, dirá con toda propiedad y derecho Aquisgrán en castellano, y empleará en francés Aix-la-Chapelle refiriéndose a la misma ciudad, y en alemán usará Aachen, y en italiano Aquisgrana, y en latín Urbs Aquensis. Los nombres de ciudad tienen su historia. También la tienen, remota y actual, Lizarra y Garazi. ¡Y que sea una historia feliz!

P.S.: El nombre bilingüe, St. Jean de Pied de Port – Garazi, está bellamente esmaltado o pintado con flores, en un amplio arriate en la calle principal de la ciudad.

«A raíz de dos recientes publicaciones: I: *La Guerra de Navarra*, por Julián Santano, y II: *Vidas y retratos de trovadores*, de Martín de Riquer», en: *Toulouse à la croisée des cultures, Actes du V Congrès internationale de l'AIEO, Toulouse, 19-24 août 1996, Vol. I, Pau 1998, 91-101.*

«Catástrofe humanitaria», en: *El País*, 26-4-1999.

«Miscelánea hispánica», en: *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania Prerromana, Actas del VII Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas, Zaragoza 12 a 15 de marzo de 1997*, edd. F. Villar y F. Beltrán, Salamanca 1999, 499-534.

«Rafael Alberti: Carroñerismo», en: *Hispanorama* 88, Mayo de 2000, 48ss.

«Pespuntes cabe el Camino Jacobeo», en: *Sprache und Welt. Festgabe für Eugenio Coseriu zum 80. Geburtstag*, ed. Adolfo Murguía, Tübingen 2002, 175-189.

«Aznar contra Vitoria», en: *Gara*, 10-2-2003. (Se publicó también en *Diario de Noticias* de Navarra el 13 de febrero y en *Radio Líder de Galicia* por esas mismas fechas).

30.1. El 7 de febrero de 2003 mandé a varios periódicos de España una carta, Aznar contra Vitoria, sobre la guerra de Irak que amenazaba. Barajo en ese texto argumentos del eximio jurisprudente cuyo tenor, mutatis mutandis, convendría tener presente y aplicar en nuestro siglo dominado por la mammona y la memez de los dirigentes más poderosos. Jamás he recibido, por parte de los lectores, tanta aprobación por un artículo. Aunque salga del círculo de mis actividades corrientes, o precisamente por ello, me permito reproducir el texto que Aznar recibió a través de diversos canales.

Aznar contra Vitoria

«Unica est et sola causa iusta
inferendi bellum, iniuria accepta.»

Francisco de Vitoria (1486-1546), «De iure belli».

*«Hay únicamente una sola causa justa
para declarar la guerra: la injuria recibida».*

Norabuena, señor Aznar: Ha pasado usted a primera plana en la prensa tedesca. Hasta hace unos días se hablaba de usted y de Blair como de «los perritos falderos» de George W. Bush. De golpe y porrazo se ha convertido Vd. en el adalid, en el paladín del «octeto» europeo que apoya incondicionalmente la política de Bush. Ha dado el salto a la fama. Mil parabienes.

Tiene usted, también como Presidente, derecho a buscar aliados para su postura, siempre y cuando se trate de una causa justa; de lo contrario, no lo tiene. Hace varias semanas le mandé un saludo de Año Nuevo con el texto evangélico «Gloria in excelsis - Pax in terra», con la aco-tación: «Paz, no guerra». Remité el mismo saludo a la Casa Blanca, sin tener presente que Bush sufría de dislexia y que sin mala fe podía cambiar de lugar la coma, leyendo «Paz no, guerra». De usted no me consta que sea disléxico. Pero me consta que apoya con entusiasmo el grito de guerra del tejano, no sólomente como persona particular, sino también como Presidente del Gobierno.

¿En qué derecho se basa usted para arrogarse la facultad de obrar de ese modo? Debe de fiarse ciegamente de Bush, que no es ninguna autoridad en el campo de la ética, ni en el ámbito de la jurisdicción internacional.

¿Por qué no se guía usted por la doctrina del «fundador del Derecho Internacional moderno», de un viejo europeo, compatriota suyo y mío, Francisco de Vitoria? Yo pensaba y esperaba que usted conociera lo que expone este autor sobre el derecho de guerra, pero con su postura me demuestra que desconoce o ignora la obrita que escribió el admirado catedrático salmantino a mediados del siglo XVI, «De iure belli». En la Biblioteca Nacional encontrará un ejemplar de la editio princeps, publicada en Lyon en 1557.

Por si no le fuera posible consultar ese tratado sobre el derecho de guerra me permito resumirle los puntos más importantes. Vitoria distingue claramente entre guerra justa y guerra injusta, admitiendo desde luego únicamente la licitud de la guerra justa. Demuestra que la «diferencia de religión» no es razón de guerra justa; ni «la amplificación del imperio»; ni «la fama o ventaja del príncipe (gloria aut alium commo-

dum principis)». *Existe exclusivamente «una sola causa de guerra justa: la injuria recibida»* (Unica est et sola causa iusta inferendi bellum, iniuria accepta), *es decir, los daños que nos han causado o están causándonos contra razón y justicia. En tal caso, «es lícito rechazar la violencia con violencia», exigiendo del agresor la reparación de los daños. Matiza sin embargo que, «en vista de la gravedad, de la atrocidad de las acciones bélicas, como son las matanzas, los incendios, las devastaciones, no es lícito castigar con una guerra a los autores de los daños si éstos son leves», precisando que «el castigo tiene que estar en relación con la calidad del delito»* (quia iuxta mensuram delicti debet esse plagarum modus), *teniendo siempre cuidado para que «con la guerra no se originen daños mayores que los que se quieren evitar con ella».* A la objeción de que conviene prevenir e impedir ataques futuros del enemigo, contesta concluyentemente que *«es absolutamente ilícito, porque no está permitido obrar mal aunque sea para evitar males mayores, y es intolerable matar a alguien por una culpa futura»* y *«no es lícito castigar a nadie antes de que cause el daño* (iuncta esse non potest ubi non praecessit culpa et iniuria)». *Como corolario de lo expuesto escribe que «contra quienes no nos han causado daño, no nos está permitido desenvainar la espada». No cabe mayor claridad.*

Pero ¿qué daños le ha causado Sadam o el pueblo iraquí a usted, señor Aznar, o a Bush, o a Blair, o a Berlusconi ...? Ninguno. No existe por tanto ninguna causa para una guerra justa contra el Irak. Hay casos en los que el príncipe o gobernante está convencido de que «hay motivo suficiente para una guerra justa». Pero tal convicción no basta, «pues los príncipes pueden errar, y errarán con gran daño y perdición de muchos: y por tanto no es suficiente la opinión de una persona cualquiera, ni la de pocas personas, sino que la justificación de una guerra debe fundarse sobre la opinión de muchas personas, sabias y honestas».

Insiste Vitoria machaconamente: «Es necesario examinar con gran diligencia la justificación y la causa de la guerra, escuchando también el parecer de los adversarios. El sabio experimenta antes con la palabra que con las armas; y hay que consultar a personas honestas, y a varones sabios, que diserten en plena libertad, y sin ira, sin odio y sin codicia (cum libertate, et sine ira, aut odio, et cupiditate)». *Pues «es evidente que cuando reina la ira, el odio o la codicia, es difícil discernir la verdad».*

No quiero agobiarle con más citas. Lo expuesto ya sobra para demostrar que, según el derecho internacional, Bush no tiene ningún argumento válido para declarar la guerra al Irak. Ni nadie para apoyarla. Quien lo hace, se coloca fuera de la ley, es un forajido. Se barrunta que Bush obra en parte por codicia, es decir por sed de dominio y de petróleo. Además sabemos de su propia boca que odia a muerte a Sa-

dam Hussein, porque atentó contra la vida de Bush padre («Cuanto más pequeño es el corazón, más odio alberga», Víctor Hugo). Y la codicia y el odio, como acabamos de leer, impiden descubrir la verdad.

Tua res agitur, Aznar. Las consecuencias que pueden derivar para usted, y para los cantamañanas que le sigan, buscando sus ventajas, son considerables: «en el caso de una guerra injusta, la culpa no recae sólo sobre el príncipe, sino también sobre los que, obedeciéndole, militan injustamente». Son palabras de Francisco de Vitoria, que sigue: A los súbditos, «si les consta que se trata de una guerra injusta, no les está permitido luchar, aunque se lo ordene el príncipe». Y como corolario: «Si los súbditos son conscientes de la injusticia de la guerra, no les es lícito continuar luchando». Entre los culpables figuran también los que aprueban o propugnan una guerra injusta, haciéndose merecedores de la máxima pena (qui consentiunt facientibus, digni sunt morte). Los senadores y reyezuelos (reguli) o quienes formen parte de un consejo público, están obligados a examinar las causas de la guerra, «pues tales personas pueden con su autoridad impedir la guerra si es injusta. Y si por su negligencia se llevara a cabo tal guerra, parece que consienten en ella, haciéndose culpables».

Son palabras de un sabio honesto. Reflexione, medite tranquilamente, señor Aznar, solo y en compañía de sus correligionarios españoles y extranjeros, sobre el alcance de esas palabras, y tomen la única decisión lógica en el conflicto con Irak: Paz, no guerra. Este es el mensaje divino que transmitieron cantando los ángeles hace dos milenios en Belén. En nuestros días, en cambio, un semidiós autodesignado manda a sus ángeles para que propaguen el mensaje de guerra y hagan proselitismo por todo el mundo. A Bush, que ha firmado docenas de sentencias de muerte de hombres y mujeres de su país con pulso firme, no le va a temblar la voz cuando declare la guerra, por injusta que ésta sea, a un país lejano rico en recursos naturales, al Irak. Y muchos de sus súbditos y prosélitos le van a secundar. Pero usted no es Bush, y los españoles no somos los estadounidenses. En el Consejo de Seguridad de la ONU –que alguien ha definido como «desvencijada chalupa henchida de esfinterchupa»– España está moralmente obligada a votar –con libertad y justicia, sin presiones, sin ira ni odio, sin afán de riquezas ajenas– contra esta guerra injusta que nos amenaza, y a propugnar activa y públicamente una postura antibélica. Señor Aznar «es de sabios cambiar de opinión». Cambie la suya, fundándose en la doctrina del sabio y honrado Vitoria, del «más alto representante de la escuela jurídica española» (Espasa Calpe). En nombre de la mayoría de los ciudadanos españoles y europeos le ruego encarecidamente, le animo y exhorto a que –a despecho de las ventajas o desventajas, favores o desfavores, alabanzas o desplantes que pudieran surgirnos– asuma la opinión de los millones de personas sabias y honestas, para las que existen valores más altos y apre-

ciables que los dólares, y que se orientan y guían por el derecho internacional, por el «ius gentium», y no por el «ius texanum».

P. S.: Se habrá enterado usted del origen del famoso dossier sobre el Irak, elaborado por los Servicios Secretos para su amigo Blair, documento que en la reciente asamblea de la ONU fue objeto del especial reconocimiento y de las alabanzas del Ministro de Asuntos Exteriores de EE UU. ¡Morrocotuda canallada, indigna de cualquier persona honesta!

«Recuerdos de la posguerra y de la Guerra Civil», en: *Hispanorama* 107, Febrero de 2005, 37-39.

«Años de hambruna y de estraperlo», en: *Hispanorama* 112, Mayo de 2006, 63-65.

«*Quandoque bonus dormitat Corominas: Sobre Arragua, Boina, Laude, Matar*» (texto presentado en el XX *Col.loqui Germano-Català, Tubinga*, 23-25 de febrero de 2006, en prensa en *Zeitschrift für Katalanistik*, Nr. 20/2007).

31. He sentido más de una vez la tentación de trocar el puesto de Tubinga por algún otro que ofrecía mayores alicientes. Pero me he mantenido fiel a esta ciudad, y creo que no ha sido ningún error, sino todo lo contrario.

En 1971 tuve oportunidad de ir de lector de español a los EE UU, pero no me atraía ese país entonces ni los 980 dólares mensuales que estaba previsto que me pagarían.

Ese mismo año me ofrecieron para un semestre la suplencia de una cátedra de Filología Románica en la Universidad de Bonn, donde dicté cursos de historia de la lengua española, de español medieval y de provenzal antiguo. A punto estuve a continuación de aceptar en esa capital un puesto vitalicio de encargado del español, mejor remunerado que el lectorado de Tubinga y con la perspectiva de ser funcionario. Tuve y conservo el contrato pronto para firmar, pero renuncié a última hora a esa halagüeña oferta.

Martín de Riquer, de cuyos libros tanto he aprendido, que conocía mi tesis doctoral sobre el provenzal antiguo y las escasísimas publicaciones que hasta entonces tenía yo, me preguntó en 1972 si no me gustaría trabajar con él en Barcelona, aunque suponía que las condiciones económicas serían mejores en Alemania.

También de Joan Coromines, a quien por sugerencia de Eugenio Coseriu envié mis primicias etimológicas, recibí una carta en la que me ofrecía la posibilidad de colaborar con él. Tras consultar con Antonio Tovar, decidí quedarme en Tubinga, no por razones económicas, sino de otro cariz, sobre todo personales, pues entre tanto estaba vinculado a la que desde 1974 es mi mujer, Christa Guldi, profesora apasionada desde hace muchos años de castellano, de francés y de inglés en un Instituto de Tubinga.

En 1984 rechacé una oferta para una suplencia de cátedra de Filología Románica en Berlín, por «razones familiares», pues entre tanto tenía una hija de ocho años, Gabriela Isabel, y mi mujer estaba esperando un hijo, Adrián Manuel (203). En realidad, las razones por las que rechacé obedecían a las circunstancias políticas. Se respiraba un raro ambiente de inseguridad y de desconfianza sobre el futuro de «la isla de Berlín», que, dada su calidad anfibia y su posición geográfica, se prestaba como objeto de prueba de fuerza entre potencias opuestas. Por un lado, palabras garantizadoras de libertad; por otro, amenazas insinuadas más o menos claramente. Un amigo me aconsejó que, teniendo familia y trabajo fijo, como yo tenía, no me metiese en la «ratonera».

Si la situación política de Berlín hubiera sido la de hoy en día, no habría dudado en aceptar ese puesto, pero nos pareció en casa inoportuno hacerlo en aquellas circunstancias inestables e inseguras. Seguí cultivando discretamente las relaciones con el mundo universitario de Berlín. En julio de 1990 invité a un joven académico berlinés a dar una conferencia en Tubinga sobre el *Refranero castellano*. Después de la conferencia, cenamos juntos en casa con varios colegas, e intercambiamos impresiones, con franqueza, a cuanto parecía. Conservo correspondencia del conferenciante, un libro suyo de 1989 con la dedicatoria «A Paco, mi estimado colega y amigo, cordialmente», y una invitación a que fuese con mi familia a pasar con la suya unos días a Berlín, a su dacha. Pocas semanas más tarde desaparecía sin dejar rastro alguno, como si se lo hubiese tragado la tierra. Por la prensa nos enteramos de lo sucedido: Había sido desenmascarado como «informante» del régimen de la DDR (204).

32. Por la música he sentido gran interés desde niño. Mi padre tocaba el laúd y solía amenizar las fiestas de los pueblos cercanos acompañado de una guitarra y una bandurria. Tengo grabadas en la memoria varias jotas que tocaba, y el pasodoble «El mantón de Manila», que en vano he buscado en internet. El texto que recuerdo era: «Es el mantón de Manila / en hombros de una mujer / que tenga gracia en llevarlo / para los hombres la red», cantado en modo mayor. Y luego seguía un interludio en menor, para volver al modo inicial.

32.1. En mi vida profesional he intentado combinar la música con la filología, siguiendo el ejemplo del romanista Heinrich Lausberg, y sacando de su letargo a la coral *Romania Cantat* que él fundara por iniciativa de Gerhard Rohlfes en Tubinga en 1934, cuando yo comenzaba a dar los primeros vagidos

(203) Los hijos han seguido rutas diferentes que los padres: Gabriela es directora del programa de cultura del Goethe-Institut de Roma. Adrián está estudiando Historia, Ciencias Políticas y Ciencia del Islam, actualmente en Georgetown.

(204) Lo sentí, lo comenté con colegas y en casa, y no lo condené. Y me pregunté que cómo habría obrado yo, en su lugar y en sus circunstancias. Y no supe ni pude darme una respuesta clara.

en Beriáin. Hemos presentado unas 200 veladas con canciones populares, en todas las lenguas románicas y en numerosos dialectos, ante público muy variado, en Colegios, en salas de conciertos de diversas ciudades, en actos académicos, en mítines políticos sobre Europa, etc. Canciones en euskera han faltado en muy pocas funciones.

32.1.1. La primera actuación pública del coro resucitado o remozado tuvo lugar en diciembre de 1970, en un homenaje que ofreció el Seminario de Filología Románica de Tübinga a quien había sido durante varios años su catedrático, Ernst Gamillscheg (1887-1971), conocido especialmente gracias a su Etymologisches Wörterbuch der französischen Sprache, 1928, 2ª ed. 1969, y por su obra de tres tomos, Romania Germanica, 1934-1936 (205).

Eramos tan sólo un puñado de cantores, romanistas, estudiantes y docentes, que se reunía de vez en cuando sin ambición alguna, por amor a la música y a las lenguas.

Coseriu se empeñó en que, no obstante mis reparos, cantásemos en esa ocasión; y además me propuso alguna de las lenguas que deberíamos tomar sin falta en consideración, de acuerdo con los intereses del homenajeado: Rumano, retorromano, vasco. Me tranquilizó diciéndome que Gamillscheg, con sus más de ochenta años, oía muy mal, de modo que nuestra actuación coral era sobre todo simbólica.

Movilizamos a más estudiantes, y nos pusimos a trabajar con ahínco, en primer lugar a buscar el material idóneo que requería la ocasión, y los medios auxiliares, en nuestro repertorio básico, el librito Romanische Volkslieder für gemischten Chor, de Heinrich Lausberg, Halle 1952. Para el vasco, que no está representado en ese cancionero, me vino muy bien el Ator mutil etxera, que conservaba desde Roma, y que no cuadraba mal pocos días antes de Navidad. Y todos cantamos con gran concentración, ante un público largo en aplausos.

Cuando terminó la función, el homenajeado le agradeció al pequeño coro palabras efusivas y con un sobre generoso. Hablando después con él constaté con sorpresa, y con cierta desazón, que de sordo no tenía nada, pues comentó detalles de los textos cantados, que había seguido perfectamente. De Ator mutil etxera me dijo que, en vez de la pronunciación de jatera con el sonido fricativo velar sordo, él conocía la pronunciación africana prepalatal sonora. Me dejó perplejo.

Salimos ilesos y alegres de aquel bautismo de fuego, con ánimos, y llenos de entusiasmo para ampliar nuestro repertorio y dar a conocer,

(205) El título recuerda con razón el de *Germania romana* de Theodor Frings, y otras publicaciones más actuales que combinan ambos títulos.

dentro y fuera de la Universidad, el inagotable tesoro de canciones populares que estábamos descubriendo.

32.2. Cuatro veladas musicales quisiera mencionar expresamente: El jueves 2 de febrero de 1984 fue un día dedicado al País Vasco en Tubinga. Organizamos en el teatro una soirée «Für Gernika. Lieder, Gedichte, Legenden aus dem Baskenland». Presentamos veinte canciones a voces, alternando con la recitación en alemán de poesías populares y clásicas de los diversos siglos, y la lectura de leyendas populares y de cinco historias de Pernando Amezketarra.

Fue una función concurridísima, con las localidades agotadas. El fin era reunir fondos para los damnificados de las inundaciones del verano anterior, y conseguimos recaudar casi 4.000 DM que enviamos al alcalde de Gernika.

32.3. El 2 de diciembre de 1988 se celebró en el Salón de Actos del edificio central de la Universidad, en nuestro Paraninfo, en relación con la unificación alemana, un acto político-cultural con el lema «Por un futuro pacífico sin armas», que tuvo por anfitrión a Willy Brandt. *Romania Cantat* interpretó canciones por la paz en diversas lenguas románicas; y *Nire aitaren etxea*, previamente recitado en euskera, en alemán, en ruso, en inglés, en francés y en mandarín. Terminada la función, el Nobel de la Paz felicitó a la coral, y me recordó brevemente la labor que desempeñara él durante la Guerra Civil. Conservo una carta suya en la que agradece a los cantantes su papel en aquella velada.



Willy Brandt escuchando al coro «Romania Cantat» el 2-XII-1988 (Foto: Y. M. Berardi, 2-XII-1988).

32.4. El 25 de septiembre del 2005, con ocasión del XXIX Congreso alemán de romanistas celebrado en Saarbrücken del 25 al 29 de ese mes, *Romania Cantat* presentó en la sesión inaugural «Drei romanische Liedersträusse» (Tres ramilletes de canciones románicas) con 18 canciones, entre ellas la plurilingüe *Sed libera nos a malo*, –cuyos primeros compases evocan el tema ini-

cial de El Moldavia (206) de Bedrich Smetana, 1824-1884— que tantas armonizaciones ha inspirado desde que don Resurrección María de Azkue la registrara en su *Cancionero Popular Vasco* (207). Esta actuación de Saarbrücken fue grabada en directo y se ha publicado como CD (208).

32.5. El 1 y el 2 de diciembre del 2005 dimos en Aix-en-Provence, invitados por la sección cultural de esa ciudad hermanada con Tubinga, en un aventurado viaje relámpago de gratísimo recuerdo, dos conciertos muy aplaudidos, con canciones profanas y con villancicos en las lenguas románicas más importantes. Como botón de muestra de plurilinguismo europeo cantamos *Sed libera nos a malo*, que encaja perfectamente en la tradición de poesías con mezcla de varios lenguajes, estimadas y cultivadas en la Edad Media (209) y por algunos madrigalistas. Las cinco lenguas de *Sed libera nos a malo*, latín, castellano, euskera, francés y gascón, son un carnet inconfundible de identidad de la patria de la canción. Son las lenguas que nos recuerda Escalfigero, no sin cierto humorismo, que tenían que hablar los vascos según las circunstancias: «Il faut que les Basques parlent quatre langues, François, parce qu'ils plaident en François au presidial de Bayonne, et de là à la Senechaussée d'Aqs; Gascon, pour le pays; Basque et Espagnol» (210). Y el poeta moderno añade además, con un guiño malicioso, el latín —no el clásico sino el eclesiástico—, documentándolo con dos citas cotidianas de la iglesia católica. La última petición del Padre Nuestro (*mas líbranos de todo mal*), y el segundo versículo del salmo 112 (*Sit nomen Domini [benedictum]*) Esos dos versos nos abren un escenario religioso, cercano a la vida monástica, lo mismo que el final, «Eta dezagun kanta kantore berri», que evoca irresistiblemente el «Cantate domino canticum novum» con el que comienza el salmo 97, y que se repite con variaciones en textos bíblicos y litúrgicos. Este marco religioso encuadra un episodio con rasgos de la poesía

(206) Del ciclo «La patria».

(207) Es el número 141, p. 202 de la edición de 1968, que es facsímil de la primera de 1906. Escribe Azkue que aprendió esa canción en Zuberoa, «sin haber anotado el nombre del cantor». La misma melodía se la cantaron con el texto de una apuesta (*Cancionero*, p. 203). Tengo una grabación con un trío de flautas, iniciada por Maja Tovar en el Colegio Alemán de Madrid.

(208) Se puede pedir a: *romania-cantat@gmx.de*, o a: *grams@24plus1.de* (precio 7 € y gastos de envío).

(209) De *Romania cantat*, II, menciono tres ensayos sobre canciones en más de una lengua: «Sprachmischung und Sprachverballhornung im romanischen Lied», de W. Theodor Elwert (pp. 652-656); «*Dindirindín*, ein romanisches Lied», de Manfred Faust, (pp. 657-666), y «*Matona mia cara*» – Serenata di Iantzichenecco von Orlando di Lasso», de Diedrich Dannheim (pp. 667-672). Cerverí de Girona compuso, siguiendo la tradición poliglota latina y románica (p. e. las *jarças*), una «Cobla en sis lengatges», de interpretación controvertida (J. Coromines, *Cerverí de Girona*, Lírca, II, pp. 199-201; Martín de Riquer, *Obras completas de Cerverí de Girona, Texto, traducción y comentarios*, Barcelona 1947, pp. 45-46; este eximio provenzalista reseña varios trovadores que han cultivado el género poliglota. A Dante se le atribuye un *descort* en provenzal, italiano y latín. *Hactenus!*

(210) *Scaligeriana, sive Excerpta ex ore Josephi Scaligeri*, Amsterdam 1740, p. 219.

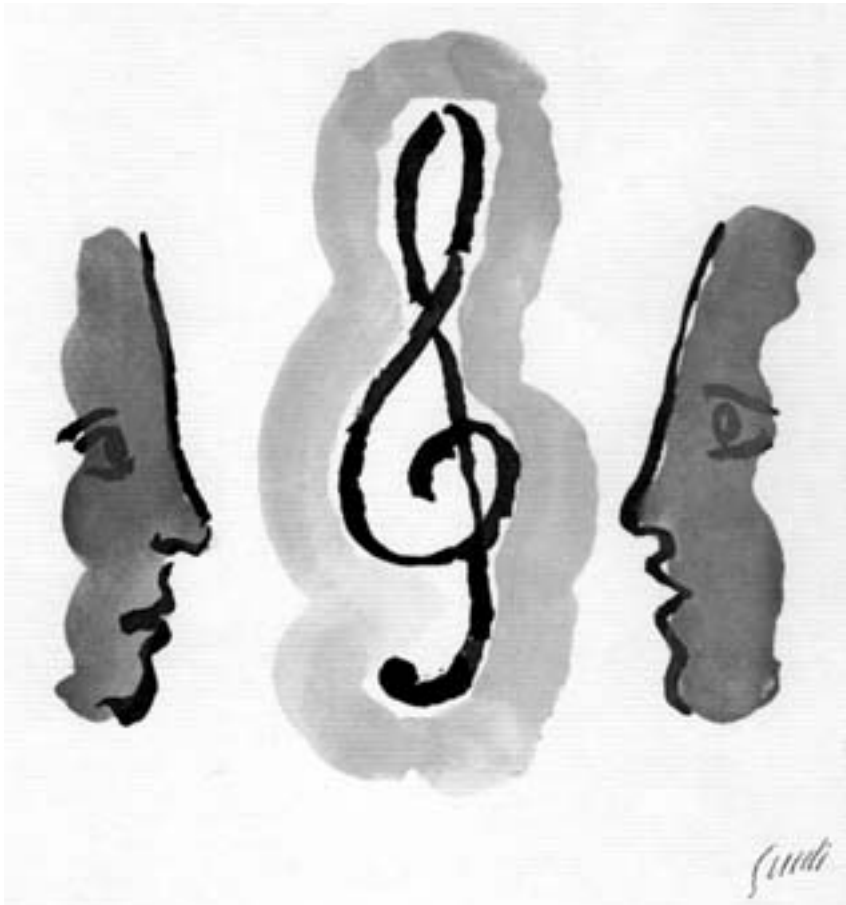
goliardesca, que encomia la buena comida y el buen vino, entre amigos y canciones (211). El resultado es una gustosa parodia muy conseguida, –hija de un compositor hábil, pícaro e inspirado– que goza de una popularidad bien merecida (212).

33. He ido ampliando el repertorio de canciones que publiqué en 1980 en los dos tomos de *Romania Cantat*. Esta obra está concebida según el siguiente criterio orientador: El texto o la música de las canciones del primer tomo (272 canciones) sirven de punto de partida para las interpretaciones filológicas del segundo (76 interpretaciones). Entre los intérpretes figuran dos premios Nobel de literatura, Eugenio Montale y Vicente Aleixandre. Dos conocidos artistas han ilustrado el libro: Virgilio Guidi (1891-1984) esbozó la portada, y H.A.P. Grieshaber (1909-1981) me mandó dos xilografías que realizó expresamente para ese cancionero. Carl Orff me envió una copia de *Odi et amo* de Catulo, dedicada a «Gerhard Rohlfs mit allen guten Wünschen». El vasco está representado con 13 canciones y con tres ensayos: Antonio Tovar, «*Le basque sans larmes. Grammatik aus der Musik*»; Luis Michelena und Francisco J. Oroz, «Zur Volksliteratur der Basken –Das Lied *Haltzak ezti bihotzik*»; y un artículo mío, «*Aurtxo txikia seaskan dago– Zum Basko-Iberismus*». También se publicó, como complemento de los dos tomos, en colaboración con la *Camerata vocalis* de la Universidad de Tubinga, dirigida por Alexandru Sumski, el disco *Romania cantat* (213), agotado desde hace años y que ha sido reeditado recientemente como CD en la editorial Gunter Narr de Tubinga.

(211) Orlando di Lasso (≈1532-1594) tiene varias canciones en más de una lengua, cf. *Romania Cantat*, I, núm. 264-265 y 269, de enfoque goliardesco. Todos conocerán el célebre *Tour-dion* de Pierre Attaignant (≈1494-1552), *Quand je bois du vin clair* (*Romania cantat*, I, núm. 187, y *Romania cantat IV, Ulmer Konzert*, núm. 13, con un breve comentario), con alabanza del vino, de la amistad, del canto y del jamón.

(212) El 3 de julio de 2004 por la noche interpretaron más de 200 voces masculinas en la «Gare du Midi» de Biarritz esa canción. Se atribuye a Pierre Topet «Etxahun» (1786-1862) el texto, que forma la primera de 20 estrofas de la poesía «Eihartxe eta Miñau». (<http://klasikoak.armiarma.com/idazlanak/E/Etxahun008.htm>). No figura en la edición crítica de Jean Haritschelhar, *L'oeuvre poétique de Pierre Topet – Etxahun. (Texte – Traduction – Variantes – Notes)*, Bilbao 1970. En *Euskal kantak* de Jose Inazio Ansorena, Donostia 1993, se incluye *Sed libera nos a malo* entre las canciones populares anónimas que tienen por objeto el vino (p. 27). Entre las canciones de autor conocido, (pp. 251-306) sólo se encuentra una de Etxahun, *Maria Solt eta Kastero* (p. 300). Dejo *sub iudice* la cuestión de la autoría, por no disponer de información decisiva al respecto.

(213) De la antología *Romania Cantat* se publicaron numerosas reseñas, en periódicos, y en revistas especializadas de Filología Románica y de música. Menciono una: «Un homenaje musical a Gerhard Rohlfs», de Antonio Tovar, publicada en *El País* el 10 de enero de 1981. Y me permito reproducir la opinión de mi maestro Heinrich Lausberg sobre el disco: «Caro Collega ed Amico, La ringrazio vivamente del bel disco nel quale io ammiro l'idea, l'esecuzione (la Sua armonizzazione), la sfumatura di nostalgia che sa evocare: proprio un' opera riuscita all'indirizzo dei conoscitori che saranno sempre "dilettanti", innamorati della musica e della lirica che ne emana. Grazie, grazie».



Emblema de «Romania Cantat», por Virgilio Guidi (1891-1984).

33.1. De entre las numerosas publicaciones preponderantemente musicales menciono además:

Ulmer Konzert, Tübingen 1983, con las canciones que interpretó el coro *Romania Cantat* en Ulm, por invitación del Ministerio de Cultura de Baden-Württemberg, en mayo de 1980. Contiene un breve comentario de las canciones, e ilustraciones de Gina Roma, Virgilio Guidi y HAP Grieshaber. *Haltzak ezti bihotzik* y *Goiko mendian*, de inspiración horaciana, figuran entre las canciones.

Gernika: Canciones – Lieder – Songs, Estella-Lizarra 1987, en conmemoración del bombardeo de la ciudad, con 84 canciones armonizadas para coro mixto por compositores de diversos países.

En varias antologías de canciones para coro (p. e. en *Txio txioka*, Federación de Coros de Guipúzcoa, 1989; o en *Haurren Abesbatzentzat VII. Konposaketa Lehiaketa* 1994, de la misma Federación; *Euskal-Herria kantari, gaurko euskal koru musika*, Euskalherriko abesbatzen alkarte, 1991) circula gran número de composiciones más con texto en euskera, para voces blancas, de hombres, o mixtas.

33.2. En los últimos años he recibido dos premios de composición, uno en Bilbao en 1999, con el villancico *Badator Jesus* para cuatro voces mixtas, que estrenó en un concierto público en el Teatro de Baracaldo el 20-XII-1999 la coral *Santa María* de Portugalete; otro en 2004 en Bayona, con un *Magnificat* en euskera para cuatro voces de hombres, que interpretó el coro *Bihotzez* de Guétharie el 3 de julio de ese año en la «Gare du Midi» de Biarritz.

33.3. El coro *Andra Mari* de Gernika, que dirigía José Antonio Arana, ha interpretado en diversas ocasiones composiciones más, entre otras *Nire aitaren etxea*, y la canción navideña *Hartuik mutil* que armoniqué para coro mixto aprovechando una publicación de ese director y musicólogo sobre los Plateros de Durango.

33.4. En julio del 2003, un cuarteto (cuerno inglés, viola, fagot y violoncelo) interpretó en Tubinga en una fiesta de bachillerato del Wildermuth-Gymnasium mi composición «Wilde Stiere», inspirada en la canción popular *Dira, dira, zezenak dira*.

34. No deja de llenarme de satisfacción el que mi labor haya sido reconocida, no sólo por estudiantes y colegas, sino también por Instituciones. La Facultad de Filología Moderna de la Universidad de Tubinga me demostró su confianza eligiéndome Decano de Estudios (Studiendekan) para 1992 y 1993.

El Ministro de cultura de Baden-Württemberg, Klaus von Trotha, me entregó en 1993 un Diploma de Honor por la labor realizada en este Land durante cinco lustros.

En 1994 tuve el honor de presidir, por iniciativa del amigo Ricardo Ciévide, en la Universidad de Vitoria el tribunal para la defensa de la tesis de occitano antiguo presentada por Julián Santano sobre *La guerra de Navarra de Guillem Anelier de Tolosa*.

Me siento muy honrado de que Euskaltzaindia haya tenido la deferencia de nombrarme en 2005 «Ohorezko euskaltzain», valorando exageradamente mis escasos méritos en el campo de la filología vasca.

No es casualidad que para los homenajes a Coseriu y a Tovar haya elegido temas relacionados con el vasco: «Lucubraciúncula sobre un glosario vas-



Antonio Tovar (1911-1985), por Hans-Joachim Madaus.

co-latino: El PARERAGON de Vulcanius (1597)», 1981 (214); y «Pespuntes cabe el Camino Jacobeo» (215), donde zarando la etimología de *Monreal*, de *Lerga* y de *Lizarra*, para el primero. En el *Homenaje a Antonio Tovar, ofrecido por sus discípulos, colegas y amigos*, ed. Thomas T. Büttner, Madrid 1972, tracé los primeros pinitos en toponimia, estudiando nombres de lugar menores de origen vasco de mi pueblo: «A raíz de algún topónimo de la Cuenca de Pamplona». En *Navicula Tubingensis. Studia in honorem Antonio Tovar*, analizo una pastorela del siglo XIV, con música de Josquin Desprez y con el refrán «Soaz, soaz ordonarequin». Esa preferencia por temas relacionados con el euskera se debe a que tanto Antonio Tovar como Eugenio Coseriu han fomentado, y valorado muy positivamente, mi labor filológica, especialmente sobre las lenguas prelatinas de la Península Ibérica.

Koldo Mitxelena, al conocer el proyecto, todavía no concluído, con la traducción de la poesía de Gabriel Aresti «Nire aitaren etxea», a lenguas de todo el mundo, me escribió entusiasmado, parafraseando a Horacio: «*Aere perennius exegisti monumentum*. En mi nombre, en nombre de los euskaldunes y en nombre de todos los amantes de las lenguas, eskerrik asko».

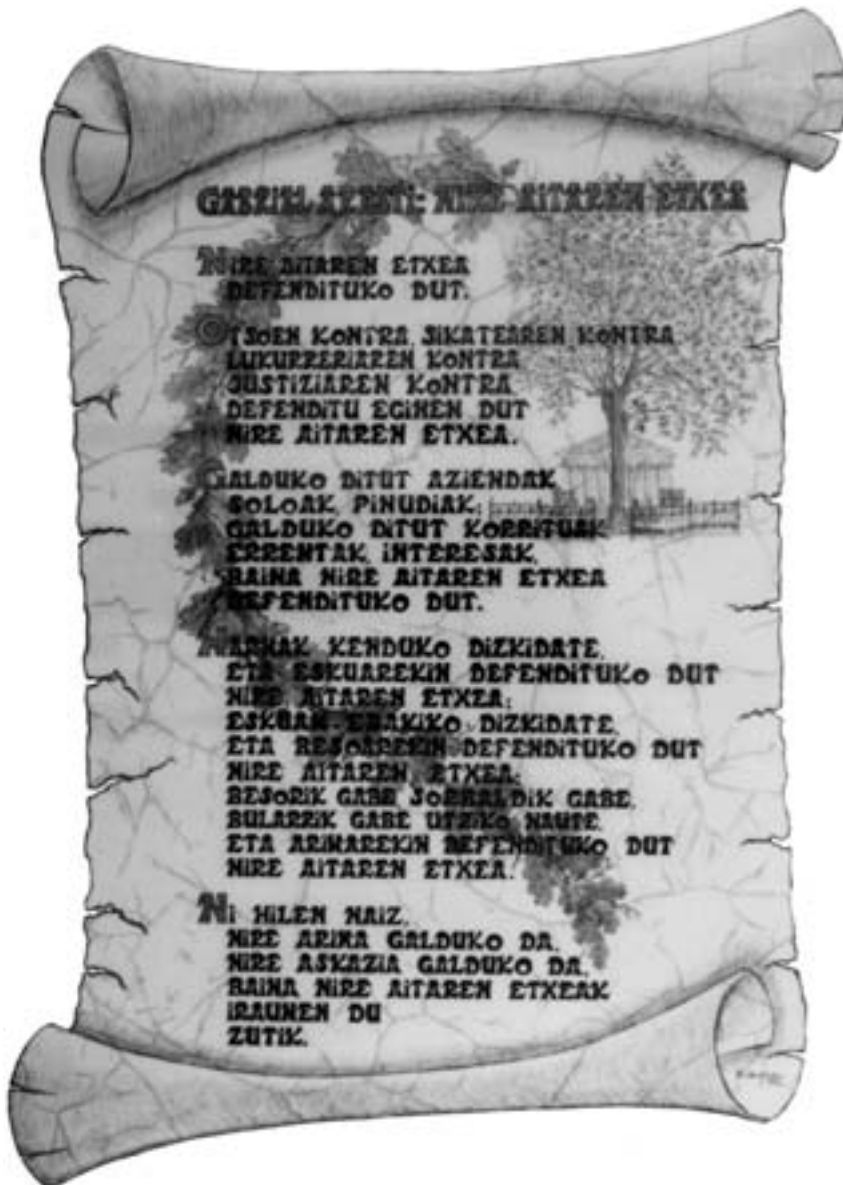
35. Traigo entre manos dos publicaciones relacionadas con el euskera, en las que voy adelantando a paso lento, con la pachorra de un buey viejo.

- 1) La segunda edición, aumentada, de «Carmen vasconicum» con las lenguas de Europa, y la preparación del material sobre las lenguas de los otros Continentes. En el acto académico de mi jubilación presenté como obsequio a los asistentes una edición improvisada y casera, con la traducción de *Nire aitaren etxea* a «Lenguas del Mediterráneo», unas 40 en total, que tuvo gran aceptación. Tal vez valdría la pena hacer una edición en regla de esta selección para lectores menos especializados, a la espera de que se publiquen los otros tomos, con todo el material, unas 600 traducciones en total, que están aguardando, como la lira del poeta, a que venga una mano dorada y las desempolve.

35.1. *Hace dos años, asesorado por el colega y amigo Norbert Klotten, que acaba de abandonarnos definitivamente en abril de 2006 a la edad de 80 años, y que tenía muy buenas relaciones con Fundaciones que apoyan obras culturales de envergadura, presenté a la T.-Stiftung el proyecto completo de «Carmen vasconicum». Parecía que ellos iban a hacerse cargo y subvencionar la preparación y publicación de todo el material. Al final, la decisión fue negativa, afirmando que «ese texto no es apto para una traducción». Alegué que la poesía La casa de mi*

(214) *Logos semantikos. Studia linguistica in honorem Eugenio Coseriu 1921-1981*, edd. Horst Geckeler et alii, I-II, Berlin 1981.

(215) *Sprache und Welt. Festgabe für Eugenio Coseriu zum 80. Geburtstag*, ed. Adolfo Murguía, Tübingen 2002.



«Nire aitaren etxea», ilustrado por Kepa Lauzirika.

padre había sido traducida ya a unas 600 lenguas, y les presenté una lista de los especialistas que habían colaborado. No hubo modo de hacerles cambiar de opinión.

Por canales no oficiales me he enterado de que no era esa la madre del cordero. Se insinuó que en algunas personas y en algunos círculos de Alemania ha ido surgiendo, a causa de los atentados de ETA, cierta distanciamiento y animadversión hacia lo vasco. Que el mensaje de Nire aitaren etxea podría interpretarse como apoyo a grupos radicales del País Vasco que recurren a la violencia.

Parece un argumento serio, ponderoso, para convencer a cualquier persona de buena voluntad, amante de la paz y de la convivencia en la concordia. Me quedan sin embargo dudas muy serias sobre la sinceridad de esa explicación, que parte de una interpretación tendenciosa del contenido de esa poesía de Aresti, cuyo mensaje central es no escatimar esfuerzos ni sacrificios en una tarea tan legítima como es defender la «casa paterna» (216). Recuerdo que hace veinte años, el que sería el traductor de *Nire aitaren etxea* al hebreo, me pidió unos días de reflexión antes de decidirse a realizar la traducción de ese texto, por consideración hacia la complicada situación política de su patria, Israel. Me llamó luego, nos juntamos, y me expuso su opinión: «Es un texto excelente, con cuyo mensaje estoy completamente de acuerdo. Quiero hacer la traducción, y me gustaría que la poesía se conociese también en mi patria. Pero le ruego, por razones que usted comprenderá, que no me mencione en la publicación a mí como traductor». Era y sigue siendo ese anónimo traductor israelita una persona amante de la paz.

El argumento de que la T.-Stiftung no apoya el proyecto porque ese texto incita a la violencia es huero y vano, y tiene visos de subterfugio; y me pregunto, inclinándome claramente hacia una respuesta positiva, si no habrá otra madre del cordero, otra causa más «humana», menos noble, que se quiere encubrir. Pero pienso que este asunto de momento mejor es no meneallo, esperando a mejor coyuntura, teniendo presente la cuerda advertencia de que «Qui vehementer emungit elicit sanguinem», de que «Quien se suena con vehemencia saca sangre». ¿Quien se suena, o quien ordeña?

35.1.1. Una curiosa y compleja duda filológica: ¿Las narices, o la ubre? Ha sido desgajado ese saporífero adagio de un versículo trimembre de la Biblia: «Qui autem fortiter premit ubera ad eliciendum lac ex-

(216) Remito al *Schwäbisches Tagblatt, Südwest Presse*, Tübingen, cuyo colaborador Helmut Hornbogen publicó el 9 de septiembre de 1983 una glosa sobre esa poesía de Aresti con el título «Der Gewalt widerstehen» (*Oponerse a la violencia*). Es la postura que asume Francisco de Vitoria en *De iure belli*, Lyon 1557, citando el principio *Vim vi repellere licet*, que se atribuye al jurista romano Domicio Ulpiano (170-228).

primit butyrum; Et qui vehementer emungit elicit sanguinem; Et qui provocat iras producit discordias» (217).

En las obras paremiológicas modernas que tengo a mano no encuentro esa llamada tan elocuente a la moderación, esa glosa tan expresiva de «ne quid nimis» o Μηδεν αρααυ del templo de Apolo de Delfos, que circula por el refranero con diversos ropajes (218). *Presenta el mencionado adagio alguna variante de interés que invita o desafía a los filólogos. Acepto gustoso la invitación o el reto que me lleva a un campo al que he dedicado varias elucubraciones. Recuerdo que leí por primera vez ese adagio en un libro de un humanista alemán, tal vez en Germania de Wimpfeling, en mis años de ayudante en el Institutum Erasmianum. Pero perdí su pista. Navegando y pescando ahora por las aguas no siempre seguras de internet, constato que la versión más corriente trae el verbo emungit, como en la Biblia, y no la que yo recordaba, emulget, que aparece raramente. La encuentro a esta última en Marulic, Repertorium* (219). *En Anacleto leemos qui vehementer emulgitur* (220), *con las variantes emulgetur y emulget, reducibles al mismo verbo. En los demás ejemplos que he encontrado figura emungit, emungens, en indicativo, y de vez en cuando en pasivo emungitur.*

Para quien considere con criterio filológico el material disponible, está claro que emungit es la versión preferible para una edición crítica. Lo que no quiere decir que la variante menos común sea despreciable. Estamos ante dos verbos diferentes, con etimologías y significados completamente diversos en latín: emungĕre, que se relaciona con muccus «moco», y emulgĕre, emparentado con el alemán Molke «suero», melken «ordeñar». El primero significa «Limpiar de mocos las narices, haciéndolos salir con una espiración violenta»; el segundo, «Extraer la leche exprimiendo la ubre». En el pasaje de los Proverbios parece que emungit tiene que referirse a las narices, –pues de la ubre trata en la frase anterior– de modo que significará «sonarse (la nariz)», en alemán «schnäutzen», en francés «se moucher». La versión española crítica de la Biblia, hecha sobre los textos hebreo y griego, de Jover / Cantera, B.A.C., 1957, no nos ayuda en absoluto: «pues la compresión de la leche produce la mantequilla, y la compresión de la nariz saca sangre, y

(217) *Proverbia*, 30, 33.

(218) Menciono sólo que ese proverbio ha sido objeto de interpretación por parte de San Jerónimo, de Santo Tomás, de Francis Bacon, etc. y que ha sido enriquecido con otras comparaciones, como *Extensus arcus rumpitur hic nimium; funemque sic abruptit, qui tendit nimis*; y del sector enológico, *cumque torcular vini premitur fortius vinum prodit acerbum, acinum sapiens*, con correspondencia en inglés: *and where the wine-press is hard wrought, it yields a harsh wine, that tastes of the grape-stone*. <http://etext.library.adelaide.edu.au/b/bacon/francis/b12e/part55.html>.

(219) <http://www.ffzg.hr/klafil/neven/rep1;3bez.htm>.

(220) 2. Anacletus-Brief, http://www.pseudoisidor.de/html/013_anacletus_quoniam_apostoli.htm



Sobre con una traducción de «Nire aitaren etxea».

la compresión de la cólera origina discordia». Prefiero la pluma de San Jerónimo. En alemán leo, en la traducción según Lutero, Stuttgart 1960: «Wer die Nase hart schneuzt», versión que se acerca a la de La Sainte Bible, de J. F. Ostervald, Bruselas-París 1897, «celui qui presse le nez». En la Nova Vulgata se elimina todo rastro de duda: «Qui enim fortiter premit lac, exprimit butyrum, et, qui vehementer emungit nares, elicit sanguinem». Supongamos con el P. Astete que «doctores tiene la santa Iglesia que sabrán responder» por qué razón se han cambiado esos pasajes, per detractioem y per immutationem. Tal vez simplemente para que se ciñan al original. Más expresivo y realista que lac me parece con todo en ese contexto ubera, que se asocia con el recipiente o cubo en el que se bate la leche para obtener mantequilla, –como el de las dos ranas de la fábula, la pusilánime que perdió el ánimo y pereció ahogada, y la emprendedora que se salvó gracias al intenso trabajo de sus patas. Además de ese emungit nares, he visto tres ejemplos de nares emungit. ¿Pero no es superfluo mencionar el objeto? Pues en emungere, estrictamente hablando, ya está implicada la nariz o su contenido. A veces se emplea con se (como en qui nimis se emungit), o en pasivo, lo que anticipa el castellano sonarse, con el objeto sobrentendido: «ut neque spuerent neque emungerentur» de Varrón, prohibición que recuerda la de algunos medios de locomoción públicos de antaño, aplicable a más de un deportista actual: «Se prohíbe escupir y arrojar los mocos», o moquear. En cambio (e)mulgēre pertenece claramente al campo semántico de la leche,

como el poético versículo de Job, 10, 10, en la versión de la (Nova) Vulgata: «*Nonne sicut lac mulsisti me et sicut caseum me coagulasti?*» (221).

Y sin embargo, la historia de esos dos verbos latinos, tan nítidamente distintos al principio, nos delata un acercamiento, un contagio, una contaminación, una confusión que afectaría su posterior evolución. Se le achaca ya a San Jerónimo el uso del simple *mungere por mūlgere (222). No sería este sabio el único en confundir los dos verbos, si es que efectivamente los confundió: En un sermón de Savonarola de 1491 sobre el amor se traduce «qui nimis emungit» como «wer zu stark melkt» (223). En un diálogo sobre la eutanasia y la tolerancia, el arzobispo genovés Dionigi Tettamanzi hace referencia a la autoridad de Santo Tomás, mencionando qui nimis emungit sanguinem elicet, que traduce: «chi munge troppo cava fuori anche il sangue» (224), interpretando esa frase como aforismo «propio nel senso di affermare che lo Stato non può proibire ogni male». Al mismo pasaje del santo de Aquino se refiere Giancarlo Zizola en su artículo Il Vaticano e le sfide dell'etica (225) comentando ese proverbio que también traduce de manera equivocada: «chi troppo munge, fa schizzare sangue».

Ha debido de traicionarlos un «falso amigo», el italiano mūngere que es la palabra corriente para «ordeñar», y no para «sonarse», que se dice en italiano «soffiarsi (il naso)».

Si echamos una ojeada, por superficial que sea, a las correspondencias románicas del concepto «ordeñar» constatamos una gran diversidad que nos permite suponer turbulencias en la historia de mulgēre: rum. mulge, it. mūngere, cast. ordeñar, fr. traire, cat. munyir, port. mungir, francoprov. arya (226). Del latín (e)mungere «sonarse» no conozco descendientes. Parece que ha cedido ante la pujanza de mulgēre, mucho más importante en la vida cotidiana y para la economía (agrícola) que un término del comportamiento o buenos modales, aunque dejando huellas en él, favoreciendo o condicionando el cambio de conjugación y afec-

(221) En la Sagrada Biblia de Jover / Cantera se traduce o escribe insípidamente «vertiste como leche».

(222) García de Diego, *Diccionario etimológico*, bajo mūlgēre. No dispongo de información sobre ese barbarismo del eximio traductor.

(223) Tomado de: Hieronymus Savonarola. *Predigten. Ausgewählt und übersetzt von Hilgart Schottmüller*, Berlín 1901, vide www.etika.com/d/18B/16L91

(224) Sito Web Italiano per la Filosofia-La Repubblica-30 GENNAIO 2001.

(225) http://www.radioradicale.it/approfondimento_laicita/docs/Zizola.pdf p. 10

(226) Tenemos que limitarnos a estos datos, renunciando a las equivalencias en otras lenguas y dialectos y a otro material que encontramos e. g. en REW 2864, e(x)mulgere, en García de Diego, etc. La desaparición de moudre «ordeñar», usual en francés antiguo, se atribuye con razón a la azarosa coincidencia con moudre < molere «moler», cf. A. Dauzat, *Nouveau dictionnaire étymologique et historique*, Paris 1964.

tando a su forma. Ésta es a mi juicio la explicación más convincente de algunas de las formas que acabamos de mencionar, a las que hay que añadir el corriente verbo navarro que varios diccionarios ignoran, *muir* (227), –la única palabra que conocía yo de niño para «ordeñar»– que está bien acompañada en Navarra por *muidero*, *muidera* (228). Desde el punto de vista semántico, para entender la influencia recíproca entre *mulgere* y *mungere* basta pensar en los evidentes rasgos parecidos comunes –que paso por alto haciendo una concesión al *aptum*– que suponen ambas acciones, con objetos y resultados tan dispares. Hay otro punto importante de contacto: En italiano es corriente el sentido figurado *mùngere*, *smùngere* «*sfruttare*», «*estorquere*», significado no muy diferente del castellano ordeñar, «obtener el máximo provecho posible de algo o de alguien», ni del alemán *melken* «*sablear*», etc., o *succhiare*, *chupar*, *saugen*. En latín no se expresaba esta acción de «*soutirer de l'argent*, *escroquer*, *dépouiller*, *duper*», recurriendo metafóricamente a *ubera*, es decir por medio de *emulgere*, sino a la nariz, por medio de *emungere*: «*emungam hercle hominem probe hodie*» (229); «*cano capite atque alba barba miserum me auro esse emunctum*» (230); «*emunxi argento senes*» (231), que, alejándonos de la nariz, traducimos acercándonos a la ubre: Les he ordeñado el dinero a unos ancianos (232).

En el lenguaje popular, cómico, al que pertenecen estos ejemplos, estaba preparándose el camino, la masa, para la fusión parcial de los dos verbos, documentada más tarde en las lenguas románicas. El primitivo *emungere* se conservaría, a veces mal entendido, en el lenguaje culto (233); pero en el popular sucumbiría, y sería substituído por ex-

(227) En Iribarren, *Vocabulario navarro* se registra también *muyir*, variante que yo no conozco y de cuya genuinidad dudo. El ejemplo que trae ese *Vocabulario* es *muye*, que puede ser y debe de ser simplemente la tercera persona del presente de indicativo de *muir*, y que no justifica en absoluto la existencia de *muyir*. Inexistentes son igualmente otros infinitivos de ese riquísimo *Vocabulario*, como *cueser*, *cuertar*, aunque se conjuguen efectivamente diptongando la -o- acentuada: *cueso*, *cueses* etc., *cuerto* *cuertas*, etc. A ningún romanista se le ocurriría deducir un infinitivo **huyir* ni **muerder* de *huye* ni *muerde*.

(228) «...que ocasiona continuo gasto y exprime el bolsillo como se exprime la ubre de la oveja al ser *muída* u ordeñada», Iribarren, *Vocabulario navarro*, s. v.

(229) Plautus, *Bacchides* IV, 4, 61. En *Mostellaria*, V, 1, 65ss. del mismo autor se juega con el sentido figurado de «chupar, robar», y el de «sacar los mocos».

(230) Plautus, *Bacchides*, V, 1, 15.

(231) Terencio, *Phormio*, IV, 4, 1. Véanse más ejemplos, e. g. *emungit argento*; *nummis emungit*; *auoque emungit miseris*; *mollibus emungit digitis ancilla lucernam* en las obras léxicas de latín solventes. Tiene un matiz algo diferente el italiano *Soffiare* (*qualcosa*, *la ragazza*) a *qualcuno*, que evoca el *soffiarsi* (*il naso*) con correspondencia en otras lenguas (románicas).

(232) Los caricaturistas políticos han popularizado la vaca lechera, que tiene la boca en el Norte y la ubre en el Centro de la Península, para criticar a quienes ignoran el proverbio: «O que non lle da de comer a unha vaca non ten dereito a *muxí-la*», cf. Corominas / Pascual, *DCECH*, bajo *esmuir*.

(233) Véanse ejemplos en <http://www.uni-mannheim.de/mateo/camenahist/besold7/books/bes...>

*presiones de sabor casero que se reflejan en las lenguas neolatinas, especialmente por *muccare «sonarse» (REW 5706). En euskera lo encontramos en mukatu «se moucher», muki, muku «pábilo, mecha», «moco» (234).*

Pero cortemos la mecha, dejemos de hurgar en la nariz o en la ubre, y regresemos al *Carmen uasconicum*, cediendo la palabra y escuchando a un gran lingüista.

35.2. Entre los papeles inéditos de Eugenio Coseriu (1921-2002) figura un amplio dictamen en alemán sobre el proyecto de traducción de «Carmen uasconicum». Me permito traducir el final de su opinión: «El tomo publicado (y agotado) con las lenguas de Europa muestra la rectitud del camino iniciado.

Yo mismo, como lingüista, me he servido con provecho de este corpus de lenguas en mis clases; como amante de las lenguas disfruto leyendo algunas de las traducciones, también a lenguas menos conocidas, como el papiamento, el chabacano, el casubo, el dravenopolabio o el mansi.

Sería una dolorosa pérdida para la filología si el material ya existente y disponible no pudiera ser elaborado o ampliado por razones financieras... Recomiendo muy encarecidamente el extraordinario proyecto «Lenguas del mundo» emprendido por Francisco J. Oroz para una magnánima subvención que permita llevar a feliz cabo la empresa».

¡Que algún Mecenas vascófilo le escuche!

2) A punto de concluir anda el segundo tomo de *Gernika. Canciones - Lieder - Songs* (235), con la traducción de las canciones al castellano, al alemán y al inglés. Abril del año 2007 sería, haciendo concesiones a los ciclos, una buena fecha para publicar esos textos.

36. Los fecundos y felices años de Tubinga han coronado una vida que comenzó marcada por una atroz pobreza. Una periodista, que publicó en el periódico *Schwäbisches Tagblatt* (236) de Tubinga al jubilarme un reportaje sobre mi vida, me preguntó si yo había pasado hambre de pequeño. Le contesté que había pasado mucha gana de comer. Ha sido una vida que ha cruzado por accidentados vericuetos, que ha conocido profundos desengaños y se ha balanceado al borde del abismo; pero que, gracias sobre todo a la ayuda de numerosas personas e instituciones generosas, más que a cierta testarudez o tesón por parte mía, ha llegado a una meta en la que jamás hubiera osado

(234) Ver Azkue, *Diccionario vasco*, y Arbelaz, *Etimologías vascas*.

(235) El primero, con 84 canciones para coro mixto, fue publicado en Estella-Lizarran en 1987. (236) «Romania zum Singen gebracht», upf, *Schwäbisches Tagblatt*, 30-3-2000.

soñar cuando andaba de niño trabajando de peón de albañil para ganar el currusco; o cuando abandoné abruptamente, a los 24 años, sin bachillerato, sin oficio alguno, zozobante, con un yo destrozado, con 10 marcos alemanes en el bolsillo, la segura ruta por donde había navegado plácidamente, al abrigo de vorágines y escollos, durante dos lustros. ¡Cuántas veces no me ha tocado meditar, desterrado y desarraigado, sobre las frases de Ovidio *Perfer et obdura, multo graviora tulisti* (237) y *Perfer et obdura, dolor hic tibi proderit olim* (238); o en una fase menos desazonada y con visos de esperanza, sobre el más trillado *Per aspera ad astra* (239) que aprendimos de nuestro benévolo profesor polaco de latín, el P. Ladislao, en las clases de Coreses!

37. Si fuese lícito comparar lo incomparable, sin pretender mezclar los arbustos y los humildes tamariscos del poeta mantuano –que no agradan a todos– con asuntos mucho más elevados, me atrevería a glosar globalmente el desarrollo, el proceso de formación y evolución de mi vida con «*A un débil principio ha seguido mejor fortuna*». Se me echará en cara que he plagiado, modificando irrespetuosamente, profanando la frase con la que concluye Bernard Etxepare el primer libro vasco impreso que se conserva. Con todo, *venia sit dicto!*, que se me perdone lo dicho. Y lo que estoy por decir.

37.1. Bernard Etxepare y François Rabelais: *Mitxelena juzga poco acertada la equiparación de esos dos autores que hicieran Francisque-Michel y Vinson, ya por el mero hecho de que uno es prosista y otro poeta. Además porque la obra de Etxepare no refleja un hombre del Renacimiento sino un autor medieval (240). He vuelto a leer gran parte de Gargantua et Pantagruel y el Linguae vasconum primitiae, y me pregunto, sin tener a mano los pasajes correspondientes de Francisque-Michel ni de Vinson, qué argumentos han podido encontrar para llamar a Etxepare «el Rabelais vasco».*

Esa comparación sólo tendría cierta justificación si con ella se quisiera poner en evidencia algunos rasgos similares del carácter o de la biografía de ambos: Los dos viven aproximadamente en la misma época, los dos son sacerdotes que interpretan generosamente el sexto, los dos tienen problemas con las autoridades, los dos escriben más o menos en los mismos años: Gargantua et Pantagruel, entre 1532 y 1552; para Linguae vasconum primitiae se admite el 1545.

(237) *Tristia*, 5, 11, 7.

(238) *Ars amandi* 2, 178.

(239) Parece que la fuente lingüísticamente más cercana es «*Non est ad astra mollis e terris via*», de Séneca, *Hercules furens*, 437. Se lee en diversos contextos como lema la adulteración «*Per ardua ad astra*». Antoni Peris, *Diccionari de locucions i frases llatines*, 2227, menciona también «*Per angusta ad augusta*», remodelación que el P. Ladislao no nos enseñó y que alguien atribuye a Ernst von Brandenburg.

(240) Michelena, *Historia de la literatura vasca*, p. 46-47. En *Textos arcaicos vascos*, 3.2.5, presenta ese máximo filólogo euskaldún un intento de interpretación del texto vasco de Rabelais, libro II, cap. IX.

37.1.1. *Pero a los críticos que se ocupen de la obra escrita de ambos deberían interesar más que los puntos de contacto en el currículum vitae, es decir, más que los vínculos externos, que no tienen que reflejarse necesariamente en lo escrito, las relaciones internas que pudieran existir en su producción literaria. Y desde este enfoque tiene plena razón Mitxelena. Son mundos completamente diferentes, antagónicos, que no justifican una comparación global. Son obras incomparables. Ello no significa que no sea posible descubrir algún elemento común, y tal vez de dependencia, entre los dos autores. De entrada habría que excluir de la comparación gran parte del libro de Etxepare, la religiosa, pues, salvo error, Rabelais no ha escrito nada –al menos yo no conozco nada– de ese tenor. Escenas amorosas, eróticas, que se encuentran en ambos autores, son un lugar común que hallamos en cientos de escritores, y carecen por tanto de contundencia argumentativa, de fuerza probatoria.*

La comparación podría con todo resultar fructífera si revelase que los dos autores abordan de manera similar, imitando o parodiando, los rasgos distintivos más destacados dentro de ese acervo común. Por ejemplo, si la escabrosa violencia que se respira hacia el final de la Disputa de los enamorados aparece tratada en Rabelais con tanto desenfado o desdén como en Etxepare. O si los descarados, paródicos intentos de Panurgo de requerimiento de amor a una de las damas de la alta sociedad encuentran el mínimo reflejo en Amorez errequericia. Es más que probable que Etxepare haya conocido parte de la reputadísima obra de Rabelais; es fácil que se encuentren en Linguae vasconum primitiae expresiones o actitudes inspiradas en la lectura de Gargantúa. Hasta pueda ser que el breve texto vasco de Rabelais haya servido de pedernal, para dar chispa a su debido tiempo a la mente de Etxepare, que veía que no era imposible escribir en esa lengua (241). Sin embargo, la ironía, la sorna, la picardía, la sátira mordaz con que Rabelais se desembaraza de las situaciones más enmarañadas, lo mismo que el derroche de fantasía creadora, de erudición, faltan y tienen que faltar en Etxepare ya debido al enfoque general diferente de ambas obras.

37.1.2. *Para el crítico que busque fuentes de inspiración e. g. para Potaren galdatzia, la «Petitio osculi», sería más fecundo que husmear en la genial enciclopedia de ciencia y de fantasía creadora de Rabelais recurrir al Cantar de los Cantares y a las numerosas interpretaciones medievales de esa magnífica poesía erótica; los amantes de la literatura clásica latina pensarán en Vivamus, mea Lesbia, atque amemus de Catulo, o en la producción erótica de Ovidio, o en obras posteriores con el*

(241) Ya se habían impreso antes breves textos en vasco, cf. mi artículo «Primera glosa vasco-latina en un libro impreso (1510), en: *Euskera* 26, 2, 1981, 93-111.

mismo lugar común inagotable. O para Emazten fauore, respuesta a la poesía misógina, exuberante en la Edad Media (242), a «Mulierem fortem quis inveniet» (243), que ha servido de fuente de inspiración a numerosas obras en laude de las mujeres, como De institutione feminae christianae de Juan Luis Vives (1492-1540) y más tarde La perfecta casada de Fray Luis de León (1527-1591).

37.2. *Me he alejado del punto de partida, del colofón latino de Linguae vasconum primitiae, «Debile principium melior fortuna sequatur». Es de suponer y desear que se haya dado a esta frase la importancia que le corresponde –aunque me figuro que quedarán aspectos inconsiderados–, sin limitarse a ponderar la modestia a la que quiere hacer referencia el autor. En la pobre biblioteca que conservo tras la jubilación, no encuentro el material necesario para dilucidar definitivamente la primera cuestión que me suscita ese texto, que suena a verso, y a verso pulido, armonioso, elegante: la de la autoría. Que el internet supla de momento esta deficiencia.*

Recuerda de lejos el topos modestiae de la retórica que se solía usar en el exordio para evitar la impresión de arrogancia, o como «captatio benevolentiae» (244). Encaja perfectamente tras los versos finales del Saltarel en los que el autor se siente orgulloso de la labor de pionero que ha realizado con su amigo editor François Morpain, primer impresor de la lengua vasca. No es el canto triunfal del Exegi monumentum aere perennius con el que Horacio cierra su tercer libro de odas. Es una expresión de satisfacción, de complacencia, de alegría, que se acerca a

(242) La literatura misógina es muy abundante en la Edad Media. Uno de los primeros trovadores, *Marcabré*, lleva el sambenito de misógino. Otro trovador más tardío, Cerverí de Girona, escribió en 1271 un poema narrativo, *Maldit ben-dit*, que ha tenido mucho influencia en la literatura contraria a las mujeres. (Cf. Joan Coromines, *Cerverí de Girona, Narrativa*, Barcelona 1985, p. 39 ss., y *Lírica, I*, Barcelona 1988, p. 15). Cito unos versos de *Maldit ben-dit* de esa edición, sobre *femna*: «e toyl pretz e lausor / e met hom en error; / e toyl solaç e rire / e met hom en cossire; / e toyl amor de gens / e n'és hom menys valens» (*Narrativa*, p. 40, vv. 13-18). Puede verse la traducción de esa larga poesía, de 652 versos, en la edición de Martín de Riquer, *Obras completas del trovador Cerverí de Girona, Texto, traducción y comentarios*, Barcelona 1947, pp. 323-347. El mismo trovador ha glosado y ampliado el texto de *Proverbios* 30, 18-19: «Tria sunt difficilia mihi ... : Viam aquilae in caelo, Viam colubri super petram, Viam navis in medio mari», saltándose el «Et viam viri in adolescentia», e integrando el principio del versículo siguiente: «Talis est et via mulieris adulterae», en *Lo vers de falsa femna*, Coromines, *ibidem*, *Lírica I*, pp. 327-331; Riquer, *ibidem*, p. 214-217.

De fecha cercana a Etxepare menciono una carta con tintes misóginos del humanista Leon Battista Alberti (1406-1472), *De amore*, <http://www.filosofico.net/albertideamoretesto.htm>. Rabelais cita en el Segundo libro, cap. VII la obra «De re edificatoria» de este célebre arquitecto florentino. Algo antes, en 1404/1405, Christine de Pizan, (Venecia 1365-París 1429/1430) escribió *Le livre de la Cité des Dames*, una verdadera apología de la mujer.

(243) *Proverbios*, 31, 10. Rabelais se refiere a ese pasaje en *Le Tiers livre*, cap. XXX.

(244) Lausberg, *Handbuch der literarischen Rhetorik*, München 1960, § 272.

un «orgullo» humilde, moderado, sin arrogancia, nacido de la convicción de haber realizado una labor loable (245) en favor de su lengua.

37.2.1. Es evidente que esa cita de Etxepare «no es lechuga de su huerto». Y ésta es la primera pregunta: ¿De quién ha tomado ese texto? Para quienes hayan leído Gargantúa y Pantagruel, y tal vez para quienes hayan seguido de cerca la discusión sobre Etxepare y Rabelais, no digo nada de nuevo al afirmar que en este autor figura esa misma frase, con una diferencia pequeña, pero significativa: *Debile principium melior fortuna sequetur* (246). La diferencia *sequetur* – *sequatur* no puede dejar indiferente al filólogo.

Si suponemos, como parece natural a primera vista, que Etxepare ha tomado la cita de Rabelais, tenemos que preguntarnos de dónde proviene esa discrepancia. Dejando de lado especulaciones teóricas sobre un posible error de lectura, o sobre una fuente primaria de doble tradición, parece lo más lógico ver en la cita de Etxepare no un error o una falta o una imprecisión sino una re-creación, una revitalización de una fórmula fija, adaptándola convenientemente a la situación concreta en la que se encontraba ese autor. La cita ya no es un lema que acentúa con optimismo el éxito futuro, «A un principio débil seguirá mejor fortuna», sino que pone énfasis en el deseo de que otros continúen y mejoren lo que se ha comenzado editando el primer libro en euskera: «Que a este principio débil siga mejor fortuna».

37.3. Me estoy metiendo o me he metido en un avispero. Se atropellan en mi mente a raíz de esta cita varias cuestiones que requieren un análisis en el que no puedo detenerme de momento. Ahora me limito, tras levantar la liebre, a indicar el camino por donde hay que perseguirla, confiando en que, respetando una antigua ley de cinegética, no se cruce intempestivamente un cazador furtivo antes de que yo haya lanzado, haciendo uso del «*ius primae sagittae*», el primer disparo.

Etxepare se encuentra con su cita latina en una larga y fecunda tradición que tiene representantes en pleno humanismo, en autores medievales de primera fila, y que remonta por lo menos a las *Metamorfosis* de Ovidio, por más que en la tradición haya sido remodelado el texto originario: *Flebile principium melior fortuna secuta est* (247). Y levanto otra liebre, disfrazada de pregunta tergiversante: ¿Conocía Rabelais las *Primitiae* de Etxepare, y ha sido él quien ha tomado del poeta vasco la cita,

(245) Léanse las ponderosas palabras de Koldo Mitxelena que cita Patxi Altuna en el *Prólogo* a la edición de *Linguae vasconum primitiae* de 1995, p. 131.

(246) *Le tiers livre des faict et dicts héroïques du bon Pantagruel*, cap. XLII. París 1546. En alguna publicación figura la cita como si fuese del Libro II, que se publicó en 1534.

(247) Ovidio, *Metamorfosis*, 7, 518.

y no al revés? De Primitiae se admite que se publicó en 1545, a juzgar por el *Extraict des registes de Parlement*: «Faict a Bourdeaulx en Parlement le dernier iour Dapuril, mil cinq cens quarante cinq» (248), y según leemos en las historias de la literatura vasca. De acuerdo con el testimonio unánime de los filólogos competentes, Le tiers livre des faict et dicts héroïques du bon Pantagruel se publicó por primera vez en París el año 1546, es decir más tarde que el libro de Etxepare. Es sólo un detalle, pero significativo, que merecerá nuestra atención en ocasión más propicia (249).

38. No fue lamentable, *fleBILE*, ni mucho menos, el principio de mi vida, mi infancia, mi niñez con todas sus estrecheces (250). Ni lo fue mi juventud, no obstante el doloroso fracaso de mi «grillo misionero», de mis sueños de imitar a mi santo patrón de Javier. Tres factores creo que me influenciaron internamente de manera especial para despertar e intensificar la vocación misionera, además de la oportuna y feliz coyuntura que me ofrecía la reciente llegada de los misioneros SVD a Estella (251): a) En la escuela de Beriáin representamos una vez, cuando yo era muy joven, una velada con el tema «Yo quiero ser misionero», en la que tuve un papel importante, vestido de sotana blanca. b) En una fiesta de San Francisco Javier me dejó impresionado un día un texto que cantó el sacristán, el señor Francisco Zoraquiáin, plantado como un roble junto al altar mayor, con los dedos pulgares metidos a ambos lados de un chaleco oscuro, a la altura de los sobacos, y con las manos apuntando hacia adelante como si quisiera abrir brecha, con una sonora voz de barítono que hacía vibrar toda la iglesia:

«Treinta mil leguas corrió
nuestro invicto en las misiones,
y miles de almas salvó
en las paganas naciones» (252).

c) Además, en plena y pujante juventud, la fuerza del *nomen atque omen*, modificado en *nomen est omen*; llevé muy bien grabado durante los años de Roma al santo navarro, adoptando incluso la firma *Franciscus Xaverius*, que utilicé hasta que abandoné la *Societas Verbi Divini*.

(248) Página 75 de la edición de 1995.

(249) Tengo la intención de desarrollar el tema en un aporte para el homenaje a Jean Haritschelhar.

(250) A los años de mi niñez me refiero en la primera parte de «Recuerdos de la posguerra y de la Guerra Civil», en: *Hispanorama* 107, Febrero de 2005, 37-39.

(251) Fue el año 1945, según recuerda una canción, de fabricación casera, creo que del P. Luis: «El año mil novecientos cuarenta y cinco / - antes de cantarlo me santigüo y me ahinco - / vinieron tres Padres a Estella...».

(252) No tengo fuente alguna para este texto. Que me perdone el autor de *El divino im-paciente* si se me ha ocurrido pensar en él.

38.1. De la noche a la mañana se esfumó, se desvaneció ese sueño misionero, que se convirtió en terrible pesadilla. «Mañana en un frágil barco me he de embarcar en la mar. Daré un adiós a mi patria, el último adiós quizás». ¡Con qué pasión y entusiasmo no cantaba yo esa despedida del misionero, disfrutando con la idea de que tal vez un día el barco, en el que yo iba a predicar la fe, naufragaría, y el mar sería mi sepulcro! «No temo las muchas aguas, ni el indomable huracán, que es dulce a quien busca el cielo hallar su tumba en el mar», decía más o menos otra estrofa de la misma canción. Y naufragué completamente; fracasó con estrépito ese proyecto por el que había andado bregando durante diez años.

38.2. El empeño y los esfuerzos de dos lustros, disipados, malgastados, dilapidados, como el caudal del hijo pródigo. Aunque no perdidos del todo, pues el hado, la suerte, la fortuna que ha popularizado Carl Orff como inestable, como volátil, como caprichosa, que crece y decrece sin cesar (253) como se le antoja, como rueda voluble; la *fortuna vitrea* de Publilio Siro (254), la *fortuna caeca* de Cicerón (255) y de otros muchos, ha sido benigna, condescendiente y generosa conmigo: Me brindó de niño, gracias a la idea o vocación misionera frustrada, la oportunidad de entrar en un Instituto para los estudios de cultura general, cuyas puertas habrían quedado de otro modo irremediabilmente cerradas para mí, hijo de padres sin medios. Tras el naufragio, la fortuna me ha nivelado y alisado el terreno escabroso; me ha enderezado la senda tortuosa, abriéndome paso y conduciéndome con mano segura y con pie derecho por entre abrojos y malezas; me ha ofrecido otros campos de acción, otra patria intelectual, otros valores, otros amigos –aun conservándome los de antes–; y me ha deparado una verdadera familia, en el sentido estricto, tradicional: una imponderable riqueza.

39. Mi aporte personal ha sido modesto, un diminuto grano que ha caído en tierra buena, bien estercolada, y ha germinado con brío; un insignificante óbolo valorado excesivamente por personas benévolas, que me han querido bien. Por este motivo, al margen del proverbial *Faber est suae quisque fortunae* (256), inspirándome en Etxepare y respetando fiel y escrupulosamente la tradición, con sincero agradecimiento, hago míos el verso y la versión *Debile principium melior fortuna secuta est*, que encuentro en un sabio historiador del siglo XII (257).

Venia sit scripto!

(253) Texto en *Carmina Burana*, N° 17: *O Fortuna, velut luna / statu variabilis, / semper crescis aut decrescis...*

(254) *Sententiae*, ed. Otto Friedrich, Berlín 1880 (reimpr. en Hildesheim, 1964), F 24.

(255) *De amicitia*, 15, 54.

(256) Appius Claudius Caecus apud Sallustium, *Epistulae ad Caesarem senem de Republica*, 1.1.2.

(257) El historiador de las cruzadas, Guillermo de Tiro (≈1130 – ≈1185), en su obra «*Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*», libro XVIII, cap. XVII.